

GAYOLA

■ J. JOAQUÍN R. LARA

LOS LIBROS DEL OESTE NOVELA



JOSÉ JOAQUÍN RODRÍGUEZ LARA nació el año 1956 en Barcarrota (Badajoz). En 1980 se publicó su primer libro, un poemario titulado



La tierra al fondo. En 1981 ganó la primera edición del Premio Felipe Trigo de Narraciones Cortas con *El Conchito*. También en 1981 ganó el Premio Cuentos Lena con *La casa al borde del camino*. Desde entonces su

producción literaria se había reducido a la publicación de algunos poemas sueltos y de artículos periodísticos. *Gayola* es la primera incursión de J. Joaquín R. Lara en el mundo de la novela.



GAYOLA

J. Joaquín S. Lara

GAYOLA

LOS LIBROS DEL OESTE

ALVAREZ

Bodega 25-2-1906



1ª edición: Diciembre de 2005

© J. Joaquín R. Lara

© DEL OESTE EDICIONES

Luis de Camões, 1, bajo

06007 BADAJOZ

Diseño Gráfico: Ángel Campos Pámpano

Impreso en España / Printed in Spain

Depósito Legal: BA-778-2005

I.S.B.N.: 84-88956-76-2

Fotocomposición e impresión: INDUGRAFIC, Artes Gráficas, S.L. (Badajoz)

Complejo Pealsa (Ctra. Madrid-Lisboa, km. 397)

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1100 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

Madrid, cuando dobla la mañana

La humedad concentrada en el vértice de las bragas le estalla sobre el rostro y derrama en sus venas la esencia del escalofrío. Tiene la nariz mojada y un hilillo transparente le recorre el surco de los labios. Las gafas, sacudidas por un latigazo de la ropa, han quedado semidescabalgadas sobre la arista de su caña nasal, a punto de caer al suelo en la agitación del instante. Ni siquiera frunce el entrecejo para intentar retenerlas. No respira. La puerta se cierra y ya escucha sus pasos. El más mínimo parpadeo aterrorizaría a la recién llegada que, descalza y despojándose de la camisa, color tocinillo de cielo, acaba de pasar ante la puerta de la cocina, semibrando luces por el pasillo en su camino hacia el dormitorio.

El intruso aprovecha el respiro para hinchar los pulmones varias veces. Casi sin darse cuenta, con la yema de los dedos recorre los perfiles del hierro, enfundado como siempre en la raíz de la espalda. La indiferencia del acero refuerza sus convicciones, pero tampoco eso le tranquiliza. Se siente atrapado en el bochorno, que

trepas por la falda del mediodía, y un deseo desesperado de golpearse la cabeza contra la codicia y el miedo le sube por las corvas para colgarse del corazón. La inmovilidad le da apariencia de viejo pescador tallado en madera. En una raíz de olivo, sin duda.

Ella no debería estar aquí, pero ahí está. Más real y apetecible que cualquier golosina para el paladar de *uma criança*. Un veneno mortal en la boca de un hombre. Es el salvavidas que puede partirle la quilla a cualquiera. ¿Cómo burlar sus acometidas? Cierra los ojos con fuerza. En vano intenta poner orden en la irrefrenable carrera de remedios imposibles que se atropellan en su cerebro. La sangre le huye de la piel. La sobresaltó el trino de la llave, el espanto de la puerta entreabierta, el terror de un perfume tan anhelado como imprevisto. El miedo acrecienta su inmovilidad y su fiereza. Parece un animal disecado.

La mujer le descubrirá en cualquier momento. Debe salir del agujero, realizar su trabajo y desaparecer por la escalera sin haber cometido ni el más mínimo fallo. Pero, ¿cómo? No puede saltar al vacío ni desaparecer por el pasillo sin que la dueña de la vivienda advierta su presencia. Tampoco cree que pueda permanecer oculto tras la sábana sin ser descubierto. Abandonar el escondite y matar inmediatamente a la mujer es la única solución, pero no sólo le parece tan peligrosa como el simple hecho de dejarla vivir, sino la más inquietante de todas las opciones. Se está jugando su seguridad —lo sabe muy bien— y, quizá también, una pequeña fortuna, mas el único camino que conoce hacia el tesoro nace entre esas caderas de pedernal.

Mientras baraja las cartas del porvenir, observa que la luz del mediodía, aunque le llega recocida y sin brío, atraviesa la celosía de lamas y desdibuja siluetas sobre el terrazo y los azulejos del tendedero pregonando su muda presencia. Al fondo de la vivienda, un grifo empieza a desgañitarse a chorros contra la loza de algún sanitario. Es la ocasión para lanzarse contra la puerta y huir, pero la mujer regresa ya por el pasillo arrodillando luces. Ha vuelto a pasar ante él, ignorante de que desafía al fuego con su desnudez. Unas medias negras, unas bragas blancas y un sujetador a medio quitar constituyen todo el atuendo de la hembra. La mira y no la ve. Está bañada en hierbas, sumergida en flores, coronada de pájaros. Como una diosa de carne esculpida en el aire de un monte sin dueño. La ve, aunque cierre los párpados para borrarla de sus ojos, pero no es ella. No puede ser una mujer. Es imposible. El brillo de su carne le parece demasiado profundo para ser real. Se trata sin duda de una ensoñación, de una revelación milagrosa. Es la auténtica señora que debiera habérsele aparecido en los campos vírgenes de su infancia. Eso es. Una aparición sobrenatural. Ella morará en la flor de una cueva, sobre la espuma de una zarza, en la oscuridad de una fuente escondida. Reinará en un monte frecuentado sólo por fieras, ganados y pastores. No es una mujer, no. Es el filo de la luna que va y viene en su columpio de seda. Es el reflejo del sol en las charcas del ocaso. Un sueño tardío. Sólo eso. ¿Qué otra cosa puede ser? Una señora que no existe, pero ahí está. Pocas veces el delirio se acercó tanto a la realidad. Nunca tuvo el deseo medidas tan concretas y firmes. Es una ráfaga de viento encerrada en

un pasillo y, a medida que se despoja de la ropa, va dejando tras de sí un aroma celestial a melón maduro, a camuesas en la curva del verano y a pulpa de albérchigos en su punto justo de sazón.

La rigidez sacude las carnes del intruso. El miedo le pellizca los muslos. Si ella entra ahora en la terraza, le descubrirá. Seguro. No hay más escondite que las prendas puestas a secar en la bandurria de cuerdas retráctiles. Tampoco ve más salida que la puerta de la cocina. Incluso le sorprende que la mujer no haya reparado todavía en que la cristalera del tendedero continúa abierta. Se encoge un poco más tras la sábana, que muy lentamente ha ido deslizándose por el cordel hasta clavetearla en el suelo, pisándola con la puntera, y decide taparse y esperar.

Cuando la señora regresa, viste un batín de flores marchitas y calza unas zapatillas a juego. Lleva el pelo recogido y esto aviva la carnalidad de sus perfiles, devorados de nuevo por el intruso a través de la celosía de vainica que adorna la sábana.

En el refrigerador tenía guardado un tarro de melocotones en almíbar a medio consumir. Lo saca. Ha cogido un tazón de cristal y mezcla dos mitades de la fruta con un yogur. Arrima un taburete, se sienta despreocupadamente y empieza a comer, acodada sobre la mesa de la cocina. Lo hace con verdadera delectación, escarbando con la cuchara en el centro del cuenco y rebozando cuidadosamente cada pedacito de melocotón en la crema almibarada que, en chorreones de néctar, tapiza su boca con un denso velo de soles maduros batidos en leche.

A espaldas del precipicio, oculto en la telaraña del tendedero, él continúa escudriñando con atención la escena, consciente de que se juega una bolsa colmada de sueños y el final de una vida demasiado vacía de ilusiones. La mujer siempre le pareció bonita, pero así, tan real y dueña de sí misma, le resulta aún más apetitosa. Adora el negro brillante, casi acerado, de su pelo. Sucumbe al enigma de sus ojos sin fondo. La nariz es tan invitadora; tan sugestivos sus labios. No hay mejor espada para armar una sonrisa que esos dientes tan magníficos. El mentón quizás resulte algo retraído; sin embargo, admira su cuello largo, profundo, flexible, capaz de enredarse en la cintura del viento. A su cobijo, sobre una repisa rocosa del batín, palpita el nido de un águila encelada, el vértigo oval de las cumbres. ¡Hay tanta mujer en ese pezón de fruta!

La adorable chupa una vez más el vientre de la cuchara, libando con la punta de la lengua en el almíbar, antes de levantarse de la mesa. Aún ignora que dos agujas negras, borrachas de miedo al fracaso, le atraviesan los pechos, apuntándole desde la terraza. Concluido el refrigerio, acerca el cuenco al fregadero, lo enjuaga bajo el grifo y se vuelve hacia la ropa tendida. Sin duda pretende comprobar si ya está enjuta toda la colada. Entra en la diminuta terraza, mas no llega a palpar los hilos del tendedero. Aún no ha estirado los brazos cuando la sábana vuela sobre su cabeza y la encierra en un saco de lienzo ligeramente húmedo. No ha podido ver nada. Ni siquiera consigue gritar. Casi sin darse cuenta de lo que ocurre, un torniquete de tela le comprime el cuello, ahogando sus lamentos, al tiempo

que un puntapié se estrella contra su mentón hasta romper los quicios de la sangre para labrar un delta púrpura en el alba de la sábana.

De nada le sirven las arremetidas. Tampoco los manotazos ni los pataleos. Con la cabeza envuelta en el trapo, cautiva del sobresalto, la mujer es arrastrada por el pasillo hasta el dormitorio. Cocea y ruge como un animalillo que se ahogara en su propia rabia, pero sin provecho.

La víctima cae sobre el colchón con la contundencia de un fardo. El hombre descarga todo su peso sobre ella para impedir que continúe retorciéndose con latigazos de culebra. La sábana que anula sus ojos y casi le corta el resuello es asegurada inmediatamente por dos fundas de almohada. Con el cinturón del batín y con otra sábana la mujer queda maniatada al cabecero de la cama. Sentado sobre sus nalgas, el hombre le quita primero la media de la pierna izquierda y luego la otra para atar los tobillos de la furente res a los pies del lecho. Se encuentra tendida boca abajo en un potro de tormento, y aunque pone todas sus fuerzas en librarse de las ataduras, la lycra se clava en sus carnes con una fiereza que ella nunca hubiera imaginado.

El hombre tensa las amarras, para comprobar su firmeza, y luego sale del dormitorio. Busca algo. La mujer oye ruidos amenazantes: abrir y cerrar de cajones y los pasos de alguien que recorre su vivienda arrastrando muebles y desnudando cristales. El remolino de los ruidos le llega caliente por las lágrimas, roto por el miedo y atenuado por el cucurucho de las telas que le envuelven la cabeza.

Tras unos minutos de revuelo, estalla el silencio. El

desconocido ha regresado al dormitorio. Está cerca. Ella lo sabe, aunque no pueda verle. Tampoco ha escuchado que pronunciara ni siquiera una palabra. No sabe quién es ni su edad ni la malignidad de sus verdaderas intenciones. Tan sólo ha podido captar una ráfaga indescifrable de esencias retorcidas en el aire.

El agresor comprueba de nuevo la resistencia de las medias antes de ponerse a dar vueltas por la habitación, abriendo y cerrando las cajas del armario.

“Senhora, você têm umas bonitas pernas”, cavila. “Y así, estiradas y abiertas, son aún más largas.” El hombre se inclina sobre ella y le remanga el batín de flores dejándolo arrollado sobre la cintura de la mujer, cuyas carnes se tensan avivadas por el miedo. Desea bajarle las bragas, pero no lo hace. Se agarra a ellas por la braguadura y las rompe de un tirón seco. La mujer tiembla sobre el colchón mientras el desconocido estira el desgarrado anillo de su ropa interior para arrastrarlo hasta la cumbre de los senos desnudos. Los músculos marcan sombras de carne bajo la piel de la cautiva, que se deshace en sollozos casi inaudibles.

“¿Por qué serán más grandes las personas cuando las vemos tendidas?”, se pregunta sin despegar los labios. El intruso no encuentra respuesta y la mira como esperando que se lo diga ella. Instantes después se retira y sigue revolviendo cajones. Sobre la cómoda hay un portarretratos. Lo coge y extrae la estampa, que está firmada con el sello autógrafo de Carrión, reportero taurino. En la cartulina se ve a un torero y a otro hombre que toma apuntes en una libretilla. “Primera entrevista a Antonio Ordóñez, en Las Ventas. Madrid, la tarde del 11 de junio

de 1950." La nota manuscrita al dorso no va firmada, pero conoce perfectamente quién la escribió. Ya había visto esa ampulosa caligrafía en cartas y en otras anotaciones que descubren la personalidad de su autor, fotografiado cuando sólo era un prometedor rehiletero del periodismo. Ninguno de esos mensajes indican el porqué desapareció y, sobre todo, dónde se ha escondido y qué es lo que ha hecho con su equipaje.

El hombre desarma el portarretratos y continúa revolviéndolo todo, pero aparentemente no encuentra nada de lo que ha venido a buscar. Ni una dirección ni un teléfono ni tampoco el número de una cuenta bancaria sospechosa. Al cerrar el último cajón de la cómoda contempla de nuevo a la mujer, reflejada en el óvalo del espejo. Sigue ahí, sobre la cama, rotunda y palpitante. El deseo de comérsela le devora las tripas. Acerca los dientes a la luna de azogue y lanza una llamarada de vaho para borrar con su aliento la imagen que le atormenta. El cendal de la veladura calma sus ansias durante un instante, pero enseguida las aviva. ¿Se ha ido? No. No puede. Ya no está en la cama, pero ella sigue aquí, sumergida en un mar de vidrio, presentada como ofrenda a los dioses del abismo en un navío sacrificial.

– Ella no puede irse. *Não pode deixar-me só.*

Le tiembla la mano mientras aparta la niebla. Primero despacio. Después con urgencia, arañando el cristal hasta llegar a la mujer. Tenerla de nuevo le tranquiliza. Siente que ha recuperado el único retrato de alguien muy querido. Aquí está otra vez. Con el dedo índice enguantado dibuja en el espejo la espalda, el culo y las piernas abiertas de la cautiva. Luego da la vuelta y

se acerca a ella, muy lentamente, al mismo tiempo que va despojándose de un guante. Se inclina sobre la cama, carga la mano y, de modo mecánico, clava un dedo en el sexo del animalillo. La víctima lucha por encogerse, y grita desesperada, pero su aullido es apagado por el colchón. El insiste en su trabajo poniendo cada vez un poco más de ahínco, como si pretendiera vengarse de alguien agrandando una vieja herida, hasta que el dolor y el cansancio paralizan a la mujer apagando cualquier deseo de lucha.

Sentado a los pies de la cama, comenzó a olerse los dedos, uno a uno, y así estuvo un buen rato, embebido en su tarea, lo mismo que un maestro jamonero dictamina salazones olisqueando con devoción el hueso de la cala. Había en su gesto una extraña parsimonia no exenta de cierto orgullo. Unos minutos después, se limpia la mano restregándola sobre las nalgas de la mujer que, bajo las marcas de su propia sangre, vuelve a encogerse atenazada por un dolor tan crudo como afilado.

El hombre le hace una sentida reverencia y a continuación se calza el guante. Sobre la mesilla de noche hay un teléfono. Lo descuelga y recibe con satisfacción el pitido de la línea. Confortado por la normalidad, gira el auricular sobre su cabeza en un desafío de complacencia irreverente, mira alrededor y lo deja caer sobre la alfombra, lo suficientemente lejos para asegurarse de que permanecerá descolgado durante algún tiempo. Inmediatamente después sale de la habitación y abandona la vivienda.

the first of these is the fact that the
the second is the fact that the
the third is the fact that the
the fourth is the fact that the
the fifth is the fact that the
the sixth is the fact that the
the seventh is the fact that the
the eighth is the fact that the
the ninth is the fact that the
the tenth is the fact that the
the eleventh is the fact that the
the twelfth is the fact that the
the thirteenth is the fact that the
the fourteenth is the fact that the
the fifteenth is the fact that the
the sixteenth is the fact that the
the seventeenth is the fact that the
the eighteenth is the fact that the
the nineteenth is the fact that the
the twentieth is the fact that the
the twenty-first is the fact that the
the twenty-second is the fact that the
the twenty-third is the fact that the
the twenty-fourth is the fact that the
the twenty-fifth is the fact that the
the twenty-sixth is the fact that the
the twenty-seventh is the fact that the
the twenty-eighth is the fact that the
the twenty-ninth is the fact that the
the thirtieth is the fact that the
the thirty-first is the fact that the
the thirty-second is the fact that the
the thirty-third is the fact that the
the thirty-fourth is the fact that the
the thirty-fifth is the fact that the
the thirty-sixth is the fact that the
the thirty-seventh is the fact that the
the thirty-eighth is the fact that the
the thirty-ninth is the fact that the
the fortieth is the fact that the
the forty-first is the fact that the
the forty-second is the fact that the
the forty-third is the fact that the
the forty-fourth is the fact that the
the forty-fifth is the fact that the
the forty-sixth is the fact that the
the forty-seventh is the fact that the
the forty-eighth is the fact that the
the forty-ninth is the fact that the
the fiftieth is the fact that the
the fifty-first is the fact that the
the fifty-second is the fact that the
the fifty-third is the fact that the
the fifty-fourth is the fact that the
the fifty-fifth is the fact that the
the fifty-sixth is the fact that the
the fifty-seventh is the fact that the
the fifty-eighth is the fact that the
the fifty-ninth is the fact that the
the sixtieth is the fact that the
the sixty-first is the fact that the
the sixty-second is the fact that the
the sixty-third is the fact that the
the sixty-fourth is the fact that the
the sixty-fifth is the fact that the
the sixty-sixth is the fact that the
the sixty-seventh is the fact that the
the sixty-eighth is the fact that the
the sixty-ninth is the fact that the
the seventieth is the fact that the
the seventy-first is the fact that the
the seventy-second is the fact that the
the seventy-third is the fact that the
the seventy-fourth is the fact that the
the seventy-fifth is the fact that the
the seventy-sixth is the fact that the
the seventy-seventh is the fact that the
the seventy-eighth is the fact that the
the seventy-ninth is the fact that the
the eightieth is the fact that the
the eighty-first is the fact that the
the eighty-second is the fact that the
the eighty-third is the fact that the
the eighty-fourth is the fact that the
the eighty-fifth is the fact that the
the eighty-sixth is the fact that the
the eighty-seventh is the fact that the
the eighty-eighth is the fact that the
the eighty-ninth is the fact that the
the ninetieth is the fact that the
the ninety-first is the fact that the
the ninety-second is the fact that the
the ninety-third is the fact that the
the ninety-fourth is the fact that the
the ninety-fifth is the fact that the
the ninety-sixth is the fact that the
the ninety-seventh is the fact that the
the ninety-eighth is the fact that the
the ninety-ninth is the fact that the
the hundredth is the fact that the

A VÉSPERA

– Por favor, vuelva al principio.

(El terapeuta restregaba el cuerpo contra las tablas del respaldo, saliendo de su indubitada atención flotante.)

– ¿A Campo de Criptana?

(Preguntó el confuso, echándose los ojos a la espalda para buscar la mirada de su interlocutor.)

– No, no. Al otro principio. A Olivenza. A esa tarde.

(Había suavidad en la voz del terapeuta. Todo lo contrario que en sus gestos. A grandes rasgos garrapateaba algo con la pluma en su cuaderno de pastas encarnadas.)

– No, no debía...

– Ande, siga, siga...

(El especialista le animaba flameando el cuaderno desde el hondón de la penumbra.)

Digo que nunca debía haber ido, pero fui. Fui porque me falló lo de Sevilla. Y hay que comer. Pagar los estudios

de la hija. El coche nuevo. El chalé. Y más cosas. Muchas más. Como siempre. Uno se debe a sus obligaciones, desde luego.

Con sumo gusto fui a Olivenza. Sí señor. ¿Por qué ocultarlo? Cogí la conferencia... La de Sevilla, no; otra que tengo encuadernada para estos casos. Me la sé de memoria, pero queda mejor leerla y la leí. Estuve bien. Bastante bien. Aseao, vamos. Son muchos años ya plantándome en los ruedos de esas plazas de provincia.

¿El público?... Paleto. Chabacano, no. Paleto. Como siempre. En los pueblos ya se sabe lo que pasa. Había algún erudito. Algún curioso. Pocos. Pero muy atentos. Mucho. Si esa tarde no hubieran puesto otra ración televisada de tanto fútbol matacultura, lleno el casino. Lógico. "Los Toreros del Arte y el Arte..."

– Es la conferencia.

(El confuso subrayó su indicación con un gesto de inquietud. Había levantado un poco el torso a la vez que giraba el cuello hacia el terapeuta, como si quisiera confirmar que seguía allí, entre el ocaso y la noche cerrada.)

– Es el título de mi conferencia: "Los Toreros del Arte y el Arte de los Toreros". Bonito, ¿verdad? Sí señor.

Me dura una hora y cuarto. Clavao. Luego viene el coloquio. Con el moderador, que también tiene derecho a lucirse. Después un güisquicito. Seco. Seco. Seco. Para matar el sabor de la tinta no sirve el agua. Ni hablar. A mí el agua no me da miedo; es respeto. ¡Ha lidiao uno con tanta agua sin embotellar! El peor trago para un conferenciante es que te pongan en la mesa agua sin afeitar. Hache-Dos-O en líquido. Tal cual. Agua de grifo. ¡Lamentable! En una jarra de cristal. Sobre una bandeji-

lla igualmente cristalina o de alpaca. Ese agua tiene más peligro que un cuatroño avisao. ¡Es mortal! No lo dude.

Tú sales a la tarima. Te sientas. Acercas la silla al tercio de la mesita. Te abres de folio. Empiezas la faena. Sereno. Templando la metáfora. Abriendo el compás. Cargando la suerte.

Lo importante no es lo que dices, pues si fuera importante o de exclusiva no lo reventarías en una conferencia y en un pueblo.

— Usted ya me entiende...

(Barbeó las tablas de la confianza el confuso.)

El mérito está en la forma de decirlo. Hay que adornarse y saberle andar en la cara al auditorio antes de que se revuelva incómodo en la silla. Hay que medir el gesto. Ajustar el desplante. Embeber al público en el vuelo de tus miradas. Del folio al tendido, del tendido al folio. Con arte. Con valor. Pisando los terrenos. Cruzándose. Cambiando de mano. Por naturales. Quebrando el talle del discurso. Gustándose. Bajando los engaños. Con hondura. Dejando boquiflojo al respetable con un par de afarolaos. Dominando en los embroques. Arrancando el olé con el de pecho. Saliendo de las suertes con gallardía. Toreando a los bureles desde la distancia y desde el silencio. Con guapeza.

— ¿Comprende usted?

(El confuso se alivió con un buen trago de aire. En todo momento había seguido la descripción de la faena en las sombras de sus gestos, proyectados por una pequeña lámpara contra las paredes y el techo de la sala. Afiló los ojos y recorrió con la mirada el contorno que las siluetas habían dejado impreso en los lienzos de pintura

plástica. Volvió a respirar. Necesitaba oxigenarse profundamente, aunque aquel aire secarrón, polvoriento y caliente le asara los pulmones.)

Estar a esa altura una vez es fácil para un taurino que, como yo, lleva veinte años de conferenciante con alternativa. Lo difícil es repetir. Alcanzar todos los días el nivel que se le exige a un maestro. Ganarse cada tarde los emolumentos y otra tarde más. ¡Ahí está el arte, ve usted!

Hay que saber estar para poder estar por encima de los que están frente a ti. Dominando al morlaco, que te asedia desde la batería de butacas apiñadas en el salón de actos del casino. Hay que ser muy conferenciante. Mucho. Digo. Y si no, no.

Son recursos que da la experiencia y que no se encuentran al alcance de cualquiera. Exigen un dominio. Parar, templar y mandar. Es imprescindible marcar los tiempos, transformar la palabra en música y dejar el aire de la plaza perfumado con un ballet de varoniles arpegios. Pura magia. Ya se ve.

– Usted aprobará que la magia no admita imprecisiones.

(Un esbozo de sonrisa enmarcó el adorno del confuso, que plegaba ya contra el talle el eco redondo de su última frase.)

Todo tiene su momento y su porqué. ¡Ojito! El agua también. El conferenciante no se sirve agua porque tenga sed. No señor. Lo hace para subrayar una pausa. Es como si recogiera la muleta y cimbreara la cintura ante los pitones de la audiencia. ¡Y hay cada corniveleto por esos casinos de Dios, que ni pintados por el sordo de

Fuendetodos! Por eso, el conferenciante que aspire a vivir del oficio no puede distraerse. Ni un segundo. Aunque actúe en un pueblo perdido a más de 400 kilómetros de Madrid. Le va la vida en ello, créame. Se lo dice un superviviente de las talanqueras.

Y la jarra del agua distrae. ¡Vaya que si distrae! Con los codos, o cuando estiras las piernas a mitad de la faena, mueves la mesa e inmediatamente sientes un tintineo de cristales. Sin quererlo, miras la bandeja. El vaso. La jarra. Mas, ¿qué ves? Que el agua se columpia en su vasija como si tomara impulso para saltar sobre tu garganta.

— ¡Y qué velamen tiene el agua de pueblo! Menudos arbolitos gasta. No son cuernos, no. Es un hacha de doble hoja tomando carrerilla hacia tu garguero. Parece que estuvieran vivas esas aguas de provincia. Montaraces. Indómitas. Cerriles. De pueblo.

¡Sobrecogedor! Ya le digo. ¡Ay de ti! si estiras la mano para aplacar el furor de la guillotina que amenaza con decapitarte. La atención del público saldrá rebrincada por ese atajo.

El respetable suponía que ibas a beber y había decidido aprovechar tu instante de refrigerio para removerse en la silla. Pero tú sigues con la mano extendida en el aire. A medio camino entre el burladero y la tragedia. Si no bebes, la masa escarbará convencida de que ha descubierto en ti cierta inseguridad. Incluso es posible que alguno de los presentes llegue a pensar que tienes más miedo que Currillo en el callejón de la Real Maestranza. Pues aún será peor si te llevas el vaso a los labios. Si bebes eres hombre muerto.

— Créame que es verdad lo que digo.

¿Que por qué? Le explico. Entre los asistentes a cualquier conferencia están los gérmenes locales. ¿Dónde? A tu lado. En primera fila. Esperando a que te embragues con la audiencia para aprovechar su oportunidad. Chapotean en el agua. Pegados a tu faja. Dispuestos a todo.

Conocen muy bien al público. Pero a ti nunca te habían visto antes. Te observan lo mismo que si fueran hienas azuzadas por la hambruna. Ya han descubierto que desconoces los vericuetos del terreno y no dejan de relamerse. La jauría te ha elegido como presa. No renunciará a tus carnes fácilmente. Aplastado contra el cristal de la jarra, cada microbio, cada virus y cada baci- lo sigue con atención las inflexiones de tu voz, el ritmo de tu boca, los movimientos de tus manos. La bestia aguarda hambrienta, pero sin prisas. Esperará hasta que tengas un descuido. Será entonces cuando invada tus entrañas buscando un novedoso y abonado campo para sus fechorías. No hay que culparla por ello. Es su oficio. Seguramente, las bacterias también tendrán familia y obligaciones.

El agua no perdona al forastero. ¡Qué va a perdonar! No tienen ni pizca de conciencia las aguas de pueblo. Un agua diferente en cada casino, en el centro de cada círculo recreativo, en todas las peñas y clubes taurinos del planeta. Un agua distinta. Con su cloro y su boticario. Con su biología y su canesú... Demasiado peligro para un artista.

Si el agua es de crianza, entonces hay menos problemas. Hasta se la puede echar una poca al güisqui. Para desinfectarla. Pero si es autóctona, Hache-Dos-O de

grifo, ya puedes pedir hora en la enfermería, para que te vayan extendiendo el hule, porque no te escapas de la visita al taller.

La que me pusieron en Olivenza era de grifo. Hache-Dos-O de pueblo fronterizo. Agua extremeña indígena en una jarra primorosamente labrada. No miré ni al vaso. A la jindama, ni agua. Son muchos años en el oficio para que un mal trago te parta la temporada.

El güisqui no era paisano. No. Era escocés. Lo compran en Portugal. A un paso está. En el hondón de Europa. Me dijeron que allí es más barato. Tomé tres. Cinco a lo más. Nada importante, pero se conoce que me cogió mal cuerpo.

— ¿No le ha pasado nunca a usted?

(Casi gimió el confuso.)

La culpa fue del hostal. Sin duda. Debí haberme vuelto a Madrid en cuanto se acabó el güisqui. O, al menos, pernoctar en Badajoz, que está al lado y es sitio con algo más de cuajo. Pero me enredé en el coloquio, se me echó el tiempo encima y tuve que hacer noche en Olivenza. Ya no eran horas para conducir. A la carretera hay que verla venir desde los medios, y aun así es un peligro. ¿Qué iba a hacer? Además, tampoco me atraía tragarme veintitantos kilómetros para dormir en un hotel provinciano. No hubiese pegado un ojo en toda la noche. Más por la desazón que a causa del traqueteo.

Badajoz no me llama la atención. Esa plaza la conozco bien y noto que le falta trapío. Es una ciudad corretona y extraña. Como un Alcorcón sin Madrid. Galopa suelta y sin querencia, pero más que mansa parece que huyera de sí misma. Quizás un día gateó los alminares de su alcaza-

ba, para asomarse al Guadiana, y el espanto del río se le clavó en los ojos. Desde entonces corre suelta, ladera abajo, despellejándose entre los jaramagos del campo, abandonando, aquí y allá, los hitos de su historia. No es que yo sea un enamorado de los cascotes, pero uno va a los sitios buscando arte y, la mayor parte de las veces, sólo se lleva piedras en la memoria. Estatuas, palacios, conventos...; peñascos y más peñascos. Pero en Badajoz, ni siquiera eso. No dudo que haya tenido sus monumentos, sin embargo parece haberlos olvidado. O peor aún, sólo quiere escapar de ellos. Si alguna vez esa ciudad miró hacia atrás, no lo hizo con la intención de volver sobre sus pasos para embestir a los capotes que había despreciado, sino para comprobar que no la perseguía nadie. Estuve un buen rato mirando, pero no pude ver al moscardón que la acosa. Aun así, no afloja la marcha. Como el pollo de la perdiz corre que se las pela con el cascarón de sus murallas todavía pegado al culo. ¿Qué locura de amor la llamará desde los campos? No lo sé.

Seguro que don Cesáreo Briz, el ganadero y empresario salmantino, me hubiese explicado el misterio con alguna teoría campera:

“Mira Andresino” – don Cesáreo siempre me llamaba ‘Andresino’– “Escucha. Algunas ciudades parecen galápagos. Cada noche se doblan contra sí mismas echándose a dormir bajo la concha de su historia. Ahí tienes a Salamanca, a Toledo o a Mérida... Sin embargo, otras son inquietas de patas, como las liebres. Vagabundean por su sortín y aún no han terminado de acularse contra un espino o una chaparra cuando ya están deseosas de hacer la cama un poco más allá.”

Estoy convencido de que don Cesáreo hubiese incluido a Badajoz entre las patilargas.

Alguna explicación debe de tener semejante afán migratorio, pero tampoco importa demasiado y ni siquiera creo que resulte fácil encontrar el motivo. Al contrario. Es imposible desanudar los instintos de una ciudad, aunque sea una pequeña municipalidad de provincias, en unas pocas horas de paseo por sus calles, mientras te tomas un fino en un velador o te limpian los zapatos a golpe de gamuza. Sin embargo, hay señales que no se le escapan ni siquiera al que va de paso: justo allí, en ese cerro que llaman de la Muela, se arrancó Badajoz al trazo de los llanos y hasta ese barbecho que ahora labran las cigüeñas ha llegado esta tarde. Mañana, quién sabe. No hay mayor inquietud que la desazón de una vaca en celo.

Pero la culpa, ya le digo, fue del hospedaje. Me quedé a dormir en Olivenza y esa fue mi perdición. Y es que no se puede ser bueno. Si lo sabré yo. Me tengo dicho que hoteles. Sólo hoteles. Pero por no hacerle un feo a la afición, acepté dormir en un hostal. Y, además, de carretera. Con su cuneta, sus putillas, sus camioneros; con su letrero luminoso, mediado de lámparas fundidas y lleno de mariposas de la luz. No le faltaba ni un detalle al establecimiento.

Caí en la cama como una breva. Ensopao. Y pasó lo que pasó. Digo yo, que si sería cosa del güisqui que era escocés, pero había sido recriado en Portugal. En los arrabales de la coyuntura europea, como diría mi director, que nació en Zamora, pero es del Parnasos, aunque él nunca estuvo allí. Un güisqui destilado con bellotas de

roble o de alcornoque. Casi seguro. Un escocés manso, marcado con hierro falso. Una escurraja de alambique vestida de *scotch whisky*. Desecho de tiente, si lo sabré yo. Maldita sea su estampa.

– ¿Prosigo?

(Tras una ligera pausa, el confuso había comenzado a chasquear la lengua, como si quisiera borrar del paladar el eco de algún regusto desagradable.)

– Continúe.

(La invitación casi resultó imperceptible. El terapeuta se esforzaba en llevarle muy despacio para que los recuerdos no le lastimasen en exceso.)

Me desperté en un charco de sudor. Temblando. Derrengado. Con un horrible mal gusto de boca. Un sabor a sangre. A sangre y a estaño de alambique portugués. Un paladar malo. Muy malo.

Busqué el baño. Me levanté y me encaminé al lavabo. No había. En mi habitación no había ni lavabo ni jofaina ni jarro en el palanganero. Ni tan siquiera un miserable vaso de agua. En aquel hostel oliventino, en aquella podrida pensión de carretera, por no haber no había ni paredes. Sólo frío. Muchísimo frío.

Adelanté la cara para tantear el aire, que soplaba a empujones, y me caí al suelo. La alfombra estaba húmeda. Helada. Traté de incorporarme, a cuatro patas, lleno de temblores, sudando a cántaros y entonces fue cuando se me apareció la vaca. La descubrí envuelta en los visillos de cal y de sombra que colgaban de la luna. Una luna descomunal, henchida, mantecosa. De esas que ya sólo se ven algunas noches por los pueblos.

– ¿Me sigue?

(Con un sorbo de aire recién atrapado y sin esperar respuesta alguna, el confuso volvió al carril del relato, reanudando su exposición.)

La vaca era grande, veleta, astifina, pero cornalona. Cárdena, jocinera, ojalada y enorme. Grandísima. La vaca más brava y más cuajá que he visto en mi vida. Tenía el pescuezo largo, los ojos calientes, el belfo viscoso, la voz rajada y el aliento amargo como de retama.

De la impresión me quedé atornillado al piso y con el compás temblón. Poco a poco me fui hundiendo, despacito, igual que una banqueta desencolá, como un autómata al que le hubieran robado el último de sus resortes.

El corazón me corría pescuezo arriba y pescuezo abajo entre la nuez y el arranque del incipiente papi-llo. Un lobo recién enjaulado no andaría tanto. Si no se me escapó entonces por la boca entreabierta, no fue por falta de ganas, sino porque fuera le estaba esperando la bicha corniveleta. Mirándome, olisqueándome, informándose, acechando cada uno de mis latidos.

La sangre me hervía bajo la piel. Intenté aflojarme el nudo de la corbata, para tomar un hilo de aire todavía sin estrenar, pero no di con él. Ni encontré el nudo ni la corbata ni la camisa ni los pantalones. No tenía nada encima. Estaba completamente desnudo.

Además, tampoco tenía dedos, por lo que despojarme de la ropa hubiera sido imposible para mí. Mis manos habían desaparecido. Sólo tenía miedo. Miedo y frío. Frío y una sofoquina insufrible corriéndome sin perrillo ni bocado bajo la piel. Un calor que hasta me chamus-

caba las raíces de la pelambarrera, todavía tachonada con cabujones de restos placentarios.

Nacer es un mal trago que sólo debería pasarse una vez en la vida. Esta es mi opinión. Y debería ser obligatorio hacerlo siempre a muy corta edad, antes de haber desarrollado las querencias. Luego, cuando llega la hora de la reencarnadura, ya no hay forma de acostumbrarse a los nuevos hábitos.

Sin embargo, lo peor de la reencarnación no es descubrir que, puesto que vuelves a estar vivo, debes de haberte muerto, aunque no recuerdes cómo ni cuándo, sino sospechar que no será la última vez que te mueras, e ignorar, sin embargo, cuándo y cómo volverás a morirte, así como el título de la obra que están ensayando al otro lado del decorado, mientras esperan tu defunción. Aunque cuentan contigo y no puedes fallarles —¡qué más quisieras tú!—, ni imaginas el papel que te tienen reservado en el reparto de la próxima gira por provincias.

El mío iba a ser muy corto esta vez. Ninguna duda albergaba yo sobre mi futuro desde el preciso momento en el que se me apareció la vaca. Moriría al instante. Ahogado por el pavor o eviscerado por la arboladura de la cárdena navajera. Estaba sentenciado. No tenía cuartel. Intenté huir, para no ser acusado de connivencia en la inminente defunción, y caí sobre la escarcha.

Me empujó ella, la vaca. Ella me tiró al suelo. A lame-tones. ¡Qué lengua, Dios! ¡Qué estropajo tenía en la boca aquella alimaña! Cagadito de miedo como estaba —y no podía ser el meconio, pues no había hecho más que debutar como becerro y aún no había probado ni siquiera un trago de leche que justificase la expulsión

del alhorre—, me dejé asear. ¡Qué remedio! La vaca cumplió con su instinto. Me lavó desde el morro hasta los corvejones. A conciencia. Como sólo lo hacen las madres.

Gritar, yo hubiera gritado. ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Favor! ¡Quítenme de encima a esta pantaruja cornalona! ¿Pero cómo iba a gritar, si sólo sabía mugir? Berrear como un recental recién parido. Sólo berrear... Berrear..., yo, Andrés Tránsito. ¿Dar berreitos a mis 53 años, con mis 40 sanisidros a la espalda? Los 15 últimos en La Prensa. ¿Berrear el crítico más temido y mejor pagado de Madrid?

Pues eso, berre y más berre. No podía hacer otra cosa. Sólo berrear. Mugir como un choto. Balar como un corderillo. Llorar como un rorro. Berrear y berrear y hacérmelo todo encima, nada más sentir los bigotes babosos de aquella vaca cárdena que me arrinconaba la sangre contra el cobarde tapón de las traseras.

¡Y qué bicha! Un duelo antiguo, con su año de manto, sus dos años de velo, sus tres de luto, los cuatro de alivio y los cinco de misas, nunca pudo ser tan largo como aquella corniveleta que me empujaba a hocicazos debajo de una chaparra. Que me arrastraba sin preguntar ni pedir permiso. Con urgencia cuartelera.

Seguramente pretendía ocultarme de los cuervos, de los zorros y de los vaqueros. Secuestrándome. Matándome con su presencia fantasmal, con el brillo afilado de su mirada, con el vaho febril de su aliento, con la gruesa lima de su lengua.

Siempre supe yo que hay que tenerle un respeto a todo el que se pone delante de un toro. Por el simple

hecho de ponerse frente al punto de mira de semejante bestia. Noble y hermosa, sin duda, pero salvaje. Hay más muerte en un cuerno, incluso después de pasar por la manicura, que en las ojivas de algunos misiles. En el ruedo, cualquiera se merece un respeto. Del público y del cronista. Simplemente por estar ahí, en el filo de las hachas. Aunque luego, si se tercia, le estampes la almo-hadilla en la cara o escribas la crónica con la sangre de sus vergüenzas y termine en la papelería, emparedado en el cucurucho de tu columna en La Prensa de Madrid. Un respeto a todos. Siempre. Pero aquella primera madrugada que pasé en la dehesa comprendí que más, muchísimo más, infinitamente más respeto merece el que, sin comerlo ni beberlo —es un decir—, se descubre al alba en mitad del campo, delante de una vaca corniveleta, astifina, cornalona, jocinera, ojalada, bien grande, bien brava y bien cárdena, que lo mira a uno con ojos encelados porque acaba de parirlo.

— Eso sí que tiene miga. Ese infeliz sí que merece un respeto.

(El confuso buscó la aprobación en el rostro disecado del terapeuta.)

Sobre todo, si se había acostado crítico famoso y nunca quiso ser miura ni albaserrada ni condesdelacorte ni tampoco jandilla, carriquiri o de Los Guateles. Muchísimo respeto. Digo. Una jartá de respeto.

— ¡Ahí quisiera ver yo al batallón que cada tarde se atrinchera en las casamatas del siete! Ahí, a los pies de una parturienta.

Si para ponerse delante de un toro con trapío no sólo hay que tener valor, sino ganas de comerse a Dios por los

pies, para meter la cabeza entre las patas de una vaca, a tus 53 años, aunque sea la vaca que acaba de alumbrarte, para arrimarle los labios a la ubre y llevarte a la boca el pezón enlutado y peludo, no hay que tener más valor que el Guerra, no, hay que ser un héroe de película, estar loco y opositar a suicida de primera clase. Todo al mismo tiempo. Para mamar de esa teta debes tener plaza fija en el real cuerpo de los iluminados, haber nacido santo y estar avocado al martirio, ser un ángel, con alas, transparente, sin gota de carne, para que nadie pueda sucumbir a la tentación de enterrar un cuerno en algún rincón de tu magro. Porque no basta con tener hambre. No. ¿Dónde va usted? Hay que pasar auténticas fatiguitas. Y ni aun así se te quita la impresión.

Naturalmente, lo primero que pensé, nada más verla, fue en salir por patas. Tomar el olivo y declararme huérfano de vaca, objetor de conciencia y militante en la sociedad protectora de animales, empezando por los críticos taurinos amanecidos en recental.

Lo intenté. ¡Para qué lo haría! Fue peor. La vaca no sólo se vino detrás de mí, como si yo fuera la recién parida y ella la rastra, sino que además descubrí que no estaba sola. Bajo cada encina, detrás de cada chaparra o retama había otra alimaña que acababa de parir, que estaba de parto o a la espera de coger el turno para subirse a la camilla de las contracciones. Aquello no era el campo, sino el real paritorio de las vacas bravas y la casa cuna de los becerrillos de lidia. Detrás de cada mata y de todos los yerbajos había una vaca en pie y un apunte de toro encamado.

¿Quién hubiese dado un paso sin despertar la encela-

da ira de una madre reciente o de alguna preñada en ciernes de serlo? Tal vez, incluso hubiese concitado contra mí el negro furor de toda la vacada.

— Mi madre... Vamos, ella, la cárdena... Quiero decir la vaca... Mi madre, digo, también lo entendió así. Me llamó con un suave mugido y me amonestó con dos pescozones de lengua. Moqueando, a causa de la regañina, volví a la chaparra. Ocupé el encame arriñonado en la hierba fría del invierno, todavía menguado, y me dispuse a esperar.

Amanecía sobre la sierra. Llegaba el día cubierto con esa toca de manteca sanguinolenta que en muchas fincas llaman la vaca desollá. Los del campo son casi todos poetas. Ya se sabe.

SEGUNDA-FEIRA

Pasó el tiempo. Yo no sé cuanto, porque para el príncipe de la dehesa, para un tierno becerrillo, aunque venga encastao en crítico, el tiempo no es la impaciencia del reloj ni la histeria de un presidente, sino otra cosa. Como el aire. Te envuelve pero no te aprieta. Más que pasar, el tiempo estaba. Lo noté en el cuerpo. Primero en un desasosiego, luego en un dolor. Parecía como si me estuvieran zurciendo las culeras del estómago con la máquina en la que los viejos talabarteros recosían aperos y zahones.

Deseché la idea, porque de esos artistas ya no quedan. A los guarnicioneros enamorados de su oficio los ha barrido el desamor de los públicos. El plástico se los llevó al barrio del olvido. Con sus leznas, sus carteles de gloria, sus hormas, sus calendarios de Julio Romero de Torres, sus plantillas de cartón ensartadas en el alambre, sus nitratos de Chile, sus pequeños talleres y sus grandes conocimientos. Ellos se fueron y a mí me quedó el dolor.

Caí otra vez en el berreo. Sin quererlo, pero berreé. Mi madre me respondió desde detrás de una retama. La busqué con la vista y la vi entre el cedazo verdinegro de las escobas. La vi, pero no podía creer lo que estaba viendo. La vaca, mi vaca, la vaca que —en un parto contra natura, según todos los indicios—, acababa de traerme al infierno de los toros, después de llevar yo tantos años gobernando el Averno de los toreros, le estaba dando de mamar a otro. Ya otro que no era yo. A un recental que movía el rabo y rebrincaba más contento que si acabara de encontrarse un abono para San Isidro.

“Eso sí que no”, bramé para mis adentros. Esta vaca es mía y no se la mama nadie. Y pretendiendo cargar al trote contra el ratero, topé contra los corvejones de su forzada amamantadora, fracasando en aquella mi primera embestida y desmoronándome sobre la hierba, todavía cubierta por hilachas de noche helada.

Mi disgusto fue enorme, profundísimo, abisal. Un presentimiento, una negra sombra, cruzó el cacho de corazón que me quedaba de crítico. Me hundí. No valía. Yo no valía para la lidia. No había fuerza en mi arrancada ni seguridad en mis remos ni fijeza en mi embestida. Me sentí un firme candidato a terminar en la tabla del carnicero muy pronto. Incluso antes de llegar a novillo. Todo lo más, de eral.

Lloré sin derramar una lágrima. Primero con berri-dos de rabia y luego con gimotazos de impotencia. Inútil. Inútil total para la lidia. Con la afición que yo tenía. ¡Qué calamidad! ¡Qué vergüenza!

Hasta mi propia vaca, indocta en el arte de Cúchares, sabía ya que yo no valía. Por eso se había agenciado rápi-

damente otro becerro que pudiera representarla dignamente en los ruedos.

Gimiendo como estaba, no reparé en la repugnancia que sentía ante la teta de la cornalona y, metiéndome en la boca un pezón, chupao y escurrió, comencé a ejercer de vacuno con todas sus consecuencias.

Pronto comprendí que mi rival de tetadas no era un sustituto. Ni tampoco un aprovechado, como en un principio había supuesto, sino un compañero de plantilla. Ya no sé si también de infortunios.

Quien me robaba la leche era mi propio hermano. Mi mellizo. Sombra de mi luz y hartazgo de mi hambre.

Antes de que me parieran como becerro, cuando todavía era crítico, yo había visto o leído en algún sitio que, a veces, las vacas de bravo paren dos crías en vez de sólo una, como corresponde a la comedida naturaleza de sus vientres. Pues bien, aquel prodigio, del que acaso tuve noticias por boca de algún mayoral o ganadero amigo, había vuelto a ocurrir y yo era uno de los protagonistas del milagro.

Aquí había dos esbozos de toro colgados de la misma teta, así que minutos antes o después de mi realumbraimiento —cuestión sin duda importante para el propietario de la vacada—, me había nacido aquel adversario de pezones, mulato, listón, calcetero y bragao, para más señas, que no zugaba calostros, sino que se comía a la vaca, a mi buena madre, empezando por los bajos y terminando por los pitones. Aquello no era un becerro, era el caimán de las dehesas, un mal engendro que terminaría devorándonos a mi mamá y a mí, con tal de quitarme de en medio.

Que a mi edad me hubiese tocado, precisamente a mí, el crítico de La Prensa, algo tan inusual como un amellizamiento, ¡y con un caníbal!, no pudo parecerme sino una prolongación del mal fario que me había llevado al pueblo de Olivenza tras impedirme que diera una conferencia, apalabrada desde hacía seis meses, en el Ateneo de Sevilla.

¿Acaso no pudo haberse muerto otro miércoles cualquiera el amigo Justo Abengózar, presidente de tan venerable institución?

– Un desatino lo del pobre Justo, Dios le haya perdonado.

(El confuso parecía verdaderamente afectado por la luctuosa circunstancia.)

Una pérdida irreparable que, para más escarnio, encaminó mis sapiencias hacia los confines del mundo, en un mal día que no se lo deseo ni al caimán mulato que también parió mi madre.

– ¡Tijeras del rabo negro! De pronto recordé que me había olvidado el dinero en el bolsillo de la chaqueta. Una fortuna. No podía imaginar entonces mayor desventura.

(La violenta arrancada del confuso estremeció la piel del silencio y desarmó al terapeuta, que preparaba los trastes en un recodo de la indiferencia.)

Estaba todo en la americana nueva. La dejé colgada en una percha de mala muerte, en la habitación del hostal. Mira tú que si me he dejado la puerta abierta, alguien ve la cartera y vuelan los cuarenta mil duros de la conferencia y todo lo demás. No podía quitarme esta nueva zozobra de la cabeza.

Yo, que me acosté hombre y rey de las pullas, no tenía bastante con haberme despertado choto y de los que cobran en puyazos, sino que además vine a nacer mellizo y flojalindón, obligado a disputarle la vida a mi propio hermano, para quedarme encima sin el estipendio tan honrosamente ganado en el difícil ruedo del casino de Olivenza.

Dicen que el dinero no da la felicidad. Resulta fácil decirlo cuando no es el tuyo. Claro que si el dinero te pertenece pero lo has ganado con un trabajo intelectual, es decir, sin doblar la bisagra, perderlo no es tan grave. Así lo cree buena parte de los españoles. En un país que desprecia la cultura, mucha gente es incapaz de imaginar lo que le escuece a un conferenciante quedarse sin cuarenta mil duros tras haberse jugado la vida en cada palabra para ganarlos. Por no hablar de lo que se juega uno en otros lances.

— ¿Qué pasó con el otro becerro, con el mellizo?

(Preguntó el terapeuta con una voz que parecía surgir de una caja de zapatos.)

Sepa usted, que la gente del campo, sabía en sus cosas, pero ignorante en casi todas las demás, no suele dejar que una vaca brava críe dos becerros en la misma añada. Imagina que serán agostizos y de poca lidia. Así que, generalmente, se acostumbra a buscarle nodriza a la más endeble de las crías. E incluso a matarla, si no hubiese teta de repuesto disponible. Ambas cosas eran malas para mí. Y peor la primera, que me obligaba a buscarme los garbanzos, los calostros, vaya, en ubre ajena y, seguramente, descastada.

O él o yo. Cavilé. ¿Y quién sería el sacrificado? ¿El

mulato, listón, calcetero y bragao de mi hermano, o precisamente yo que —me miré los remos— había nacido con los pies desnudos? Ni calcetero ni botinero ni zahonado ni nada que pudiera alegrar la vista del tribunal: jabonero en sucio de arriba a abajo me habían parido. ¿Quién entregaría, pues, la cuchara dejándole los cuatro platos y el puchero al otro comensal? ¿Él, tan listo para la leche que casi no me dejaba probarla, o un melindroso para los pezones como yo, que hasta me enamoré cuarentón?

Aquello era una guerra a muerte y no la había empezado este jabonero, sino un mulato. Él fue quien atacó primero, no respetando mi derecho a la mitad de la ubre.

Con desesperación, más que con hambre, busqué la fina pelambreira de los pezones. Negros, cortos, suaves, embabados por fuera y completamente secos por dentro.

Ni una gota. Aquel navajero no había dejado leche ni para cortar un café. Lo miré como quien mira a su verdugo y me pareció haberle visto con anterioridad. En otro sitio. ¿No habría sido torero, antes que becerro, aquel malnacido y me cobraba con semejante canallada los rehiletes de una crítica destemplada? ¿No tendría yo por mellizo a un empresario o a un picador, o aunque fuera sólo a un monosabio, malparado en mi columna de La Prensa? La gente de picá tiene muy mala leche. Y los empresarios, ni gota de consideración.

Para mí que aquel cabrito, bragao, mulato, listón, de buen buche y calcetinitos blancos había sido antes ganadero o mayoral o presidente o abonado al siete en Las Ventas. ¡Dita sea!

– Tal vez, hasta un colega roído por la envidia. Ya digo que la gente de picá tiene muy mala leche.

En esas averiguaciones me andaba cuando llegaron los gañanes. Eran dos. Vestidos de plata nueva y de cuero viejo. Cabalgaban en tordos rodaos, adornados con cintas, espejos, antenas y gallardetes. Uno de los jacos era colín y capón. Las crines del otro eran largas, rubias, sedosas. Parecían los cabellos de una niña escandinava recién desurenzada.

Los jinetes soltaron gas y dieron varias vueltas, dibujando estelas de humo sobre la hierba fría. Luego se acercaron a las retamas. Los caballos sacudían las cabezas, nerviosos. En uno de ellos creí descubrir la finura de líneas característica de los corceles árabes. El otro no me ofreció duda alguna: era de pura sangre española.

Al ruido de los motores, madre les salió al encuentro. Se miraron de hito en hito. La vaca se emplazó y enseguida se fue a por el caballista más joven. El vaquero la corrió, encelándola con el brillo de la motocicleta, mientras el otro se acercaba al trote a la mancha de escobones y chaparras.

Mi hermano, el caimán mulato, salió de estampida tras la teta cornalona. No le seguí. Me puse en pie y me dirigí hacia el caballo. El vaquero se desabrochó el barboquejo del casco, paró el motor, me echó una rápida ojeada por encima y miró en rededor.

Entonces no pude ni imaginarme lo que buscaba. Luego sí. Buscaba a mi madre. Buscaba otra madre para mí. Otra vaca. No esperaba mellizos aquel vaquero. Lo supe por la mueca de sus labios. Sus ojos se negaban a asumir la existencia de un parto doble en la torada.

El motorista más joven venía ya hasta donde nos encontrábamos su compañero y yo. Llegó al trote, en su tordo colín. Una Sanglas de 350 c.c. y motor de cuatro tiempos que aporreaba el suelo con las pistonadas secas de su único cilindro.

Mi madre me llamó desde lejos. Yo me arrimé a las ruedas del castrado. Volvió a llamarme la grandísima cornalona. Miré a los jinetes. Hablaban entre ellos. Sabía que comentaban algo sobre mí y sobre mi familia –sobre la vaca y el ratero, quiero decir–, pero no pude entenderles. Mientras fui vacuno, jamás conseguí que me entendieran los humanos. Tampoco entendí lo que comentaban entre ellos. Me parecía que hablaban en noruego, en chino, en polaco, en indonesio... Yo qué sé. Entonces no le di mucha importancia, pero luego fue lo más desesperante. Casi tanto como no poder traducir ahora a palabras humanas el significado literal de los diálogos que mantuve a base de mugidos.

La vaca y su ansiosa rastra, el hermano que desvalija a su hermano, se fueron acercando a nosotros. Los vaqueiros se quedaron hablando turco, sin darse cuenta de que los mugidos de mi madre, de aquella bicha veleta, me perseguían cada vez más cerca.

Definitivamente, la cárdena venía a por mí y allí estaban aquellos pasmaos. Volcados sobre el manillar, asomados a la barrera de la indiferencia, de palique, dando vueltas sobre el eje de los caballos, piafantes, cada vez más nerviosos, sin rumbo y sin medida, como brújulas locas.

¿Tan difícil les resultaba comprender que una vaca había alumbrado mellizos y que uno de ellos había deci-

dido emanciparse nada más verle la cuerna a la autora de su nuevo día? ¿A qué esperaban aquellos paniaguados para terciarme sobre la cruz de cualquier motocicleta y llevarme al cortijo en volandas, sacándome de aquella pesadilla?

Volví los ojos angustiados hacia mis anhelados salvadores y mi corazón de becerrete dio una larga cambiada a portagayola de la desesperanza. Por fin comprendía aquella collera lo que estaba ocurriendo y me sacaría de allí. ¡Aleluya! ¡Loado sea el Cielo! Brinqué y mugí pateando la hierba.

La Harley-Davidson, con manillar de cabra y piel de seda, parecía mucho más rápida que la Sanglas. Dejaba tras de sí cuatro hebras de un humo pálido y estelas de un ruido casi imperceptible, cromado, pura música. En ella precisamente había previsto subirme. Agarrado a sus crines cabalgaría sobre el depósito. Un galope en moto por las espaldas del sueño. Tordos caballitos de acero saltando sobre el ombligo de la pesadilla. Con un simple paseo estaría a salvo. Libre por fin.

Ya me veía en Madrid. Aquellos que leyeron mi esquila en La Prensa temblarían heridos por el asombro. Muertos de espanto caerían a mis pies los que me hubieran dado sepultura en La Almudena. ¿Cómo podrían rectificar ahora sus fúnebres elogios quienes me alabaron en las reseñas mortuorias? Las calles madrileñas se detendrían, mudas y sin aliento, para hacerle pasillo al resucitado. Esta sí que iba a ser una reaparición sonada y no las de Antoñete. El coso de Las Ventas no vio nunca nada igual, nunca.

Corrí. Volvía a ser yo mismo. Embestí al rocío borda-

do en las agujas de las retamas. ¡Qué lingotazo de güis-
qui pensaba atizarme! Me rasqué la cara en el troncón
de las chaparras. ¡Qué juerga iba a correrme! Me limpié
los mocos con la punta de la lengua. ¡Qué..., qué...! ¿Qué
leche pasaba? ¿Qué coño...?

Que soltaron gas y pasaron de largo, los muy cagaos.
Al galope. Como le cuento. Que me dejaron tirado con
la mugiente familia en mitad de la dehesa. ¡Qué par de
cabrones!

– ¿Me está escuchando?

(Volvía a erguirse el confuso, sorprendido por las dis-
tancias que tomaba el terapeuta.)

– Por supuesto.

(Asintió el interpelado midiendo los terrenos.)

Pues a lo que iba. Los gañanes se colocaron sus yel-
mos de ala ancha, ajustaron los barbijos, calaron las vise-
ras, clavaron los tacones en los ijares del acelerador y
volaron. Con prisas, como si lo insólito de la situación
observada les obligase a contárselo inmediatamente a
alguien.

Al ver cómo se alejaban los caballos sentí el escalofrío
de un carámbano clavándoseme en las carnes.
Exactamente lo mismo que si la lengualija de la grandí-
sima bocinera, astifina, ojalada, cornalona, cárdena y
veleta, volviese a desnudarme desde el plumero del rabo
hasta las ternillas de los mocos.

Hundido en un mundo de vacas, cuánta esperanza
puede ponerse en las manos de un rudo gañán. Aunque
sea un almadiós con moto y sin instrucción. Qué dulce
sosiego aporta su presencia y qué indomable pavor
infunde la espuela que le aleja de ti.

Corres, corres y corres tras sus pasos de gasolina recién quemada. Imploras su compasión. Suplicas un frenazo, un ademán de parada, una gota de misericordia. Nada. Intentas correr un poco más. Cierras los ojos y continúas corriendo ansioso por prenderte de su sombra. Corres y corres hasta que el último suspiro de fuerza te sale por la boca. Hasta que se te revientan los bofes. Cuando ya no puedes más, caes al suelo, hundes la cara en la hierba fría y te quedas babeando sobre las escamas de la huida, recién troqueladas en la tierra por el punzón de las herraduras.

Estás roto. Definitivamente preso de tu indefensión. Encerrado en el pellejo de un extraño. A merced de una madre carcelera que te abriga el gazonate con el nudo corredizo de su lengua. Vendido a un hermano que iba a ser, que ya era, el precio de tu existencia.

Nada quedaba ya de la Harley ni de la Sanglas en las enaguas de la mañana. El rumor de los caballos, esmaltados de rojo, de amarillo, de cromo y de añil, se había disipado en el callejero interestelar de las encinas, allí donde el cielo ama a la tierra en una cenefa de caricias azules.

Parla, bajo el arrebol

La cordillera se ha ido cubriendo con una toca negra según avanzaba la tarde y la tormenta parece que ya está lista para abandonar su camerino y salir al escenario, ocupado desde hace meses por la farsa atosigante del humo urbano que permanece anclado en las calles con la fuerza de un glaciador de hollín. El detective Ezaquiel Culimbra saca del archivador un plato de arroz perfumado con cilantro y se acerca al balcón. Tras los cristales, el gato lleva varios días penando algún desliz imperdonable. Con la cucharada de arroz a medio camino, Culimbra baña la memoria en los aromas del *bacalhau à brasa*.

– *Está quieto Manjerico, já abro.*

Los ánimos de ambos inquilinos se cruzan en la angostura de una terraza ridícula. El hombre se asoma a la calle, para recibir a la lluvia, y el animal abandona el cautiverio huyendo de ella. Manjerico debería haber sido un viejo pastor portugués de largos mechones acaramelados, un imponente ejemplar de *Cão da Serra da Estrela*, vástago desilvestrado de una raza canina curtida

durante siglos en el lobo y en la soledad de las montañas lusitanas, pero sólo es un gato relamido.

– *Vai chover Manjerico. Já cheira a terra molhada.*

El minino se arropa los pies con el rabo sin apartar los ojos del plato que baila en las manos de Ezaquiel Culimbra.

– *Vai chover rápido. Cheira-me.*

El arroz ya está frío y él, según avanzan los minutos, va perdiendo el apetito. Vuelve a descolgar el teléfono para confirmar que nadie ha cortado la línea. Segundos después deja el auricular y regresa a la ventana. Los rayos empiezan a caer a pares por el telón del horizonte. La tormenta se encuentra todavía distante, pero ya enciende hogueras en los umbrales de la noche.

“*Que açar, o telephone está sempre desligado*”, se queja Culimbra ante su gato. El animal, sin dejar de relamerse, le presta la misma atención que un acantilado al oleaje.

– *Olha meu cão, já está a chover como aliás eu já te tinha dito. Chove como na nossa terra.*

Manjerico no se inmuta. Continúa atusando sus bigotes, sin importarle el chaparrón que clavetea el secarral de la calle con puntas negras para tapas de ataúd.

– *Não vens cão valente?*

El minino se despereza y salta sobre la mesa de trabajo. Manjerico se ha colocado junto al teléfono y allí aguarda, como si esperase una llamada inminente. Pasan los minutos y los cuartos y casi dos horas después el aire se estremece. De un salto, el hombre llega hasta el teléfono y agarra el auricular, pero deja que suenen dos timbrazos largos antes de levantarlo. Luego abandona el plato sobre la mesa y responde con fingida desgana.

– Investigaciones Madrid. Laborales, financieras, familiares, conductas dudosas. Máxima discreción. ¡Dígame!

Nadie le responde. Espera unos segundos y repite su rutinario mensaje de acogida.

– Investigaciones Madrid. Laborales, financieras, familiares,... ¡¡Dígame!! Oficina de Ezaquiel Culimbra. ¿Quién llama?

El gato mete la cabeza entre la pelambre, ajeno a la creciente preocupación de su dueño, al que nadie le contesta al otro lado de la línea.

– ¿Quién es usted? ¡Hable de una vez!

Un sollozo profundo, roto desde la raíz, se abre paso por fin a través del hilo telefónico. Tras oírlo, Ezaquiel Culimbra se sienta y respira con alivio.

– ¿Quién llama? ¿Quién es usted?

El detective Culimbra tira con suavidad del hilo del silencio, para no romper una comunicación que lleva horas esperando, y, sobre todo, para no activar la bomba que dejó anudada al otro lado de la línea telefónica.

– ¿Marisa? ¿Es usted?, Marisa... Me ha parecido reconocer su voz. Sí..., sí, soy yo. Calma, señora, calma. No siga llorando y dígame qué es lo que le ocurre.

Ezaquiel Culimbra se pasa un dedo, largo y membrudo bajo la nariz, olisqueándolo con la fruición de un fumador de cigarros que se dispusiera a encender un habano liado en las nalgas de una mulata, de un latido de ébano como esas cubanas que parecen estar recién bañadas en sésamo y canela. El aroma del cigarro le satisface profundamente. Aparta el teléfono y se desmiga con estrépito sobre la butaca, asustando al minino que al

socaire de la conversación acaba de terminar con los últimos granos de arroz. Manjerico deja escapar un gemido de clemencia. Su dueño recompone el mecano y se lleva otra vez el auricular a la oreja. Escucha, pero el perfume del cigarro le dice mucho más. Aspira trazas de una fragancia que emborracha con luces los pliegues de sus fosas nasales, encurtidos desde hace años por las espinas de todas las pestilencias; bebe astillas de un humo invisible que le inunda de pompas el cerebro y termina manándole por los ojos en gotas de aguardiente añejo. No es llanto, no. Ezaquiel Culimbra ya no se acuerda de la última vez que lloró. Lo que humedece sus ojos es puro bagazo, música de alambique.

– *Meu cão valente; Manjerico, meu cão...*

Lágrimas de viejo. El gato lo sabe mejor que nadie.

Convencido de que todo está ya bajo control, Manjerico se asoma a la tormenta. La lluvia escarba sobre el asfalto. Realmente hacía bastante tiempo que no caía un buen chaparrón. Cuando se acurruca en el sofá tapizado de plástico negro, su amo continúa hablando por teléfono, pero ya agotó la copa del desasosiego y ahora juega con las patillas de sus gafas.

– ...un hombre, sí. Y en su propia casa. Ya. Comprendo. Estas cosas pasan a veces. Ya no hay seguridad, señora. Mis amigos de la Policía no pueden controlar a tanto delincuente y a nosotros, usted ya lo sabe, no nos dejan hacer todo lo que podríamos para que imperase la justicia y el orden. Pero lo importante es que usted no haya sufrido daños irreparables. Cálmesese y no se preocupe. Desde luego, Marisa... Seguro, señora. Su caso es para mí lo más importante. Puede creerme cuan-

do le digo que no pienso en otra cosa. Sí..., sí, así lo haré. Ahora debe tranquilizarse. Ya ha pasado todo. Tranquila. Dígame, ¿pudo verle la cara al ladrón? ¿No? Lástima. ¿Y las manos? Ya, cree usted que usaba guantes. ¿Dijo alguna palabra? Tampoco. ¿Era joven o viejo? Bastante fuerte. No es mucho, pero sí es un dato. Me ayudará. ¿Recuerda algún otro detalle, por mínimo que sea, que me permitiera identificar a ese delincuente? Ninguno. Haga memoria. Cualquier pista puede llevarnos a donde tienen retenido a su esposo. Sí, sí, a su compañero, don Andrés, cierto. Lo sé, lo sé. Es muy doloroso para usted, estoy seguro de ello, pero inténtelo. Ese hombre tal vez sepa algo y por eso entró en su casa. Y usted quizás haya recordado algún dato, una ciudad, algún pequeño detalle... Don Andrés estará esperándola, señora... Bueno, no se preocupe. Estamos en el buen camino. No toque nada y, sobre todo, Marisa, tranquilícese. Por favor, deje de llorar, señora. Se lo ruego. ¿Seguro que no podría identificar al hombre que la atacó? De ningún modo. ¡Qué se le va a hacer! Espéreme ahí y no avise a la Policía hasta que yo llegue. ¿Me ha comprendido? Sobre todo no haga nada. Salgo para su casa inmediatamente.

El semblante de Ezaquiel Culimbra ha ido cambiando según avanzaba la conversación telefónica, relajándose un poco más con cada peldaño que bajaba hacia la ignorancia de la mujer, que no ha visto nada ni puede trazar ni siquiera un mínimo bosquejo de su agresor. El detective Culimbra parece realmente feliz ahora. De un salto se pone en pie y acaricia la cabeza del viejo compatriota.

– *Tudo é um éxito Manjerico. Isto vai para a frente.* No me

ha reconocido. No sospecha nada. Y esa mujer tiene que saber algo sobre la desaparición de su amante. Estoy seguro. El miedo hará que hable. Tiene que confiar en nosotros. Los 'polis' ya no le hacen caso. Archivaron la denuncia y han dejado de buscar al periodista. Y él tampoco quiere que ella le encuentre. Seguro que ya la habrá olvidado. Tendrá otra más joven o más complaciente. Por eso se fue. El dinero nuevo apaga cualquier llamarada de la memoria. El dinero es medicinal, amigo mío. Pero ni tú ni yo olvidamos. *Não é verdade meu fiel Manjerico?* No olvidaremos hasta que tengamos en la mano el tesoro. Nunca antes. Seremos ricos, muy ricos. Ya te veo en Lisboa. Te gustará. No hay ciudad más bella y misteriosa. No es como esto, no; ni siquiera como Madrid. No, Manjerico. Lisboa es una dama hermosa. Una señora de gran corazón. Pero hay que cortejarla con caricias, con largos paseos y sorbitos de café. De nada sirve avasallarla, ni tampoco abrirse paso a machetazos entre sus enaguas. No es una jungla hedionda como este muladar en el que sobrevivimos. Es una gran mujer. Una diosa de nácar con el corazón de hembra negra. Fuerte y valiente, como tú *meu cão*. Ella conoce los secretos de la pasión y se entrega sola, pero no a cualquiera. Eso jamás. Hay que merecerla. Hay que desearla mucho más que a cualquier otra mujer. *Que linda é Lisboa! Não é Manjerico? Que formosa!* Me acuerdo tanto del mar, del puerto, de los tranvías, de la gente, de la música, de las calles, de la comida... *Minha querida Lisboa, minha amada!*... ¿Oye, dónde está *meu arroz*? ¿Hoy también Manjerico? *Gato ladrão, não te bastou com ter-te comido meu bacalhau à brasa?*

La repentina pregunta sorprende al minino, que afila las orejas sin desliar su ovillo de pelos.

— *Já vejo que não respondes. Comeste o meu jantar e calaste-te, não é raposo?* Podrías pedirme permiso. *Ainda estou com fome.*

Fuera, el viento del Oeste se lleva la cortina de lluvia hacia un extremo del riel. Cuando Ezaquiel Culimbra sale a la calle ya sólo chispea, pero la tormenta continúa sembrando candelas de sangre sobre el costillar de la noche.

TERÇA-FEIRA

Poco pude mamar por aquellos días. No por la repulsión, que era mucha, sino por las visitas. Los espectadores asomaban la cabeza por detrás de la pared y allí se quedaban las horas muertas. Acodados contra las piedras. Embelesados.

Los que venían a pie mantenían una prudente distancia. Al llegar nos buscaban con la vista, escudriñando el manchón de chaparros, escobas y retamas. El primero que conseguía localizarnos pasaba a ser el lazarillo del grupo. Estiraba un brazo, apuntaba con el índice, y todos los demás seguían las indicaciones de su puntero. A mis oídos llegaba el cuchicheo de sus comentarios. Cargados de símbolos y completamente vacíos de significados.

El mayoral, el conocedor u otra persona con apariencia de ocupar un cargo de responsabilidad en la vacada, venía a vernos varias veces al día. Siempre solo. A lomos de su jaca de confianza. Una Bultaco, modelo Mercurio

155, con carburador de doble cuerpo y base inclinada. Aquella joya, de pelo incandescente y crines amarillas, tan ligera y nerviosa como las chuchuruvías y más elegante que una vieja bailarina, despertó en mí pasiones que desconocía. Los ojos negros y duros de aquella motocicleta llenaron de ansiedad mi ánimo. Aún siento hambre al recordarlos. Nunca más volví a ver los dos tizones de esmalte, más profundos que una noche sin mañana, por los que le hablaba al mundo aquel animal.

Uno de los visitantes saltó la valla e intentó acercarse hasta donde llegaba el caballo. Avanzaba con muchas precauciones, tras el rastro de la motocicleta, meditando en cada zancada cómo daría el siguiente paso. Repentinamente, cuando menos lo esperaba, tuvo que deshacer lo andado sin mirar ya dónde ponía los pies. A la carrera. Debió de sentir que dos guadañas en celo le arrebataban la vida y no intentó repetir la prueba. El genio de madre imponía lo suyo.

El desfile de curiosos era incesante. No dejaron de llegar gañanes. Vino el ganadero y, después, los hijos del ganadero con su padre. También un matrimonio amigo. Y la niña del matrimonio. Muy morena, como mi Adelina. Las recuas de los vaqueros no podían faltar. Tampoco los alanos ni el gozque de la cortijada. Las águilas y los buitres no se atrevieron a visitarme por el miedo que les infundían los chiquillos, pero hasta las gallinas del pescuezo pelao fueron a verme. No sé ya si por haber nacido mellizo de un comeubres o por lo mucho que, incluso ellas, esperaban de mi encaste.

Jamás había visto antes a ninguna de esas personas. Tampoco a los animales. Tal vez, los parentescos, los ofi-

cios y las relaciones amistosas o sentimentales fueran diferentes a cómo las imaginé entonces. Me gustaría ser más preciso, pero no encuentro facciones en las que apoyarme. Cualquier rasgo característico, que me hubiese servido para singularizar el rostro de aquellas personas, parecía haber sido ablandado a propósito con un difumino. Desdibujado, desleído en un molde plano. Más que personas, aquellos mirones eran un puré de trazos homogéneos que destilaban sobre mí gotas de confusión y de desánimo.

Lo cierto es que por el cercón no dejó de pasar gente sin rostro durante los primeros días de mi existencia bovina. No vino a vernos la tinaja de la casera porque el agua la retuvo, arrinconándola en la cocina de los mozos.

Seguramente nunca habían nacido mellizos en la vacada y por ello nos prestaban una atención especial. Hasta nos colocaron a los tres en un corralón particular muy próximo al caserío. Una suite de verdadero lujo, con pilón y cuadra. Todo el corral era para nosotros.

El traslado nos puso nerviosos. La bicha estaba recelosa. El depredador caníbal, gordo como una chinche. Se conoce que los nervios le atacaron al estómago. Yo, deseando el regreso a mi ser cabal de hombre, de crítico, de padre y de esposo.

Sobre todo ansiaba reencontrarme con Marisa. ¡Qué mal lo estaría pasando! Quería volver a sentirme un zagal de zurrón y rabel pastoreando el hato de sus lunares. Cabalgar otra vez en el viento que desnuda los sortilegios de su espalda. Ser un velero en el azúcar de su bahía. Darle mordisquitos como un pez que juega a

beberse el aliento de la noche. Anhelaba refugiarme en el huerto montaraz de sus madrugadas. Esperar allí la llegada del día. Como náufrago hundido en el corazón de la manzana. Acurrucado en el silencio, después de haberle contado tantas cosas para embarcarla de nuevo en la muleta del cariño. Estar con ella. Sentirme su propiedad y su dueño. Aunque nunca más pudiera volver a pisar una plaza de toros. Ese era mi único afán.

Confiaba todavía en que lograría huir del corralón. Incluso eludir completamente la condición de becerro, con la misma facilidad con la que sale el aire de un globo que se desinfla, escapando por alguno de los naturales orificios del choto que me había invadido. Le dejaría a mis peludos parientes la pelleja vacía. Una prisión sin sombra, un aullido sin dolor. Sería un bonito regalo de despedida.

Mi padre el semental, al que seguro que habrían premiado por su proeza genésica doblándole la ración de rancho, escarbaría sobre la mustia pellica buscando al que fui sin haberlo querido y sin saber el porqué había llegado a serlo. Poco me importaría su pena estando ya a salvo. Habría huido de aquella piel ajena aprovechando un mugido, un clemente golpe de tos, una mínima deposición sólida, alguna meadita. Lo que fuera.

Tal era mi ilusión que aprovechaba los pajones del heno que le daban de comer a mi madre para irritarme las narices buscando un estornudo salvador. No hubo forma. Hasta los estornudos me habían abandonado. Pero el que los numerosos intentos sólo me generasen mocos y un picor intenso en los morros no me hacía desistir.

Me busqué entre las boñigas secas, por si me hubiera cagado a mí mismo sin darme cuenta y estuviese traspuesto en alguna privada añeja. Escudriñé en las frescas con la esperanza de verme asomar la cabeza, sacudiéndome el pantalón, echado a perder por tan nauseabundo baño. Me dormí en la esperanza de la orina. Recordando mi afición al güisqui, cuando todavía era crítico y conferenciante, sospeché que renacería a mi ser por el meato urinario. Así que me apartaba lo más posible de los otros dos huéspedes, elegía el sitio más limpio del corral y, justo allí, hacía fuerzas para mear aunque sólo fuera una gota. Mientras bajaba la cabeza para vigilar el tibio escape, una y mil veces me repetí que esta vez sí saldría mezclado con la humareda del chorro y una y mil veces ni me descubrí en la meada ni tampoco me encontré en el consiguiente charquito, meticulosamente dragado a golpes de pezuña.

Incluso llegué a beber agua, agua del pilón, pero todo fue inútil. No sólo seguí encerrado en un peludo ataúd jabonero oscuro de cuatro patas descalzas, sino que mis angustiadas ocupaciones debieron de parecerles a todos los espectadores tan cómicas que no me quitaban el ojo de encima, dificultándome con ello la ansiada evasión. Y mientras tanto, el mellizo se entretenía con tragantones de leche. No contento con el trabajo de exprimir los pezones, se llevaba tarea a casa. Nada parecía importarle más que seguir hinchando el globo de su barriga. Pensé que reventaría, pero no le presté mayor cuidado a tan placentera posibilidad. Yo seguía a lo mío. Preparando la fuga de aquel campo de concentración.

El benevolente público podría salvarme. Sin duda.

Me hiqué de rodillas para solicitar su clemencia. Intenté santiguarme. Me erguí y me envalentoné frente al respetable. Hice lo indecible para tremolar ante los mirones mi humana condición, presa de un infortunado cruce con bravo. Pues ni por esas. Ni el mayoral ni el ganadero ni los gañanes ni el tractorista ni la criada ni el casero, nadie quiso admitir la cruda y palpable realidad expuesta ante sus ojos: que tenían encerrada a una vaca, ojalada y cornalona, y a un becerro, tragaldabas y mulato y caníbal y listón y desalmado y fratricida y calcetero y reservón y cernido y mal bragao, con un crítico que, aunque había cometido muchos pecados de pluma, ya estaba totalmente arrepentido y no merecía semejante tortura corralera.

Nada les conmovió. Aquel público de rostro sin aristas mostraba trazas de ser simplemente un pelotón de maniqués carentes de cualquier valor y, también, de cualquier miedo. Ropa de campo, esbozos de cara, ojos muertos, corazón ausente. Tenían el alma de plexiglás. Hablaban, ¿pero qué decían? Oían, pero no me escuchaban.

El mellizo estaba más redondo que un odre de vino todavía sin desatar. Seguramente habría pasado mucho tiempo. Empeñado en sacar de su arrobamiento a aquellos palurdos, me olvidé completamente de la teta, en la que se había atrincherado mi buen hermano el sabandija despachándose a su gusto. En los pezones de mi parte había más babas que leche y en la leche, más sangre que calcio. Aquel bicho estaba comiéndose viva a mi madre. La vaca que lo parió. Temblé al pensar que no sólo habitaba la celda de un criminal, sino que había compartido el vientre materno con semejante asesino.

Cuando la manada de curiosos empezó a olvidarse de nosotros, el Caín que me había caído en desgracia estaba más lustroso que un choto con dos madres, mientras que a mí se me juntaban los lienzos de ambos costados bajo los cuadriles. Me devoraba la fiebre hética. Sin embargo, me pareció que los vaqueros no dejaban de mirarme. Hablaban. Movían la cabeza. Volvían a fijarse en mí. Nunca les entendí, pero siempre esperé lo peor de sus cuchicheos. Si conseguía salvarme de mis compañeros de celda, para recuperar la libertad también tendría que eludir al batallón de los carceleros. Me vi corriendo por el pasillo de la noche y sentí los disparos de sus miradas acribillándome las espaldas.

Parla, umbrales de la noche

El portón se cierra sobre la sombra, con el acostumbrado estruendo de hierros y cristales sueltos, delimitando la frontera entre el corredor de las celdas y el patio de la cárcel. Ezaquiel Culimbra se para sobre el umbral y aguarda unos segundos, al cobijo del quicio, para retocarse las gafas y tantear los aires. Todo parece en calma. Centenares de pintadas alambran las paredes y los árboles desentierran sus raíces más gruesas, esperando un descuido de la tierra para huir a un barrio mejor. Como siempre, la selva del ladrillo visto hunde sus perfiles en la tarde y empieza a cambiar la humedad subterránea de los ruidos, que trepan desde el fondo del alquitrán, por el parpadeo histérico de los luminosos. Los autos pacen en silencio el rancho de las aceras o se arrastran sobre el asfalto. Sólo son cangilones amarrados a la noria del tráfico. Culimbra vuelve a mirar el reloj y apura el cigarrillo, parapetándose tras una bocanada de humo. Convencido de que nadie se fija en él, abandona el portal y enfila la acera, sobre la que empieza a brotar la hiedra carnal de los adolescentes. Deliberadamente toma el

camino más enrevesado para llegar hasta su coche y aún mirará varias veces, a los lados y hacia atrás, para asegurarse de que nadie le sigue. Son resabios. Quince años de policía en Portugal y otros tantos como confidente en España le han dado motivos más que sobrados para tomar precauciones. Todo le resulta familiar, pero ni siquiera la normalidad le permite confiarse. Bruscamente se detiene. Una docena de pasos más allá está aparcado su automóvil. Justo en el sitio en el que lo dejó al llegar al barrio. Un lugar en sombra y discreto. Eso mismo ha debido pensar una muchacha, de largas piernas y nalgas restallantes, que trepa por el capó del vehículo, hundiendo sus labios y sus dedos en las grietas y en los resaltes de su compañero. El muchacho, completamente inmóvil, se deja hacer, dominado quizás por la desenvoltura amorosa de la joven o convencido, tal vez, de que la mejor estrategia para someter a esa hembra precoz es invitarla, desde la indiferencia, a que ella le domine a él.

A Ezaquiel Culimbra le basta todavía con imaginarse los rincones de una mujer para estremecerse, pero no siente una especial inclinación sexual hacia las adolescentes; ni siquiera a las que, como ésta, de la adolescencia no conservan ya ni la apariencia ni el pudor. Sólo la edad. "*Espanholas*", se dice a sí mismo, para explicarse lo que ve en plena calle, tan ajeno a las costumbres de su juventud portuguesa. Le resulta imposible evitar cierta turbación cuando la joven empieza a desnudar a su amante que permanece inerte sobre la chapa del vehículo, semejando ser el gran muñeco de trapo con el que juega una niña sorprendida por la rebelión inesperada

de las tetas. Sin atreverse a intervenir, más receloso que el zorro a las puertas del gallinero, el inspector Culimbra, paralizado tras sus gafas, contempla unos hechos tan cotidianos que ya casi nadie repara en ellos. Tampoco lo haría él ahora si no necesitase el automóvil.

Los protagonistas de la escena amorosa no le han visto aún, o no les importa que él esté allí parado, mirándoles atónito. Ninguno de los dos amantes reacciona ante su presencia. Al fin, el muchacho recobra el conocimiento y da señales de vida. Levanta un brazo exangüe y desliza la mano por la espalda de su compañera hasta alcanzar la horcaja del pantalón cuya ceñida textura dibuja ahora el perfil de cinco dedos empuñados en una inmersión exploratoria. Indiferente a la reacción del muchacho, la joven prosigue su escalada de leopardo y con los dientes arrastra a su presa hasta el parabrisas del vehículo. Cada vez más desconfiado, Ezaquiel Culimbra palpa el hierro y decide actuar. No conoce a la pareja, pero está seguro de que ese es su automóvil. En tres zancadas se acerca al coche, abre la portezuela, ocupa su asiento y arranca el motor. Cuatro ojos se encienden de sorpresa al otro lado del cristal. Culimbra no puede creer que ni siquiera le hubiesen sentido llegar. La chica se tapa los pechos semidesnudos. El muchacho hace un gesto, que parece de disculpa, y una mueca de fastidio le cruza los labios mientras se remete la blusa bajo el cinturón. Ya en pie sobre la acera, la pareja se abraza en silencio intercambiando mordisquitos. Culimbra se encuentra perplejo. Hay jóvenes que sin duda viven en una pompa de jabón, cautivos en una burbuja tan frágil como impenetrable. El mundo exterior les resbala y

cualquiera que intente llegar hasta ellos corre el riesgo de tropezar en una escala de valores en la que unas veces los peldaños están sueltos y, otras, han sido dispuestos en trechos desiguales. Culimbra no encuentra explicación a su conducta, pero tampoco se ha preocupado jamás de buscarla. Su análisis social se limita a mascullar un "*espanhóis*" si algo no cabe en los esquemas aldeanos de su buena educación.

Cuando Culimbra sale del aparcamiento observa que la muchacha ha reiniciado la escalada sobre la falda de otro vehículo. Allá en la cima de la cordillera, el viento bate las ventanas con un rumor de televisores sonámbulos y una niebla de cenas a medio freír. El detective Ezaquiel Culimbra de Oliveira dobla las últimas esquinas del ladrillo visto y enfila la avenida, confortado por la normalidad que va dejando atrás, e inquieto por la que le espera más allá de los límites de su territorio. Pronto empezará a oscurecer.

The first of these is the fact that the
the second is the fact that the
the third is the fact that the
the fourth is the fact that the
the fifth is the fact that the
the sixth is the fact that the
the seventh is the fact that the
the eighth is the fact that the
the ninth is the fact that the
the tenth is the fact that the
the eleventh is the fact that the
the twelfth is the fact that the
the thirteenth is the fact that the
the fourteenth is the fact that the
the fifteenth is the fact that the
the sixteenth is the fact that the
the seventeenth is the fact that the
the eighteenth is the fact that the
the nineteenth is the fact that the
the twentieth is the fact that the
the twenty-first is the fact that the
the twenty-second is the fact that the
the twenty-third is the fact that the
the twenty-fourth is the fact that the
the twenty-fifth is the fact that the
the twenty-sixth is the fact that the
the twenty-seventh is the fact that the
the twenty-eighth is the fact that the
the twenty-ninth is the fact that the
the thirtieth is the fact that the
the thirty-first is the fact that the
the thirty-second is the fact that the
the thirty-third is the fact that the
the thirty-fourth is the fact that the
the thirty-fifth is the fact that the
the thirty-sixth is the fact that the
the thirty-seventh is the fact that the
the thirty-eighth is the fact that the
the thirty-ninth is the fact that the
the fortieth is the fact that the
the forty-first is the fact that the
the forty-second is the fact that the
the forty-third is the fact that the
the forty-fourth is the fact that the
the forty-fifth is the fact that the
the forty-sixth is the fact that the
the forty-seventh is the fact that the
the forty-eighth is the fact that the
the forty-ninth is the fact that the
the fiftieth is the fact that the
the fifty-first is the fact that the
the fifty-second is the fact that the
the fifty-third is the fact that the
the fifty-fourth is the fact that the
the fifty-fifth is the fact that the
the fifty-sixth is the fact that the
the fifty-seventh is the fact that the
the fifty-eighth is the fact that the
the fifty-ninth is the fact that the
the sixtieth is the fact that the
the sixty-first is the fact that the
the sixty-second is the fact that the
the sixty-third is the fact that the
the sixty-fourth is the fact that the
the sixty-fifth is the fact that the
the sixty-sixth is the fact that the
the sixty-seventh is the fact that the
the sixty-eighth is the fact that the
the sixty-ninth is the fact that the
the seventieth is the fact that the
the seventy-first is the fact that the
the seventy-second is the fact that the
the seventy-third is the fact that the
the seventy-fourth is the fact that the
the seventy-fifth is the fact that the
the seventy-sixth is the fact that the
the seventy-seventh is the fact that the
the seventy-eighth is the fact that the
the seventy-ninth is the fact that the
the eightieth is the fact that the
the eighty-first is the fact that the
the eighty-second is the fact that the
the eighty-third is the fact that the
the eighty-fourth is the fact that the
the eighty-fifth is the fact that the
the eighty-sixth is the fact that the
the eighty-seventh is the fact that the
the eighty-eighth is the fact that the
the eighty-ninth is the fact that the
the ninetieth is the fact that the
the ninety-first is the fact that the
the ninety-second is the fact that the
the ninety-third is the fact that the
the ninety-fourth is the fact that the
the ninety-fifth is the fact that the
the ninety-sixth is the fact that the
the ninety-seventh is the fact that the
the ninety-eighth is the fact that the
the ninety-ninth is the fact that the
the hundredth is the fact that the

Me sacaron del corral a media mañana. Hubiera muerto, por la explosión de alegría, de no haber comprendido, inmediatamente, que se deshacían de mí. Me esperaba el degolladero. Allí acababa mi fugaz existencia como aprendiz de toro.

Se me saltaron las lágrimas al acordarme de mi Adelina, que por segunda vez en pocos días entraba en la orfandad. Y de la más innoble de las maneras. Pensé en Marisa. Se acabaron los paseos por el labio de la mañana. Me acordé de Adela, mi mujer. Estoy seguro de que me quería tanto como yo la quise siempre a ella. Con un caudal de afecto tan seguro que nunca conoció desbordamientos ni tampoco estiajes.

Ciego por la rabia de tener a la una y a la otra clavadas en las sienes, embestí a los recuerdos, convencido de que uno no se despierta con cuernos —aunque sólo sean premoniciones de tiernos cornezuelos—, sin que alguien se los haya puesto.

Como al ganado bravo se le niega el alivio del desmogue, la infidelidad me pareció más apegada al hueso de lo definitivo que propia de una relación pasajera o de temporada. Cornudo me vi y sin posible remedio.

Algunas veces lo soñé y muchas otras tantas lo temí. Jamás habría esperado, sin embargo, que ninguna de las dos mujeres a las que más tiempo dediqué me humillaran de esta forma.

Rugí de ira recordando lo que no hice. Maullé de impotencia aterrorizado por lo que pretendían hacerme. En manos de mis verdugos pasaba de la gloria al ocaso sin juicio ni cargos ni ocasión para defenderme. Bramé mis derechos. Mugí justicia. Balé clemencia. Escarbé para que me concedieran otra oportunidad. Pero no me escuchaban o no me entendían o tal vez no querían entenderme.

El que yo no les entendiera a ellos resultaba aún más desesperante. Me encontraba perdido entre dos lenguas que se cruzaban continuamente, pero por dos vías distintas. Se precipitaban la una contra la otra, atravesando una tempestad de chirridos y de chispazos, raíl contra raíl, sin que la intercomunicación fuera posible.

Comprendí entonces que nadie nace con vocación de cornúpeta, pero una vez que sacas plaza de recental, al menos deberían dejar que aprendieras el oficio en vez de mandarte al otro barrio a la primera debilidad. Me robaban la ilusión, pero decírselo fue otra pérdida de tiempo. Ni siquiera me miraron. Nada les importaba a ellos lo que yo opinara.

Justamente indignado por tan injusto y miserable latrocinio, clamé al Altísimo. Exigí una reparación para mis desdichas. Mas el Altísimo no dijo ni mu. Y no es que el Cielo no tenga que dar explicaciones, es que a veces no tiene explicaciones que dar.

Volví a croar en las fauces del pánico. Mis ejecutores

no se inmutaron. Les urgía mi muerte, no mi salvación. Aduje, como mayor mérito, mi experiencia con los públicos y con las querencias de los presidentes. Yo podía darle muchísima gloria a aquella ganadería. Incluso como semental, después de ser indultado en San Isidro, en La Real Maestranza de Caballería o en los sanfermines, que uno tiene amigos en las mejores plazas. De España y de fuera de España.

– No me hicieron ni caso.

(Había más desazón que impotencia en la voz del confuso.)

Evoqué con nostalgia la carita de mi primera madre. Adoración Corrales se llamó en vida. Me despedí con tristeza de la segunda. La cornalona. Adiviné una maligna sonrisa en la boca del mulato, listón, calcetero, bragao, criminal, el mellizo. Miré por última vez la cerca, el cielo, el cortijo, la parra, el pozo; a la muchacha del mayoral, redonda como una luna de carnes; a su madre, que estaba ya en cuarto menguante; a la abuela, la última gota de sombra dada al olvido por algún antiguo eclipse lunar. Busqué en la lejanía a los becerretes, mis felices compañeros de camada, y me dispuse a dejar aquel mundo de cuernos con entereza. Como había llegado a él.

Dimos la vuelta al cortijo. Atravesamos cancillas, corrales, pasillos, talanqueras. El laberinto del Minotauro, supuse. El arcano de la existencia, me dije. ¿Dónde estará el patíbulo?, me pregunté. Para darme una muerte tan difamatoria, impropia de un toro bravo, habrían elegido un lugar apartado. Algún corralón. Quizás una cuadra u otra lúgubre estancia. ¿A qué divinidad se ofrecía tan vergonzante taurobolio?

Nadie me respondió. Qué final más oscuro para quien, tras ejercer el magisterio de la crítica, tenía como único destino hacer historia en los alberos ungido por los aplausos de la multitud. Premiado, sin duda, con la vuelta al ruedo tras una faena memorable. Me hubiesen bastado quince minutos de gloria para que el planeta taurino volviera sobre sus pasos, cambiando de rumbo, para girar ya siempre a favor de la autenticidad.

– “¡Ahí va un toro!”, diría la cátedra.

– “No es tanto como se dice, pero ¡lástima que ya no queden toreros!”, bramarían los del siete.

Incluso es posible que se me indultara y pasase mis últimos días padreando. Entregado a la monta de vacas casteñas. Imprimiendo mi bravura, mi trapío, mi cuajo, y mi nobleza en la embestida de futuras camadas de erales para la gloria. Erales de los que sueñan “verónicas de alhelí”, como dijo Federico...

– ...Federico García Lorca.

(La familiaridad de la cita quedó inmediatamente malbaratada por la precisión postrera del confuso.)

Erales de bandera. Casteños entre los casteños. Y yo sería su único padre. Hablarían de mí en las tertulias del café Madrileño como la cumbre de la estirpe táurica.

– “Ya no hay toros como Don Andrés Tránsito, el Irrepetible”, se oiría.

– “Y que lo diga, don Cosme. Un pilar de la fiesta.”

– “Si le hubiera salido a Joselito, –el Gallo, ¡eh!–, habría que reescribir el Cossío.”

– “Si le sale a Joselito, –el Gallo, ¡eh!–, la eternidad sería una niña al lado del faenón con el que semejantes monstruos hubiesen obsequiado a la posteridad.”

– “Y ahora estarían vivos los dos: Joselito –el Gallo, ¡eh!–, y Don Andrés Tránsito, el Irrepetible.”

– “Pero qué cosas dice usted, don Atilano, sin Don Andrés Tránsito, el Irrepetible, está vivo y bien vivo.”

– “Y padreando que es un primor, señores”, terciaría un enterao desde el rincón, asomando la cabeza sobre el burladero del periódico. “Que se me hace la boca agua sólo de pensar en los ciclos isidriles que se avecinan. Hasta duelos de arcabuz habrá por la honra de asomarse a los corrales de El Batán.”

Todo esto y mucho más hubieran dicho de mí. Y por culpa de un marrajo, raspipardo, listón, calcetero y bragao, ya nadie iba a decir nada. Ni siquiera un responso.

Si el cabrito del caimán me hubiese dejado probar la leche, aunque sólo fuese como última voluntad, aún habría tenido fuerzas para derribar de un topetazo a los sacamantecas que me llevaban en volandas al calvario. Pero el mamón del mellizo, el hijo de mi madre, me dejó sin teta y sin resuello.

Todavía me pregunto cómo no me estranguló durante nuestra común estancia en el útero materno. Sin duda preparó mi asesinato y, tras remamarlo mejor, me dejó vivir para luego poder matarme con cuentagotas. De hambre y desesperación atrasada.

Los vaqueros que me arrastraban al cadalso no estaban, sin embargo, para hacer reflexiones en mitad del trabajo. Tenían prisa. Se apresuraban a terminar conmigo. Ni siquiera les detuvo el cuerpo agonizante de un caballo que les cortaba el paso en el dédalo de pasillos, cancelas y corrales.

Un gallo recrestado, vestido de acero, de púrpura y de

oro, le comía un ojo al jaco. Picoteaba y volvía a picotear con insistencia, subido en el columpio mustio de una oreja todavía viva.

Un centenar largo de gallinas, casi todas con el pescuezo pelado, hurgaban en el vientre de la bestia. Se arremolinaban para escarbar entre el hígado, los bofes y las tripas del alazán, buscando comida para ellas y para los pollos. Todo en medio de un fraternal concierto de cacareos.

Las más voraces entraban en la cavidad intestinal del moribundo y salían con un trozo de víscera atravesado en el pico, despertando la envidia y las iras de sus compañeras de banquete. En ese mismo instante, los cacareos se convertían en graznidos y la afortunada comensal perdía la categoría de invitada al convite para ser considerada simplemente un bocado más. Los picos vacíos, más afilados que navajas, llovían con furia sobre ella, hasta que el botín desaparecía en las fauces de cualquiera de las contendientes. Los cacareos y la aparente paz volvían entonces, por unos instantes, al grupo.

El enjambre de gallinas centraba ahora sus afanes en desenredar las entrañas del caballo. Una de las más viejas, oronda, achatada, de plumas cenicientas y cresta caída, encontró al fin la punta de la madeja y salió corriendo, abierta de alas, con la cuerda intestinal atravesada en el pico. Todas las demás siguieron sus pasos para robarle la pitanza.

Hasta los pollos abandonaron el revoltijo de tripas humeantes. Ya sólo parecían estar interesados en tirar de la hebra, que salía rápidamente por el agujero abierto en el vientre del potro. El paquete de vísceras daba vuel-

tas en la barriga del agonizante. Enloquecido. Me pareció un ovillo de hilo encerrado en la canilla de una vieja máquina de coser. De aquella Sínger que había en el pasillo de la casa que tuvimos en el pueblo.

En pocos minutos, los intestinos de la caballería quedaron reducidos a trapos. Faldas de encaje. Mangas de camisa. Puntillas de hiel. Migajas palpitantes. Rebozadas en la tierra, parecían estar listas para la sartén. Eran dulces de verbena. Calabazate y frutas escarchadas en melaza de arándanos.

Las gallinas continuaron disfrutando de su festín. Devoraban con idéntica avidez tanto los tejidos como su contenido gástrico. Una pasta tricolor. Verde de hierba, amarilla de grano, roja de muerte. Ellas la encontraban realmente apetitosa.

El gallo seguía balanceándose sobre la oreja agónica. Ajeno a las preocupaciones de las hembras. Había extraído por fin el ojo de la víctima. El globo ocular le miraba aterrorizado. Reculaba entre espasmos de dolor y de pánico con andares de sapo. Supongo que ensayaba la huida. Una pretensión vana. Estaba a merced del comensal, que se disponía a clavarle las uñas para trocearlo.

El mortecino intento caballuno de evitar que le desuartizasen en vida acentuaba el vaivén de la oreja. En ocasiones, el caballero se veía obligado a extender un ala para mantener el equilibrio y no caer al suelo. Pero en modo alguno le espantaba que el animal cocease. El había ido a comer, no a velar a un difunto rebelde.

Tampoco le espantó la escena a mis verdugos. Con indiferencia pisaron el proyecto de cadáver. Las costillas del jamelgo cedieron hasta crujir. El expolio de la cimen-

tación realizado por las gallinas había restado solidez a la caja torácica del bruto. Los desalmados que me arrastraban hacia el paredón saltaron sobre la pila de carne y continuaron su camino. Ni siquiera se volvieron para mirar los últimos estertores del caballo. Yo sí lo hice.

Aunque con no poco esfuerzo, el gallo ya había engullido el ojo y, muy atento, recibía las últimas emisiones cerebrales de una ración alimentaria que aún se resistía a ser digerida. Un cordón de consistencia gelatinosa, trenzado de nervios, venas y otros tejidos vítreos, parúa del buche del ave, salía por una comisura de su pico, pasaba bajo un párpado hecho jirones a picotazos, penetraba en la órbita vacía del moribundo y concluía en el cerebro de la bestia. La conexión perfecta entre el comedor y la cocina.

Asombrado por el diálogo culinario que mantenía el exigente gastrónomo con su manjar, reviví con mis propios ojos los despavoridos estremezones de docenas y docenas de ostras y de platos y más platos de almejas que desfilaron por mi boca retorciéndose en el fondo de sus conchas al ser rociadas con lágrimas de limón.

Vi salir entonces a siete camareros que extendieron un mantel de hilo blanco sobre la barriga vacía del caballo. Vestían guantes de seda rosa y pajaritas de plumas amarillas. Los calcetines eran verdes. De algodón y de lana. Sus cuerpos estaban completamente desnudos. En un orden perfectamente marcial, otros siete mozos de comedor cruzaban las cancelas del laberinto con siete bandejas de ojos vivos, fresquísimos, servidos en sus propias cuencas con salsa de llanto tibio.

A continuación, otras siete maravillas de mujer, escue-

tamente vestidas con medias recamadas y cofias de encaje, servían jugos gástricos recién fermentados y sangre caliente con miel a las gallinas que cacareaban impacientes, sentadas a la mesa del cadáver como si participasen en un banquete de boda. El limón estaba ya cortado en gajos de alumbre.

El gallo no se inmutó. Comía aparte. Todavía subido en la oreja, picoteaba los restos de su almuerzo. Las hormigas, que ya le habían arrancado la lengua al agónico, empezaban a trepar por los tarsos del rey de espuelas.

Cada uno lleva en el alma su propio Rubicón, ese pequeño río que hace frontera entre el sino y la voluntad. Yo no podía ser menos. *Alea iacta est*. Cuando pisas la sombra del patíbulo y admites que toda resistencia contra el destino resulta inútil, has llegado al fondo de cualquier esperanza razonable y sólo te queda rezar. Miré por última vez a la cabalgadura, ya completamente abierta en canal, y recé. Oré desde las raíces de la fe, con la desesperación del que ya sólo confía en la magia de los rezos.

Dios clemente y misericordioso, apiádate de este pobre recental al que con tanta urgencia llamas de este mundo a tu presencia y no repares en lo que ha devenido, sino en que fue crítico de La Prensa de Madrid, instructor de las masas ignorantes, reprendedor de altaneros, perseguidor de secuaces y, por todo ello, digno de mejor suerte que la que tuvo a mal adjudicarle el tuerto repartidor de la fortuna.

Señor Dios, que todo lo ves y todo lo sabes, en esta mi hora postrera, me arrepiento de lo que hice sin querer y también de lo que dejé de hacer habiéndolo querido. De

haber cogido algún sobre para travestir de verde el negro plumín de mi estilográfica. De haber afilado las palabras contra los que no me dieron a leer sus cartas de pago, y, en fin, de haber pagado con saña cuantos agravios, olvidos y desafíos creí haber sufrido. Tú sabes que no lo hice por maldad, sino por cobardía.

Te pido, Señor, que me hagas un hueco en tu cuadrilla, aunque sea de aguador, pues, si bien es cierto que en 53 años de hombre mucho pequé, como becerro no creo haber vivido el tiempo indispensable para merecer las flamas del Infierno. Tampoco puedo imaginar que haya un Purgatorio más cruel ni con tantas vacas ni tan cornalonas y astifinas como el que has tenido a bien mostrarme en el valle de lágrimas al que me enviaste de bravo.

Ahora sé que me reencarnaste en mellizo para inculcarme la obligación de compartir y me amellizaste con el caimán del mulato para que aprendiera a respetar el dolor de los débiles que, teniendo el mismo derecho al triunfo que los fuertes, pierden la salud y la gloria por falta de una buena teta a la que agarrarse.

Juro por mi santa madre —por la cárdena, veleta y cornalona, no; por Adoración Corrales, la primera que me lamió— aunque sea propio de cabestros el jurar, que pase lo que pase no olvidaré tus enseñanzas.

Y puesto que ya sabes de mi arrepentimiento y de mi propósito de enmienda, por lo que más quieras, Señor, sácame de esta dehesa infernal y dame una barrera, aunque sea de sol, en cualquier plaza de tu celeste reino.

Mas, si la muerte ha de volver a transmutarme, Dios de la Tierra y de los Cielos, reinstálame en mi ser, aun-

que ya nunca llegue a ser lo que fui. Ponme de nuevo sobre mis viejos pasos y no te preocupes más por mi conducta, que yo sabré hacer camino allí donde sólo había vereda.

Escucha a este corazón, Señor, que nunca lloró plegaria más devota, y sácame de este comedero de gallinas. Devuélveme a Madrid, aunque deba seguir purgando mis culpas. Si así lo quieres, échame como alevín de carpa en el lago de la Casa de Campo o en El Retiro. Si esa es tu voluntad, hazme gorrión en El Campo del Moro. Aceptaré ser loro de taxista en Atocha. También gato de imprenta en la Plaza de Castilla. No rechistaré si me degradas hasta convertirme en perro de jubilado allá por Embajadores. Incluso, en perro de cumpleaños para un niño de Aluche. Si ese es tu deseo, amárrame a una mesa de La Prensa y pásame al cierre, hasta conseguir que me olvide del día y de la luz, pero, por Dios bendito, sácame de esta jungla de encinas y retamas y permíteme que vuelva a ser al menos la sombra de lo que fui, que una cicatriz en el viento deja ya más huella que mi voz.

Y sobre todo, Señor, te ruego, te imploro, te suplico que apartes de los carteles al caimán. Atiende mi súplica Señor. Envíalo con las últimas yerbas al matadero o, al menos, despúntalo y échalo para rejones. Que un caballo se hace en siete años y un torero necesita más de veinte. Tú lo sabes mejor que nadie, Señor.

– En estos pesares me debatía, renegando del hermano que me había condenado a muerte...,

(Se lamentó el confuso mientras buscaba al terapeuta desde los medios de la sala.)

...cuando los rufianes que cargaban con el prólogo de mi cadáver hicieron un alto para descansar de mis men-
guadas carnes. Aunque sin duda no les pesaba yo, sino
sus conciencias. La responsabilidad de su abyecto cri-
men les fatigaría, pues a mí me llevaba el viento con
menos esfuerzo que a los parasoles del cardo.

Tan escuálido estaba en esos días de tribulación que,
empujado por el soplo de una bocanada de aire encalle-
jonao, estuve a punto de irme al otro barrio con el talón
de la vida todavía sin firmar. En aquella mi hora sin vuel-
ta, no parecía yo un becerro. ¡Qué va! Era un jaramago,
un esparto, una tarama cubierta de pelos opacos.
Jabonero en sucio y casi difunto. Pasto de las gallinas en
cualquier momento.

Ya no quedaban ni lágrimas en mí. Si resultara
imprescindible perder la sangre para morir, los matarifes
no podrían acabar conmigo por la ausencia total de gló-
bulos rojos en mis venas. Cecina parecía. Nunca un crí-
tico. Tampoco un inocente becerrillo. Todo lo más, un
difunto que se había enrabado en la última esquina de
la vida.

Los gañanes franquearon otro portón y entraron en
un cobertizo. Llevaban una marcha entre tétrica y festi-
va. Bailándome como si fuera un paso de Semana Santa.
El Cristo amarrado a la columna era yo. Ellos, los judíos
y romanos disfrazados de nazarenos. Avanzaban ocultos
bajo negros capirotos verdugales.

Llegada mi hora, ni siquiera tuve el valor de resistir.
Para abreviar el trago y evitar que las del pescuezo pela-
do se ensañaran conmigo, les ofrecí el gznate a los ver-
dugos poniéndome en suerte. Al instante lo tomaron,

colocándome sobre la cabeza, a lo largo de todo el lomo y también sobre los costillares y la huesuda culata, algo que no alcancé a ver en aquel momento. Algo frío y untuoso. Me lo sujetaron al cuerpo con un cordel que hicieron pasar por mi esternón, bajo el vientre y por las ingles.

Todavía no había comprendido yo a qué venía tanto sambenito y tanta ceremonia ejecutoria, cuando me sentí arrastrado hacia la parte más oscura del tinajón.

Al fondo, en la penumbra de aquel cadalso maloliente, oí mugir a una res. Me sonó a vaca, pero no era la voz de mi madre. "Otra compañera de infortunio", me dije.

La astada permanecía encerrada en una estrecha gayola y aquellos animales con zahones me empujaban contra ella valiéndose de gestos y de palabras. La tensión hacía crujir los pajones de la yacija, mientras la vaca me recibía con topetazos y coces. Supuse que pretendían rematarme. Quise escapar del chiquero y resbalé. Los verdugos me pusieron en pie con el mango de una horquilla apalancada en los tableros del cuchitril y volvieron a empujarme contra aquel monstruo del abismo, dirigiendo mi cabeza hacia la entrepierna de tan arisca dama de las tinieblas.

La vaca se puso a olerme. Luego me lamió. Yo cerré los ojos para no verla. Para no imaginarla siquiera en la oscuridad de aquella celda destinada a los condenados a muerte.

Mas, tan pronto como feché los párpados se me hizo la luz: me habían empellicado. Estaba clarísimo. ¡Aleluya! Aquellos rufianes no querían matarme, sino hacerme pasar por un muerto. Me habían aparejado con

la pellica de un becerro difunto para convencer a la madre del fallecido de que me amamantase.

Como si alguien hubiese encendido una vela en el más negro rincón de mi desesperanza y avanzase a la carrera por mis venas, la luz se fue abriendo paso en el aceitón de mi angustia. Con fuerza creciente. Desbocada.

Volví a vivir. Aquellos vaqueros estaban empeñados en mantenerme vivo e intentaban por todos los medios hacer creer a la horra que su difunto hijo había vuelto del más allá con infinitas hambres atrasadas. Se habían desvanecido el patíbulo y la ejecución. Me ofrecían a una vaca, pero no como tributo sacrificial a una sangui-naria divinidad de las tinieblas, sino como consuelo de sus pezones y reparo de mis desdichas.

— ¡Oh Dios clemente y misericordioso!, mi corazón estalla en revolveras incapaz de contener el mar de la gratitud. ¡Gracias, gracias!, Señor de los desamparados, Padre de los humildes, Apoderado de los justos, Rey del escalafón por los siglos de los siglos.

Hiné las rodillas sobre el estiércol y en la penumbra de aquel hospicio di gracias al clemente Dios que se apiadaba de mi casta. Bendije a los santos vaqueros que me prohibaban y me cagué de alegría.

Mi felicidad era inmensa. Al fin se reconocían mis méritos, mi bravura, mi nobleza, mi trapío, mi larga embestida. Yo estaba predestinado para el triunfo. Pondría boca abajo Las Ventas, La Maestranza y La Monumental. La gloria estaba escrita en mis ojos. Aquellos gañanes lo sabían y por eso no estaban dispuestos a dejarme morir. ¿Quién puede saber más del

ganado bravo que el vaquero que lo ve nacer en la dehesa y triunfar en la plaza? Nadie. A estos no hay quien les engañe. Si lo sabré yo, que conozco la moto. Por eso me habían buscado un ama de leches. Una nodriza dispuesta a nutrir las desvaídas hechuras de mi lámina.

Mas, ¡ah!, la pesadumbre acecha por las rendijas del ánimo hasta en los momentos de mayor felicidad. ¿Me aceptaría aquella madrastra curándome para siempre de la hambruna a la que me había condenado el abominable mulato de mi hermano listón, calcetero y bragao, el muy caimán? ¿Acaso la vaca descubriría al instante la soez patraña urdida por los mozos y me sacaría a trompazos del disfraz de su bien amado y muy difunto hijo? ¿Me concedería la gracia de sus henchidos pezones? ¿Terminaría corneándome en un suplicio aún más doloroso que el afilado labio de la navaja?

Dudé un instante. La vaca volvió a mugir desde la penumbra. No supe si me llamaba o me despedía, pero atendí el ruego de las tripas y me eché a los medios. ¡Quién dijo miedo! Ven acá ubre de mi alma. Deja que te bese, pezón de mi vida. Devana tu cremosa madeja en mi boca e inunda los "bujerinos" de mis "tragaeras" con el blanco chorro de la abundancia. Ven a mí que te enquete. Déjame que te arrechuche. Que yo soy el bálsamo de tus excesos y tú el jarabe de mis penurias. Ven que te coma hasta las babillas. Mira que estoy hecho un toro y nunca deseé tanto una teta.

Me fui a por ella con ansias de tres semanas. La vaca me miró perpleja. Casi con miedo. Pero se vino a por mí. Ya mí se me fue otra vez el cuerpo. Sin remedio.

No lo hice por injuriar a mis salvadores. Confieso que no pude contenerme. Siempre lamentaré el haber desperdiciado mis pocas energías sobre aquellos bienintencionados gañanes. Sin duda merecían otro pago, pero, ¿quién es capaz de gobernar los taimados aliviaderos cuando uno se debate entre los pitones de una vaca reternerada a la fuerza y los colmillos del hambre?

Sacudiéndose en lo posible la ofensa con la que acababa de regarles, mis cuidadores arrinconaron a la burrada nodriza y yo me fajé al salvavidas de sus tetas, sin importarme en demasía las coces que me tiraba. ¡Más cornás da el hambre, leche! Me dije.

– La leche en pezón tiene sabores que ningún otro envase puede darle, créame.

(El confuso arremolinó los aires con un guiño cómplice que el terapeuta no advirtió.)

Lo malo es que necesitas llegar a viejo para saber apreciar la verdadera dimensión de sus golosinas. Mientras lo descubría repuse arroba y media. Por lo menos. Tres veces al día, un día sí y otro también, asaltaba el castillo de mi nodriza, guiado por el brillo de sus ojos y auxiliado por la fiel infantería que, además de protegerme con el disfraz del muerto, me untaba con sal de matanza, tal que si yo fuera una hoja de tocino. Sospeché que me salaban para hacerme más apetecible a la nutricia enchiquerada.

Cuando la pellica de mi difunto predecesor estaba ya más seca y alabeada que un cartón dado al olvido en una resolana, mi lustrosa ama de cría empezó a tratarme como cosa propia y los violentos asaltos del primer

encuentro dieron pie a la franca camaradería. Creo que terminé gustándole y hasta llegó a quererme.

Tanto y tan bien aproveché las tetadas que, habiéndome salvado de la desnutrición en muy poco tiempo, bien pude haber fenecido de gordura en algunos días menos. Estuve a punto de morir estrangulado por las cuerdas del empellicamiento. La tomiza se me clavó en aquellas mis novedosas carnes, sin que los gañanes cayesen en la cuenta de que el finado que me había precedido en los pechos de la gloria se vengaba ahora de mí ahogándome con las ataduras de su pelleja. Afortunadamente saltó un nudo y recuperé el resuello. Pero muy poco faltó para que me quedase fuera de los carteles.

QUARTA-FEIRA

Con el aire fresco me llegaron nuevas preocupaciones. Una vez que la diaria ración de leche parecía tan asegurada o más que mi bóvida condición, era preciso plantearse una estrategia para derrotar a los nubarrones del futuro. Ante todo, necesitaba saber dónde estaba y a qué ganadería me había enviado el Todopoderoso para que purgase mis culpas. A pesar de que mi aparente condición de bestia me impidiera hablar y hasta entender el lenguaje de las personas, yo seguía siendo un hombre. Desesperado y mugiente, pero un ser humano. Racional, incluso, aunque permaneciera encerrado en la pelleja de un choto. Aun más: yo era un taurino. Andrés Tránsito Corrales, Anilina para mis enemigos. Nada más y nada menos que el crítico de La Prensa de Madrid, Diario Independiente de la Mañana.

Poco me costó convencerme de que mi encaste periódico podría serme de gran utilidad para prever las revueltas del destino y acomodar el porvenir a mis nue-

vos intereses. Lo primero y principal era saber quién era mi familia. De esta forma podría descubrir qué toro había en mí. Si la estirpe condiciona la vida de una persona, pues a los pies de cada cuna nace un camino distinto, en el archipiélago que forman las ganaderías de bravo el linaje no condiciona, sino que determina sin posible remedio el futuro de cada individuo.

– Usted quizás no lo sepa...

(El confuso vuelve otra vez el rostro hacia el terapeuta para acentuar la profundidad de su magisterio.)

...pero no es lo mismo nacer jandilla que vitorino, ni merengue que ajiaceite. Ni tampoco en Moraleja que en Vejer de la Frontera. ¡Dónde va a parar!

Angustiado por la posibilidad de haber nacido fuera del Sindicato de Criadores de Toros Bravos, en una ganadería tercerona, de mala muerte, me puse a darle vueltas a mi nodriza, intentando ver el hierro indicador de su procedencia ganadera.

El esfuerzo fue totalmente inútil. No pude encontrarlo. En principio, achaqué mi fracaso a la mezquina luz existente en la estancia, lo que me impedía hasta distinguir claramente los contornos de la vaca. Mas, después de haber tanteado con el belfo, e incluso con la lengua, las ancas de mi lustroso repuesto de madre, llegué a la desconcertante conclusión de que no había sido marcada con hierro alguno. ¡Su pelleja estaba virgen! ¡Era una vaca apócrifa!

Lamenté muy sinceramente el haber perdido el tiempo mientras estuve con la corniveleta y con el raspipardo calcetero. Fui un inconsciente. Fijándome más en los cuernos de ella y en los banquetes de él que en la parti-

da de nacimiento que, a buen seguro, llevaría mi progenitora en los cuadriles, había dilapidado la mejor oportunidad de resolver el insondable enigma que arrastra el hombre desde las cavernas: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? Y, sobre todo, ¿a qué corridas estamos destinados?

¿Sería mi madre una vaca miura, murube, de Los Guateles, albaserrada, de Núñez, albarrana, graciliana, condesa? Sin ver el hierro resultaba imposible descubrirlo.

La capa cárdena es más distinguida que la negra en el ganado de lidia, y la presencia de un buen velamen, corniveleto además, sugiere la existencia de una relación directa con los más nobles y vetustos entroncamientos de bravo, pero con tan pocas señales no hay forma humana, ni tampoco táurica, de encontrar la ganadería a la que uno pertenece.

Me había comportado como un estúpido. Lo reconozco. En la urgencia por encontrar la salida a mi calabozo, me estrellé contra los barrotes de la puerta sin reparar en la presencia del picaporte. ¿Cómo sería mi padre? ¿Explosivo o pastueño? ¿De afiladas cucharas o recortado de cuerna?

Incluso las motocicletas de los vaqueros podrían haberme dado alguna pista concluyente sobre la galera a la que el destino me había encadenado. Aquella Sanglas y la Harley-Davidson que vi nada más nacer en bravo, o la Mercurio 155 con ojos de diamante negro, llevarían el marchamo de la vacada sobre las ancas. No reparé en ello, a pesar de habérmelas comido con los ojos.

En las paredes del cortijo, en el indumento del ganadero, en la veleta del palomar, en las monturas de los caballos y en infinitad de rincones estaría colocado el signo cabalístico que marcaba la historia de la casa y espoleaba la angustia de mi indeseable existencia: el hierro. Ni lo advertí cuando, sin duda, lo tuve a la vista, ni tampoco lo veía ahora, a pesar de poner los cinco sentidos en su búsqueda.

Confieso que esta ausencia de marcas me pareció chocante. Casi más que el haberme despertado becerro y sin nada que llevarme a la boca cuando, si mal no recuerdo, me acosté con 53 hierbas y una botella de güisqui portugués en la mesilla de noche.

Quiso la Providencia mantenerme aún más tiempo sumido en el misterio de mi origen y tampoco descubrí en la indumentaria o en los gestos de los vaqueros signos evidentes de su pertenencia a una u otra ganadería. La exasperante imposibilidad de entender lo que comentaban, en sus periódicas visitas al cobertizo para vigilar mis tetadas, me impedía deducir por sus acentos si eran andaluces, del campo charro, extremeños o portugueses.

Por si esto ofreciese poca dificultad a un novicio, aún no acostumbrado al hábito de penitente en bravo, todos los espectadores habían sido cortados por el mismo patrón. Estaban, además, sin acabar: rasgos simplificados, ropa simple, gestos primarios.

Llegué a creer que había sido confinado dentro de un huevo traslúcido. Sin aristas. Carente de rincones y de cualquier otro apoyo para la memoria. Sin más realidad que un incesante desfile de siluetas difusas al otro lado del cascarón.

La oscuridad que rodeaba mis días me hizo sospechar que incluso podría estar en alguna vacada americana. Verdaderamente me pareció verosímil que, habiendo ido a fenecer a Olivenza, allá en los límites de la Extremadura en la que nacían los dioses de la Conquista, renaciera a una vida nueva en el Nuevo Mundo. En la heroica huella de Hernando de Soto, de Hernán Cortés, de Francisco Pizarro, de Núñez de Balboa, de Pedro de Cieza. ¿Me encontraría tal vez en México? ¿En Colombia incluso?

— Nadie respondió a mis bramidos.

(La entrega característica de los que ya no esperan consuelo anegaba la voz del confuso.)

“No preguntes por saber que el tiempo te lo dirá, pues no hay cosa más bonita que el saber sin preguntar”, me había dicho en mi más tierna infancia un maese perez el organista a quien tuve como maestro de primeras letras.

— “Y eso ¿qué quiere decir, don Anacleto?”, escarbé con colegial ingenuidad.

— “¿No lo entiendes? Pues pregúntaselo a tu abuelo. Verás como él te lo explica.”

Don Anacleto no había estudiado pedagogía, aunque sabía de cuentas, pero mi abuelo no era un hombre al que yo pudiera ver todos los días, así que el encargo se me olvidó. No ocurrió lo mismo con el aserto. La frasecita de don Anacleto quedó grabada para siempre en mi memoria. Estoy convencido de que el refrán fue determinante para mi futuro, y que si alguna vez estuve allí, a cuatro patas, intentando averiguar quién era, de dónde venía, a qué había venido y, sobre todo, a dónde pensa-

ban llevarme, fue por don Anacleto y por su pedagogía refranera.

“No preguntes por saber, que el tiempo te lo dirá...” De tanto rumiar el aforismo, sin encontrarle justificación ni mayor provecho, me convencí de que no sólo hay que preguntar todo aquello que se ignora, sin esperar a que el tiempo te envíe un hermoso recado, sino que, además de buscar todas las respuestas a tus preguntas, tienes la obligación moral de contar a los demás lo que sepas. Incluso antes de que alguien te lo pregunte a ti.

El que esconde para sí el tesoro de la sabiduría puede ser más rico, pero no más sabio que aquel que juiciosamente lo utiliza para desbastar a los ignorantes.

Por eso me hice crítico taurino. Para ejercer el sacerdocio del más cabal de los magisterios. Desde la gozosa jornada del 20 de junio de 1793, cuando apareció la primera crónica de una corrida en el Diario de Madrid, no hay más honroso empleo para un periodista que la cátedra taurina.

La crónica política tal vez tenga más peso en el ruedo de la letra impresa, pero le falta el empaque, la solera, la hondura cosmogónica y la visión cosmográfica que exhalaba la crítica taurina. Y es natural que así sea. A fin de cuentas, a pesar de su extraordinaria y no siempre reconocida importancia democrática, un hemicycle parlamentario tan sólo es media plaza.

– Con sus palcos, sus tendidos, las barreras, el callejón, sus burladeros y su arena, pero media plaza nada más.

(El confuso, que con los dedos había ido dibujando en el aire los diferentes estratos del coso, miró durante

unos instantes la palma de su mano derecha, abierta de par en par al cielo de la tarde, y rápidamente buscó la cara del terapeuta.)

Sólo media plaza, como en la prehistoria del toreo. En cambio, la fiesta nacional lo es todo. El reino del arco y de la espada. El círculo de fuego. Un magma vivificador que desborda los límites nacionales y planetarios para inundar el universo entero.

Cualquier coso es un foco de luz, un cráter de sabiduría, el crisol de las pasiones refrenadas, la boca del arte, los ojos del pueblo, los oídos de la tierra, el ombligo del mundo. Abrid las plazas y estaréis abriendo ventanas al cielo. Derribadlas y profanaréis los templos de la religión que mejor ha sabido explicar el sentido de la vida. Prohibid las corridas y habréis arrojado a la hoguera del olvido el origen de gran parte de la mejor pintura universal, de la escultura más antigua y auténtica, de la música más emotiva, de la literatura más fecunda y de la endolinfa que mantiene unido a un pueblo: el idioma patrio.

El mundo lleva millones de años girando entre los cuernos del más hermoso de los astados. Desbravad al toro enterrándolo en siete cofres inviolables y lo más profundo de España morirá con él. La milenaria concha cadavérica del quelonio hispano se disgregará en un millón de placas irreconciliables, hueso por hueso, y ya no habrá nunca más, pero nunca, nunca, nunca, suficientes cañones ni amor ni dinero ni odio en el mundo para reconstruir el caparazón.

– Esa es mi fe y esta mi plegaria.

(Durante unos instantes, el confuso guardó silencio

esperando la aprobación o el reproche a su prédica, pero el terapeuta ni siquiera salivó.)

*Esquina con Santa Clara,
primeros pasos de la sombra*

Con un ojo observa la amplia esfera del reloj y con el otro las aceras. Intenta no precipitarse, pero tampoco debe llegar tarde. El portal 11 de la calle Santiago, en pleno Madrid de los Austria, es antiguo y casi lóbrego. En el edificio habitan pocos vecinos, pero es una hora punta y en la entrada se cruzan el que regresa del trabajo con el que saca la basura o baja a pasear al perro. La luz intermitente de la escalera telegrafía mensajes que Ezaquiel Culimbra desentraña con avidez. Desde el primer momento ha intentado familiarizarse con los hábitos del vecindario y continúa agazapado en su coche, esperando una balsa de sombra para acceder al edificio. No quiere que alguien le vea. Un resabio de las trincheras. En la clandestinidad se aprende a vivir sin tener existencia, o se deja de existir casi sin haber vivido.

La escalera está vacía. Culimbra sube los peldaños sin soltar el pasamanos, tanteando la oscuridad con el fino bastón luminoso de una diminuta linterna. De repente se escucha la precipitación de unos pasos que huyen y

una puerta cerrada con urgencia. Culimbra apaga la linterna y se aplasta contra la pared. Los rellanos permanecen a oscuras. Reflexiona un instante. Está ya en la mitad del camino y bajar a la calle delataría tanto su presencia como subir un par de pisos más. Se aferra a la linterna y decide continuar. Tres peldaños más arriba tropieza con algo. A la luz del bastón ve que es el casco de un motorista. A su lado hay dos vasos con restos de bebidas y unos zapatos de mujer. El detective sonríe en la oscuridad y salta sobre los vestigios del abrazo que acaba de romper con su presencia.

La puerta del cuarto A está entornada, pero no aprovecha para entrar. Prefiere tocar el timbre. Nadie responde, sin embargo, a sus llamadas. La vivienda está iluminada y silenciosa. Culimbra cambia la linterna por el arma y empuja la hoja hasta el fondo de las bisagras. Una vez dentro, cierra con cuidado y avanza por el pasillo, midiendo cada paso antes de darlo.

– Señora, soy yo, Ezaquiel Culimbra. El investigador.

Nadie le responde, pero empieza a percibir gemidos que provienen de la zona de los dormitorios. Al llegar a la puerta de la cocina se gira, impulsado por el resorte del miedo, y apunta hacia todos los rincones. No hay nadie. La cristallera del tendedero continúa abierta. Bajo los cordeles hay algunas prendas caídas.

– Marisa, ¿está usted ahí?

Tampoco esta vez recibe respuesta. A la luz de los apliques su sombra renuncia a toda precaución y se adelanta por las paredes. Él, sin embargo, no avanza un paso sin haber confirmado antes que el último que dio está ya completamente seguro.

La mujer se encuentra en el dormitorio principal. La está viendo. Quieta. Acurrucada en un rincón. Semidesnuda. Tiene los pies cruzados, las piernas dobladas contra el pecho y la cara oculta contra las rodillas. Gime con un dolor profundo. Lloro con los últimos estertores de la rabia y de la impotencia. Culimbra la observa en silencio, se asegura de que no hay nadie más en la habitación y esconde la pistola en la desembocadura de su espalda, bajo el cinturón.

– ¿Qué le ha pasado señora? ¿Qué le han hecho?

La mujer no responde. Culimbra se acucilla junto a ella y le descubre el rostro, cubierto por una maraña de cabello azabache. Tiene los labios rotos, tumefactos, y hay tachones de sangre negra acumulados bajo la piel de sus mejillas además de otras heridas que él no le hizo.

– ¿Quién ha sido señora? ¿Quién? ¿Tampoco... ha podido verle esta vez?

Culimbra siente que ha cometido una pequeña indiscreción y busca en la mujer alguna reacción aclaratoria. Marisa no responde. El detective la agarra por los hombros para ponerla en pie y llevarla hasta la cama. El cuerpo de la mujer es una marioneta sin titiritero, un llanto ahogado en sus propias lágrimas. Culimbra la atrae hacia sí y vuelve a sumergirse en el perfume del melón maduro, de las camuesas y de los albrichos en sazón. El detective levanta la barbilla de la mujer, ordena sus cabellos y a través de las gafas mira fijamente el manantial de sus ojos, buscando una respuesta que, minutos antes, ni siquiera hubiera imaginado que necesitaría.

– ¿Quién ha estado aquí? ¿Quién?

El detective busca los ojos de Marisa para anticiparse

a sus palabras, pero su ansiedad resbala sobre la espalda de los carámbanos.

– Ezaquiel, ¿por qué me ha hecho usted esto, por qué?

La pregunta de Marisa restalla en la barriga de Culimbra con un chorro de dolor inesperado.

– ¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo? ¡Díga...me...lo!

Ezaquiel Culimbra queda paralizado por un golpe seco, se lleva la mano al vientre, abierto a traición en un ojal de sangre, y retrocede contra la pared tambaleándose. La mujer, de pie junto a la cama, sigue gritando preguntas mientras le apunta con las tijeras que mantiene abiertas y empuñadas con las dos manos, dispuesta a darle otra puñalada. El detective vuelve a palparse la herida. La sangre escurre ya por sus dedos y se estrella sobre el suelo en goterones de espanto. Marisa cierra las tijeras y busca la salida saltando sobre la cama. Culimbra descifra su figura turbia, recortada contra el vano de la puerta. Saca el hierro y dispara tres veces. A la mujer se le doblan las rodillas. Intenta sostenerse arañando la pared, pero la vida se le escapa con el último esfuerzo por clavarle las uñas y retenerla. La aureola de la muerte empieza a teñir de rojo el ajedrez de los suelos.

Una gruesa toalla de baño empapa la sangre del detective, que arrastrado por la urgencia se hunde ya en el callejón del tráfico, buscando la protección de una madriguera segura. La luz roja de los semáforos resbala sobre el ámbar y el verde cerrándole los ojos a la noche.

Arropada en su ciego cobertor, la oscuridad se deshinchaba ya cuando sentí el quejoso despertar de un cerrojo y pude ver cómo se desperezaba un viejo portallón, estirando al aire sus dos hojas apolilladas, para que penetrara el día en el tinado. La luz del sol llegó cargada de colores, de texturas, de fragancias y rumores lejanos. Ni pestañear quería en aquellos maravillosos instantes para no perder ni la menor migaja de mi nuevo alumbramiento; el tercero, según mis cuentas.

Bajo una costra de vetusto abandono, las paredes del cobertizo parecían haber sido blancas alguna vez. Pero de eso debía de hacer ya mucho tiempo. Muchísimo. El techo estaba algodónado de telarañas. Blanquecinas, grises, pardas, carboneras. En el suelo había, una gruesa alfombra de estiércol. Aquí marrón, allí verdinegra, áurea un poco más allá. Encontré el piso más revuelto que la yacija de un cuto consentido. En un rincón crecía un desordenado castillo hecho con pacas de paja. Refugio de ratones, cazadero para gatos, atalaya de gallinas. Nubecillas de vapor trepaban desde cualquier boñiga reciente. Al contraluz se veía el suelo sembrado de diminutas candelas. Una réplica del clásico plano cenital

y panorámico con los restos calcinados de una batalla centroeuropea. Aunque, tal vez, sólo fuera la típica estampa de un campamento indio que acaba de ser atravesado por la trompeta del Séptimo de Caballería. Un genocidio de postal, en cualquier caso.

Los vaqueros me observaban como si acabasen de descubrirme. Yo les miré y remiré a ellos sin descubrir nada que destejiese la intriga de mi colegiación ganadera.

Sentí en ese preciso instante la húmeda escofina de una lengua que me abría una oreja y penetraba en mi cerebro, reptando por el canalillo auricular, para recordarme que sólo era un becerrete con nostalgias de persona. Volví la cabeza y casi me desmayo. ¡Joder con la nodriza! Parecía el camión de la leche. ¡Qué vaca, Virgen Santa! Más grande que un buey. Más retinta que una Guzzi. Y con una cuerna para matar de envidia al arco iris. ¡La teta que me crió! Bichos con menos kilos y defensas pasan en el Circo Price por elefantes africanos de verdadero cuajo y trapío. ¡La madre de Dios! Si llego a sospechar quién me estaba dando de mamar, me vuelvo al corralón con el fraticida del caimán mulato. Ahora me explico las estrecheces del chiquero. ¡Santo Cielo!

¿Qué torada podía tener en su nómina a semejante espécimen? Cualquier intento de descubrirlo me resultaba inútil. Además de no presentar señal alguna de haber sido herrada, aquella vaca era doblemente orejisana. Se comprende. Un mastodonte de tal calibre no precisa ni la marca del hierro candente ni menos aún la deformación de las orejas para ser reconocido entre un millón de congéneres. Su montaña de fuego se distingue a la legua.

Anclado en el pavor, me refugié en la pellica del difunto al que, en contra de mi voluntad, suplantaba, pidiéndole al Altísimo que con buena aguja y un grueso hilo me cosiese a las carnes el disfraz del fenecido. El tormento de las puntadas me resultaría pequeño, comparado con el temor a que se soltasen los cordeles del empellicamiento y, al descubrir el engaño, la burlada retinta le cobrase a uno, sin duda con recargo, el fallecimiento de su verdadero hijo y la resurrección de un suplantador.

Pensé explicarle que si yo cargaba con el muerto era en contra de mi voluntad. No hay duda alguna de que ya había decidido entregar el pellejo propio cuando los vaqueros me lo impidieron arropándome con la pelleja de su buen hijo. Creí que, a pesar de no tener culpa de lo ocurrido, debía pedirle perdón, pero volví a fijarme en sus pitones y desistí de hacerlo. Al lado de la pavorosa cuerna que ostentaba aquella ubre sustituta, mi segunda madre, la secundaria corniveleta en cárdeno, me pareció una aprendiz de vaca; muy aplicada, pero inmersa aún en el anónimo meritoriaje.

La retinta ignoraba el motivo de mi angustia, pero al escuchar el castañeteo de mis corvejones debió intuir que estaba turbado y me arrimó los bajos, dándome a entender que poco importa el tamaño del envase si la leche es de auténtica teta. No sin reparos, pues no es lo mismo imaginar la eternidad que meter la cabeza entre las patas de un vaca infinita, acepté la invitación. "Ojos que no ven, corazón que no siente", me dije. Cerré los míos y me di el mayor atracón de pezones que recuerdo. Temía que también llegara a ser el último.

No lo fue, afortunadamente, pero, gracias a Dios, nunca más pude mamar con los ojos abiertos. En la oscuridad impuesta por la pavora, las tetas se me hicieron más dulces, mucho más recias, muchísimo más complacientes; hasta más turbadoras y particularmente mías.

Tras agotar la merienda, la vaca y yo traspusimos el portalón y salimos al corral. A tomar el sol ensabanado de la tarde. El hálito de la primavera caía ya rampante sobre los campos, incendiándolos de flores. Azules, granas, blancas, violetas. Había, sobre todo, narcisos, jaranagos, prímulas y las primeras magarzas blancas o amarillas.

Allí donde no le cubría el estiércol, el pelo de la nodriza refulgía en densas llamaradas retintas. Un tesoro de incalculable valor. Herencia, sin duda, de la célebre casta Jijona, fundada por don Juan Sánchez Jijón Salcedo, nada menos que en el siglo XVII.

Los renombrados toros jijones, casi aniquilados por el pestilente negocio de los apoderados y la comodidad amanerada de las figuras, estuvieron en el origen fundacional de las ganaderías de bravo. Así, pues, mi nodriza era un verdadero incunable, un tesoro genésico, un fósil viviente.

Esta nobleza de orígenes aliviaba en parte mi pesadumbre. Habiendo sido en mi anterior vida, como crítico titular de La Prensa de Madrid, un ferviente defensor del origen montaraz de la fiesta brava y de la ejecución natural de la lidia, al menos me había tocado en suerte –en medio de tanta desgracia inmerecida– nutrirme con el amoroso chorro del más auténtico de los encastes: el jijón.

En el pálido calorcito de la resolana corralera, casi me sentía feliz.

QUINTA-FEIRA

Un pentágono. Simplemente un pentágono. Con el pico hacia abajo. Lo más parecido al taparrabos de Tarzán que había visto nunca. Un pentágono sin letras ni espuelas ni herraduras ni círculos ni capilla ni tan siquiera un corazón. Sin un mal resalte ni una simple cruz. Un pentágono huérfano de historia taurina. Un baluarte del anonimato.

¿Habría caído yo en manos de la Central Intelligence Agency, como espécimen seleccionado en alguna secreta operación de espionaje industrial, para implantar la cría del toro bravo en las llanuras del medio oeste norteamericano? ¿Sería yo un cruce entre un bisonte de Texas y una vaca de Victorino Martín? ¿Harían de mí un arma secreta para terminar de imponer su pezuña sobre las últimas hazas de tierra que aún estaban libres de la Coca-cola?

Aunque la posibilidad de estar trabajando para la CIA, o para el secretario de Defensa, que para el caso es

lo mismo, despertaba en mí cierta ilusión de héroe cinematográfico, me quedé atónito al ver el pentágono. Allí donde yo esperaba encontrarme la A con doble asa de los miura o la herradura guarnecida con barbacanas de los pablorromero e incluso el círculo, coronado y partido, de la heredad del señor Conde de la Corte, justamente allí donde debía campear el escudo de armas de un graciliano o de un santacoloma o, al menos, de un vitorino, lo que veían mis ojos era un pentágono con el pico para abajo. Cinco lados prácticamente iguales con cinco ángulos casi idénticos. Un pentágono vacío. Sin blancos ni negros ni espías que le ladrasen. Desnudo y solo, como si acabaran de parirlo en un hospicio.

No me restregué los ojos por no perder el equilibrio y hocar contra el suelo, pero no podía creer lo que tenía ante mí. Según podía distinguir en las culatas de los semovientes más próximos al cercón adosado al cobertizo, la marca distintiva de la ganadería era un polígono sin mayor gloria conocida. Un pen-tá-go-no, huérfano de cualquier aditamento, que había sido grabado a fuego sobre las nalgas de vacas, toros, caballos, utreros y demás cabezas de ganado menor. Un polígono que en ningún momento pude emplazar en la poblada relación heráldica de las ganaderías de bravo.

La señal -rabisaco en la derecha y zarcillo en la izquierda- tampoco me aclaró el nombre de la casa a la que había ido a caer.

En las jornadas siguientes dediqué buena parte de mis fuerzas a seguir investigando sobre mi ascendencia vacuna. La puerta del cobertizo no se había vuelto a cerrar y la enorme nodriza y yo nos pasábamos el día en

el corralón, recibiendo aquellos primeros lametones de la primavera que llegaban cargados de sol y de aire libre, en lugar de ahogarnos en la sauna estercolaria del chiquero.

Un poco más allá de la cerca, levantada con mampuestos de piedra heterogénea, se abría el campo, una dehesa poco arbolada en la que pastaban las reses, distribuidas sobre la yerba en pacientes jabardos.

Se respiraba tranquilidad en la cortijada. Quizás por ello, los vaqueros se confiaron y espaciaron sus visitas al cercado. Aunque continuaban vigilándonos, habían reducido las incursiones hasta el orfelinato, seguramente convencidos de que la recia institutriz ya me amantaba por haberme tomado cariño y no por respeto a la retinta pellica de su difunto hijo, que a fuerza del uso había quedado definitivamente apergaminada sobre mi lomo.

Poco después, los mozos me quitaron el disfraz y tuve ocasión de comprobar que la vaca más grande del mundo no era, afortunadamente, la más rencorosa. Todo lo contrario. Continuó amamantándose sin pasarme factura por mis agravios. Ni tampoco por los trompazos que, para propiciar la apoyatura de la leche, le daba yo a tan refulgentes y abundosas ubres sustitutas. Nada abre más el apetito que la comida buena y abundante. El aya sin duda lo sabía bien, pues se mostraba cada día más comprensiva con mi desfallecimiento. Nunca me escondió la teta a pesar de los golpes. Todo lo más gemía y coceaba al aire. Luego se vertía a chorros por los pezones y me lamía las nalgas con vehemencia.

No puedo ocultar la satisfacción que me causó el estar

siendo amamantado por una vaca de tan enorme trapío. Ni en Madrid ni en Bilbao, ni tan siquiera en Nimes, había visto yo semejante galafate. Mucho más grande que cualquiera de las hembras que pastaban en la dehesa. Incluso superaba en alzada y en cuerna a la cárdena cornivelera. Era terrorífica. Digna de un novillerito con hambre.

– Me gustaría que la hubiese visto.

(El terapeuta pergeñó una sonrisa como única respuesta.)

Por añadidura, su templanza confortaba mi ánimo. Engolfado en el calorcito de la resolana corralera, me tuve por el príncipe heredero de un exótico y descomunal reino con vacas a juego. América, el Nuevo Mundo y el mundo entero caerían rendidos a mis pies.

Pero poco dura la alegría en la casa del pobre. Mi orgullo y mi tranquilidad fenecieron cuando caí en la cuenta, con verdadero espanto, de que por la capa, las hechuras, la armada y el carácter, la muy nodriza de la retinta no era la quintaesencia de la bravura, sino un monstruo de cuatro caños que me estaba envenenando con cada tetada.

Aquella siniestra vaca de repuesto no era la más brava del planeta taurino, como yo creía. Ni mucho menos una gloriosa reminiscencia de la casta jijona. Era un buey de yunta, un desertor del arado, un prófugo del yugo, un hediondo bebedizo desbravante, un filete indígena de carne retinta que, simplemente, aún conservaba las patas y el rabo.

Aunque los toros jijones siempre fueron de buena alzada –como la muy lechera de la sustituta–, y desarro-

llaban cornamentas acarameladas —que vaya confitería tenía en la cuerna la nodriza envenenadora—, además de presentar un trapío caracterizado por su bastedad —de la que mi ruin ama de cría tenía para dar y tomar— así como un colorado encendido en la piel —que para sí lo quisieran los jijones de Villarrubia de los Ojos—, la mala vaca que me enleché era mansa y bien mansa. Nada de morucha o media sangre: mansa sin remisión.

Si alguna vez se arrancó de lejos sería al frente de una carreta. Si se creció con el castigo y tomó más de una vara, no debió de ser por su codicia en el primer tercio, sino por la insistencia del boyero en hincarle la aguijada. De alta cruz sí era, mas de baja ralea, también; cornalona, desde luego; boyante, más que ninguna. Nunca la hubo igual de pronta en los cites desde fuera del surco, ni tampoco tan tarda, ciega y sorda ante las telas. Retinta encendida fue más que cualquier jijón, no puedo negarlo. Por eso mismo tampoco dudo que hubiera dado buen juego en las mejores plazas. Como avío de cocinas. Para guisos, estofados, en brochetas o a la brasa. Carnes no le faltaban. Puede que, incluso, estuviera terciada en charolés o en limusín.

— Una verdadera prenda.

Era un auténtico veneno pregonao la nodriza. Ahora puedo decirlo, ahogándome en la vergüenza de haberla creído un torrente de bravura, cuando sólo era un tósi-go infernal. Yo fui una víctima inmolada en los cañones de su hedionda ubre. Me perdió la necesidad. Por eso me engañó. Se aprovechó de mi poca edad y de mi mucha hambre. Abusó del poco campo que se aprende en Madrid. Yo sólo fui un recental devorado por aquellos

pezones que te anudaban los ojos y te desataban el corazón con tragos de tinieblas cegadoras. Creí que ella me salvaba de la inanición, pero la pérfida sólo estaba cebándome para el carnicero. Adiós San Isidro, adiós Feria de Abril, adiós las Fallas y el Pilar y San Mateo y los sanjuaneros del mundo. Adiós al indulto y a la inmortalidad, adiós a la gloria. Todo se iba al garete por haber chupado en los pezones que no debía.

A la vista de semejante mansurrón, el estómago me golpeó los riñones y limpié fondos intentando librarme de la mala leche que, a buen seguro, irremediablemente me habría envenenado de mansedumbre. Maldita suerte la mía y malditos vaqueros yanquis de bastardas intenciones. Dios tenga a bien pagarles con la misma moneda. Me salvan de las garras calceteras del mulato listón y bragao, caimán de la muerte, para arrojarme en los brazos desnudos de la ignominia. ¿Qué les había hecho yo? ¿Qué intentaban hacer conmigo?

Robarme primero el ánimo y después la huevera para convertirme en cabestro. Sin la menor duda. Leche de teta mansa para domar el corazón de un toro bravo. ¡Pero prontito! Ni hablar del peluquín mi sargento carbonero. No podía consentirlo. Antes mil veces muerto de hambre que capón. Sólo me faltaba terminar en Las Ventas del Espíritu Santo, con un cencerro en el pesquezo y arreando tullidos para los corrales, mientras los amigos se partían de la risa en sus barreras.

– “Aprieta ‘Anilina’, aprieta. Mete al cojo en los corrales de una puñetera vez o perderemos los correos por tu culpa.”

(En un gesto escrutador, el confuso volvió los ojos

hacia el terapeuta, esperando descubrir una sardónica sonrisa en el anochecer de su rostro. El intento resultó baldío. El terapeuta continuaba sumido en la calma chicha de su atención flotante. Ni se inmutó ante el imaginario estruendo del campanillo como fondo musical de la mofa que inundaría los tendidos.)

– Puede continuar.

(Se limitó a decir, tras unos instantes de mutuo silencio, adelantándole el cuaderno de grandes pastas encarnadas, mientras sostenía la pluma tras la bata que acostumbraba a vestir en las sesiones de trabajo.)

– Continúo.

(El desinterés que el terapeuta mostraba ante el choteo desarboló al confuso.)

Entre las diarreas de la jinda y el asco que me causaba la leche de la colorá –que se había encelado conmigo y no me dejaba ni a sol ni a sombra, empeñada en seguir dándome la teta–, en dos días volví a quedarme como un estropajito. Los gañanes de circuitos microimpresos y gafas minerales eran sin duda americanos, pero a pesar de ello no tardaron en darse cuenta de que algo no funcionaba. Luego de mil y un cuchicheos, y de incalculables idas y venidas a lomos de sus motocicletas, desempolvaron la piel del muerto y reestrenaron el teatrillo de la pelleja del difunto hijo de la suplente. Un fracaso. Para que aquella tragicomedia retornase al camino del éxito no era menester calzarle un disfraz al actor, sino ponérselo al gran público: a la retinta.

Con una buena pellica de vaca brava para ella y una venda de olvido para las niñas de mi corazón, tal vez hubiésemos reanudado las triunfales representaciones

de los primeros días. No fue así y abdiqué, renunciando para siempre a la corona de tan infaustos pezones. No estaba dispuesto a salirme del camino hacia la gloria para recoger el ocho de leche que me tiraban a la cara.

De nuevo me vi a las puertas de la muerte y aún continué empeñado en descubrir el nombre de la vacada en la que cumplía condena. Si no podía morir harto, al menos moriría satisfecho. El pentágono viudo que campeaba en los cuadriles de aquella ganadería no disipaba mi desconcierto y la señal de la faña —zarcillo en la oreja izquierda y rabisaco en la derecha— tampoco apaciguaba mi ansiedad. El que estas dos marcas ganaderas estuviesen entre las más sangrientas del repertorio de tormentos camperos me preocupaba más bien poco. A fin de cuentas, tenía pensado morirme antes de que llegase la madrugada del herradero.

El rabisaco no es un modo de señalar muy usado por los ganaderos españoles, por lo que no debía haberme resultado difícil el averiguar entre cuáles de ellos estaría el dueño de mi pelleja. Sin embargo, la señal de zarcillo, o arrancada, es una de las que más se emplean, lo que complicó mis pesquisas. En cualquier caso, ni entonces llegué a adivinar el significado de la combinación pentágono a lo pobre en las nalgas con rabisaco en la oreja derecha y zarcillo, o arrancada, en la izquierda, ni todavía lo he descifrado.

El enigma me ha perseguido durante todo este tiempo con tanta o mayor pasión que la puesta por mi parte en la búsqueda de una identidad para aquellos hombres y mujeres, oficiantes y testigos de mi tragedia. El eclecticismo con que desplegaron ante mí sus galas, ademanes

y arreos, y la mediana apariencia de sus rasgos, edades y vicisitudes me han impedido localizarles y pedirles cuentas. Mas ni renuncio a seguirles el rastro, ni viviré para otra empresa.

Parla, noche terciada

Manjerico no maulla tras la puerta saludando su presencia. En cualquier otro momento, la ausencia de ese gemido hubiera bastado para disparar todas las alarmas instaladas en la piel del detective, pero ahora ni siquiera repara en que el gato no ha salido a recibirle. Todavía tiene la memoria atornillada a la mujer, y las fauces de las tijeras babeando sangre le sajan los ojos. Culimbra gira el llavín en la cerradura mientras mantiene la presión húmeda de la toalla sobre su vientre herido. Atraviesa el quicio de la puerta y, sin encender la luz, se va directo al baño. Aún no ha tocado el interruptor cuando estalla la lumbre en las tulipas. Instintivamente suelta la toalla y se lleva la mano a la cama del hierro, pero otra pistola estaba esperándole a él y le besa ya la nuca. Alguien al que nunca ha visto le sonríe desde el espejo al tiempo que le desarma.

– Llegas pronto, portugués.

La voz proviene de su mesa de trabajo, envuelta aún en las tinieblas.

– Pronto y averiado, según veo. ¿Qué te hizo esa vaquilla brava?

Expuesto al público en la campana luminosa del cuarto de baño, Ezaquiel Culimbra se palpa de nuevo la herida y no puede evitar un gesto de dolor.

– ¿Quiénes sois? ¿Por qué habéis entrado en mi casa? ¿Qué coño queréis de mí?

– Calma Culimbra, calma. Así no se recibe a unos colegas. Somos amigos. ¿Dónde está la tradicional hospitalidad portuguesa?

El detective Culimbra se ajusta las gafas, intentando ver en la penumbra. La voz cantante ha encendido un pitillo y su silueta empieza a tomar consistencia al calor de la brasa.

– Cálmate y escucha con atención porque vas a tener que responder a muchas preguntas. A todas, querido, a todas. ¡Tráelo aquí!

Sale a empujones del cuarto de baño, con la boca de la pistola rozándole siempre la cabeza. La herida no ha dejado de sangrar en ningún momento, pero sorprendentemente aún puede mantenerse en pie.

– Encended la luz.

El salón se ilumina por sus cuatro costados. El hombre del cigarrillo está repantigado en su silla, con los pies encima de la mesa y los ojos clavados en el techo. En la habitación hay dos “colegas” más. Culimbra repara, por fin, en la ausencia de Manjerico.

– ¿Qué habéis hecho con *meu cão*?

El detective Culimbra se revuelve frente a las bocas de las armas al darse cuenta de que Manjerico no está en la casa.

– ¿Tu qué...?

– El gato.

¡Ah!, eso. Bueno, digamos que se fue. Pero nos ha dejado un recuerdo para ti.

– Mira. ¿Te gusta?

Al fondo de la sala, sentado en el suelo, un muchacho, casi un niño, sostiene la cabeza de Manjerico.

– Es bonita, ¿verdad? La puedes colgar en el retrovisor del coche.

Las palabras del joven son recibidas con risotadas por sus compañeros. El artista corresponde con pantomimas a los agasajos del auditorio y se incorpora para darle un puntapié a la cabeza del gato, que se estrella contra la pared dejando un cometa de sangre.

– *Filho da mãe!*

– ¿Fillo de... qué? ¿Qué has dicho franchute de mierda? ¿Fillo de qué me ha llamado este tipo, jefe?

– Guapo, te ha llamado guapo, pero en la lengua de Camoens, idiota.

Una grácil botella, de perfil alsaciano, y las mañas de los gañanes, que jugaban conmigo a ser los socorristas de la dehesa, me sacaron del último hoyo cuando ya había comenzado a caer la tierra sobre mi pelo. Mucho más jabonero en mugre que nunca.

Al descubrir con sorpresa que ya no mamaba, los vaqueros bajaron de los caballos y, sin preguntarme por los motivos de mi huelga de hambre, intentaron darme leche con una cuba. Yo opuse las pocas y menguadas fuerzas que para entonces tenía, convencido de que en el cubo jamás habría leche de bravo. E incluso que tampoco habría leche de vaca. Ni siquiera mansa. Temía que pretendieran cebarme con leche americana. Con polvos disueltos en agua tibia. Un caldo lleno de pompas y grumos que me inundaría la barriga con el recuerdo de otras hambres, por pretéritas no menos dolorosas.

Ofuscados por la firmeza de mi rechazo, los vaqueros recurrieron entonces a una botella de largo cuello en la que la leche parecía un tónico verde. Mientras uno metía sus dedos en mi nariz y me giraba el pescuezo, llevándome la cara hacia lo alto, otro me introducía el gollete hasta el fondo de la garganta. A la fuerza. Me

vaciaban la botella en el gaznate, poniéndome en la disyuntiva de tener que morir asfixiado por respirar la leche o envenenado por tragármela.

Aliviadas las primeras dudas, elegí el veneno por entender que, siendo más lento, tendría unos días de plazo para descubrir quién era el jefe de aquella banda de homicidas y cuatrerros que con tanta violencia ahogaban mi orgullo en biberones de dudosa procedencia. En la siguiente reencarnación, quizás le tocara a él desempeñar el papel de becerro y a mí el de mayoral. Ese día se iba a enterar ese desalmado lo que es mamar sin ganas, por una botella y a puro morro. Poco más podía esperar de aquellas desagradables cebas.

Las pesquisas resultaron, como ya he dicho, infructuosas, pero me ocuparon tanto tiempo que cuando las mulillas vinieron a por mí ya nadaba yo en kilos y tuvieron que irse de vacío.

SEXTA-FEIRA

La hierba siempre sabe mal. Lo tengo archicontrastado. La hierba sólo sabe a hierba. Si lo sabré yo. Lo mismo da que te la comas a cuatro patas que con cuchillo y tenedor. Hay hierbas que son amargas, otras son ácidas; algunas resultan picantes; muchas, astringentes. Las he comido dulces y también mentoladas. Las hay suaves, ásperas, aromáticas, con sabor a caucho, fétidas, jugosas y auténticos palitroques. Incluso cáusticas y narcóticas. Casi todas dan ardores. Jamás las encontré saladas. La sapidez de muchas de ellas mejora cuando llegan a la boca adobadas con unos granos de tierra seca. Y no digamos si te queda aún en la lengua un poco de sal gorda recién repartida por los vaqueros.

La sapidez de la hierba cambia según avanza el día. La helada la hace insípida. El rocío, en cambio, le proporciona cierta acidez. El calor del sol le da cuerpo y pastosidad. En la cuesta arriba de la tarde resulta más carnosa.

No es lo mismo comerla en los últimos días del invierno, cuando acaba de brotar, que con los primeros calores del verano, época en la que habrá alcanzado la plena madurez. Según avanza el año, las yerbas ganan en fibras y taninos, perdiendo jugos y frescura.

La hierba seca es para cuando no hay otro remedio. El estómago carece de paladar. No entiende las sutilezas del sabor. Es una vieja máquina de trillar programada en código binario: lleno o vacío. Nada más. No conoce otro lenguaje y te devorará, si no aplacas el rugido de sus ruedas dentadas aunque tengas que llevarte a la boca estropajo en rama o un mechón de agujas muertas. El pasto es el tasajo del campo. Más seco y de menor gusto que la mojama, pero nunca tan abrasivo como la paja de cebada. Aún es peor la de garbanzo. Y no digamos ya el bálago de centeno, que casi le gana al ramón de encina: lana de espinos. En cambio, el forraje que retazas a diente es una delicia. Su aroma de tallos frescos recién mordidos es inolvidable. Muy persistente. Un río de fragancias cristalinas que brota desde la alborada y se acrecienta en el ocaso. Hay chispa, pureza y vivacidad en el bocado que cortas y engulles sin pararte a saborearlo. Después, en la rumia, cuando ya se ha macerado con los primeros jugos gástricos, que le dan amargura y viscosidad, resulta, para mi gusto, menos agradable. Mas, uno termina acostumbrándose a todo.

La rumia es consustancial al vacuno. Como andar a cuatro patas o espantarse las moscas con el rabo. Algo natural. Te sale sin proponértelo. No hay que esforzarse para que la hierba te vuelva a la boca, dispuesta para ser triturada, mientras descansas tumbado sobre las rodillas,

el pecho y un cuadril. Rumiar es tan fácil como mover las orejas, doblar las manos o mosquear. Algo automático. Nunca lo hubiese imaginado, pero es así.

Como crítico taurino de La Prensa de Madrid no le encuentras explicación al hecho de comer primero y masticar después. Como cofrade de la hermandad gastronómica radicada en la madrileña Taberna del Alabardero, a la que tantas veces fui con Marisa, allá por las troneras que comunican la Plaza de Oriente y la de Opera, consideras nauseabundo que te vuelva a la boca el contenido del estómago y que, además, debas mascararlo con aparente delectación durante horas para tragarlo otra vez. Sin embargo, como rumiante que eres, no le das importancia alguna. Realmente no la tiene.

Si lo cuento ahora es para cumplir mi compromiso de no dejar en el tintero ni el más mínimo detalle de mi desventura. Bien sé que nadie llega a héroe por haber mascado hierba a la sombra de una encina. Eso puede pasarle a cualquiera el día menos pensado. No tiene valor alguno. Aunque haya santos en las peanas que hicieron menos méritos para entrar en los carteles de la gloria.

Ni siquiera ponerse por primera vez a comer verde en crudo, por más que no sepa a escarolas de Aranjuez ni haya sido aliñado con vinagre de Módena, exige una determinación especial. Carece de cualquier merecimiento. Tú estás en el campo. Tienes hambre y los vaqueros, que están aburridos de prepararte biberones, te acercan a los bellos un manojo de carretón recién retazado con sus propias manos. Huele bien. Parece tierno. Estirar la lengua y llevarte unas briznas de esa hierba

a la boca será suficiente motivo para que te den por alistado en la legión de los herbívoros. Como voluntario. A parir de ahí, o comes o revientas para adentro. Tú eliges.

Comer es sin duda menos doloroso. Por eso comí. Primero solo, en la corraleta, y más tarde en campo abierto. Algunos días después, tal vez cuando habían transcurrido dos o tres semanas, los vaqueros me acercaron al batallón de los añojos. Durante las primeras jornadas me mantuve esquinado del grupo, lo mismo que si hubiera sido confinado en los arrabales de la familia por un tribunal gitano. Poco a poco conseguí llegar al centro del hato. Allí conocí a la mayoría de mis compañeros de promoción. Sin embargo, no pude evitar el reencontrarme con el caimán, mulato, calcetero, bragao y listón del muy mellizo. Lo reconocí inmediatamente. Estaba más gordo que el niño del Vitarroz. Redondo como un puerco al final de la montanera. Tenía suficientes arrobas no sólo para romper plaza en Bilbao, sino para abastecer de tocino sin veta a todas las carnicerías de la capital vizcaína. Seguía tan cerdo como siempre, pero con muchas más arrobas.

Mi madre, en cambio, estaba sequita. Más que cárdena, bocinera y ojalada, parecía una pavesa. La crisálida huera de un insecto que hubiese gastado la mayor parte de sus energías en el desarrollo de un velamen desproporcionado para sus fuerzas. Estaba más veleta, más asufina y más cornalona que nunca. La bicorne peineta que coronaba su testuz me pareció mucho más un producto de su extrema debilidad que la exaltación de su antiguo cuajo. Pobre madre mía, ¡qué arboladura tan disparata-

da! Se había quedado en simple caricatura de la que me parió.

En un descuido del caimán pude acercarme a ella y creo que la pobrecita me reconoció. No había preguntas ni reproches en la entonación de sus mugidos. Sólo sorpresa y afecto. Si no me dejó arrimarme a sus flacos pezones, no fue por falta de cariño, sino por el terror que debía de causarle la posibilidad de que el mellizo de raspipardo pelaje nos descubriera en pleno arrebató de ternura y decidiera acuchillarnos allí mismo.

El muy mulato sacó el hocico de la hierba y mi madre se encogió, terminando de convencerme de que no merecía la pena iniciar una guerra entre hermanos por aquella piltrafa de pezones saqueados. A fin de cuentas, no hay mejor madre que la libertad ni ubre más fecunda que el campo cubierto de hierbas. Ufano de mi orfandad, bajé los ojos al mantel y puse remedio a mis males con primorosos bocados de unas alfileteras todavía en agraz.

Tan entregado estaba a mi destino por aquellos días que hasta olvidé la principal obligación de todo prisionero: la huida. Ya no pedía amparo a los vaqueros ni corría de las vacas. Al contrario, disfrutaba de su imponente presencia y me entretenía identificándolas por los rasgos de sus capas o la forma de sus cuernas: la Bizca, Cuernorroto, la Careta, Lomillana, la Chica, Piesdeplata, la Aceitera, Culobonito, la Corza, Tripagorda, la Vieja... Cada una de ellas tenía su nombre y su propia historia.

Disfrutaba, además, de mis compañeros de camada. En los becerretes encontré siempre generosos camara-

das de juegos, con la única excepción del caimán gordo, marrajo para el que nunca hubo juego digno de prestarle atención sin que mediara una ganancia certera.

Mi integración en la manada fue tan profunda que hasta dejé de hurgarme en las narices, como había hecho millones de veces, para propiciar un estornudo salvador que me arrojara al mundo de los bípedos. Tampoco me buscaba ya en las heces ni en los charquitos de orina.

Las deposiciones habían dejado de interesarme como herramienta fundamental de mi plan de fuga. Por un ascenso de categoría, los orines y la porquería se habían convertido en fuentes de placer.

La vida en el campo también tiene sus ventajas y no es una de las menores la posibilidad de mear y cagar justo en el momento y en el sitio en el que te aprietan las ganas. Además, la anatomía del toro está pensada para aliviarse a su gusto. Se acabaron las angustias de no encontrar un aseo o de encontrarlo ocupado. Olvídate del tormento que supone llegar a la taza del inodoro —el que le puso el nombre o era un cachondo o estaba constipado—, al cuarto de baño, digo, vulgo retrete o letrina, con el miembro viril en la mano apuntando a la escayola del techo y sin que haya forma humana de convencerle para que dispare hacia abajo.

Cuando el cuerpo te pide una lluvia de fuegos artificiales, la buena educación te impone que aciertes con el ojo rastrero del falso mingitorio y, además, en un chorro moncorde. Para no dejarlo todo perdido con las salpicaduras. La exigencia es ciertamente inhumana.

La moderna arquitectura no tiene en cuenta la altura

de miras de las necesidades propias del varón todavía en edad de ejercer el cargo. Los arquitectos sufrirán de encalabrinamiento, pero jamás se alzarán en armas contra los cielos rasos. O, al menos, nunca en las casas que ellos mismos dibujan. Serán de natural cabizbajos o estangúrricos inconsolables. Además de insolidarios. No diseñan casas, las complican. Siempre tienen los planos de sus criaturas en la mano, pero al parecer nadie les enseña a respetar los planos del hombre. Es lo más probable.

Desde luego, se rinden con demasiada frecuencia a ese inhumano rufián, armado con un poderoso lápiz rojo o amarillo, al que llaman promotor.

Los domésticos cuartos de baño de las viviendas actuales sí parecen estar diseñados para cubrir las necesidades de las mujeres, que en esto también van por delante, pero constituyen auténticos centros de tortura para el macho poseído de su hombría. Los aseos son feministas. Radicales, además. En mis propias carnes he sufrido su cerrazón, tanto antes como después de andar a cuatro patas.

En cambio, el campo ofrece grandes comodidades. Para machos y para hembras. Es muy considerado. Sin discriminaciones por especie, edad, color, sexo o particulares inclinaciones etológicas.

— Lo cuento porque lo he vivido.

(Los ojos del confuso refulgieron con el vigor del profeta que le revela una verdad al mundo.)

En la dehesa, la boca del cañón siempre está sobre la diana y nunca fallas. Aunque nadie te exija que aciertes. Ni siquiera debes desenfundar para desbeber. Lo que en

los días fríos, o de especial pereza, no es facilidad despreciable.

Las deposiciones pueden realizarse en plena marcha. E incluso a la carrera. Y, encima, no hay que tirar de la cadena ni pasar la escobilla.

Te duchas cuando llueve, o si te fumigan para ahuyentar a las garrapatas. Si necesitas lavarte los bajos, la ausencia de bidé en la dehesa no es un problema: el abrevadero está a tu disposición.

Ni siquiera el tábano es lo que parece. Tiene sus días y hasta sus horas, pero no es tanto como dicen. Por si fuera poco, el campo huele a tomillos, a mastranto, a flores de todos los aromas imaginables. Y tiene una ventilación insuperable, aunque carezca de ventanas.

– “¿Cómo se garantiza la salubridad de la hierba?”, se preguntará usted.

(El confuso había decidido cambiar el ritmo de su arrancada con la intención de sacar al terapeuta del callejón del silencio.)

– Muy fácil. Por autorregeneración, amigo mío.

(Se contestó inmediatamente el interrogador, sin darle tiempo al especialista para que hilvanase su propia respuesta.)

La naturaleza tiene solución para todas sus deposiciones. El campo es una lavadora incansable de sus propias basuras. Come y excreta, excreta y come. Es el círculo de la perfección.

La depuración es constante. Cualquier inmundicia vuelve a ser agua y nitrógeno antes, incluso, de haber exhalado la última partícula de olor. Las moscas y los escarabajos peloteros lo saben y se apresuran a tomar lo

que necesitan, adelantándose al galope de los duendecillos del jabón que, muy pronto, lo dejarán todo más limpio que un jaspe.

Lo que no digiere el campo es la mugre ajena, los detritus urbanos, la cochambre industrial. Contra latas, plásticos y alambres se rebela. Sólo claudica al cabo de los siglos. Le asiste toda la razón del mundo, desde luego. Allá cada uno con sus mierdas.

La naturaleza es tan sabia que ha colocado la boca de los toros muy por delante de sus mecanismos excretores. De este modo, no hay peligro de que se mezclen los aromas.

— Sin duda usted está preguntándose qué ocurre con los rezagados. Nada. No ocurre nada. ¡La retaguardia que espabile! El que vaya detrás que arree y deje de pastar a la nazarena, que ¡ancha es Castilla!

A pesar de ese generoso carácter unisex de que hacen gala los campos, en las ganaderías de bravo se practica una rigurosa política de segregación. Por edades, por encastes y, sobre todo, por sexos.

El becerro, que llega al mundo rodeado de vacas, es separado de las hembras poco después del destete. La mayoría no vuelve a ver una teta en su vida, por más que algún adelantado eluda la vigilancia de los centinelas o salte una cerca para atender el ofrecimiento de una vaca machorra que se muestra receptiva fuera de temporada, o de una becerra que alcanza con inesperada precocidad su primer celo.

Estas alegrías clandestinas se dan en las mejores ganaderías, pero no son frecuentes, desde luego. Generalmente ocurre lo contrario. La vaca llega virgen

al casamiento y el torito, tan célibe que incluso termina olvidándose de su madre, de sus tías, de sus vecinas y de todas aquellas amigas con las que compartió juegos sexuales en la alfombra inocente de los carretones.

Algunos cornúpetas hasta se ganan la plaza como sementales sin llegar a sospechar qué se espera en realidad de ellos. Están convencidos de que en el mundo sólo hay toros de pelo en pecho y ciertos novillos complacientes con los que se acostumbra a matar esas extrañas ansias que te bajan por las patas cuando menos lo esperas.

Estos astados maricones, que se dejan montar en el campo por los demás varones de su pandilla, pueden resultar luego bravísimos en la plaza; que una cosa es atender complacido los requerimientos salvajes del macho ancestral y otra muy distinta derretirse de gusto con las invitaciones de un extraño figurín disfrazado de bailarina.

El toro es un guerrero y un monje, y la abstinencia sexual, si no fortalece sus carnes, al menos evita que caiga en la molicie. Además de quitarle muchos quebraderos de cabeza. Lo que no es grano de anís. Quien ha sido obligado a vivir la vida por sí mismo sabe bien que no es poca ganancia el no perder.

¿Con qué ganas de pelea saldría a la plaza un toro al que las vacas de su hato, seguidas por las últimas crías colgando de sus ubres, acabarían de hacerle las enésimas recomendaciones sobre la forma en que debe arrancarse de largo a los caballos o entrarle al trapo? Muchos toros de tronío desertarían en el mismo túnel de toriles, incapaces de resistir la conseja de la familia.

En cambio, los machos no atosigan tanto al que va a pelear por su vida. Son más reservados. No dan consejos. Confían en que el compañero dará en el ruedo todo lo que buenamente pueda. En la hora de su combate y de su consagración como bravo, éste es el mejor favor que pueden hacerle.

Otra de las grandes ventajas que ofrece el vivir al aire libre es la inmediata solución de problemas como el de la vivienda. Ni te hipotecas ni pagas comunidad ni alquiler ni tampoco se estropea el ascensor o se inunda la cochera. Duermes allí donde te coge la noche. Justo donde tienes la querencia estiras la jalda. Si alguien te molesta con sus ruidos, te vas. No hay problemas. La cama siempre está lista. Puedes echarte donde quieras. El campo es tu jergón y la noche tu manta.

Sólo en las jornadas de mucho frío conviene taparse del Norte y buscar una resolana orientada a los aires sureños. Pero eso ocurre muy pocos días al año. La mayor parte de las veces te apetece el relente.

Con las necesidades más perentorias suficientemente cubiertas, puedes dedicar tu tiempo a cuidar de ti mismo. Una gloria, ya lo sé. Haces un poco de ejercicio, corriendo ante los cascós de las motocicletas, para fortalecer los músculos y las articulaciones, en la confianza de poder evitar luego el penoso espectáculo de las caídas en el ruedo. Sigues la tabla de flexiones recomendada por el mayoral. Doblas reiteradamente el cuello. Izquierda, derecha. Derecha, izquierda. Arriba, abajo. Un, dos. Un, dos. Esforzándote. Es importantísimo fortalecer el pescuezo y darle movilidad. De su cimbra depende en gran medida que la lidia resulte un ejercicio de elegancia. No

es lo mismo encontrarse en el ruedo con un toro correctamente articulado, que torear a un adoquín con cuernos.

Aunque parezca un simple entretenimiento, medir tus fuerzas con los demás compañeros —a excepción del comeubres, lógicamente— resulta muy útil. Acrecienta tu destreza. Te da confianza. Fortalece los vínculos entre los integrantes de la piara. En ocasiones, también permite ascender peldaños en la consideración de la camada.

Concluida la gimnasia, te lames el lomo dándole lustre al pelo, y quedas como un figurín recién peinado que saldría inmediatamente a buscar novia si el maricón no estuviera tan a la mano.

Un día, cuando ya casi habías olvidado que fuiste un hombre —precisamente Andresino Tránsito Corrales, al que nadie pudo señalar con el dedo durante 53 años— te despiertas con cierta tirantez en la testuz. Algo raro te ocurre. ¿Qué será? Acercas la cabeza a las aguas del charcón y ¿qué te cuentan? Que has empezado a apitonar. Acabas de entrar en la adolescencia del toro. ¿Quién te coronó la testa con ese par de espinas? ¿Ella o la otra? ¿Marisa o Adela? ¡Qué más da! Tenías tan asumida tu condición de cornúpeta que ni te lo esperabas ya.

Doler, duele, ¿para qué negarlo? Los ayes te salen de muy adentro. Pero por encima de todo preocupa. Inquieta. El ojo de las púas es una herida que no volverá a cerrarse. El que echa arboladura debe hacerse a la idea de que le han nacido mellizos. Ya no volverá a dormir tranquilo.

Si, lamentablemente, el becerrete sabe valorar las defensas, distinguiendo entre cuernos abrochados y pla-

veros, veletos y cornillanos, gachos y cornivueltos, mogones y cornicortos, astillados y escobillados, astifinos y cornigordos; si, asimismo, ha dejado por escrito en La Prensa que la geometría del toro bravo empieza en el pitón izquierdo y termina en el derecho y que todo lo demás son ganas de hinchar el perro; si, encima, ha exigido públicamente una y mil veces que, en vez de arreglarlos y llevarlos a las plazas de segunda, sean enviados al matadero —previo pago de la correspondiente subvención— aquellos cornúpetas que sufran lesiones fortuitas en las astas, y que, de igual modo, con el mayor mimo y diligencia, se deposite a los pies de las más altas buitreras a quienes sientan siquiera la tentación de profanar la integridad del tótem patrio; en fin, si amén de haber denostado y zaherido y machacado a cada figurón que se viste de luces parapetado en la barbería del muelle, y a cuanto empresario reniega de la decencia y abraza la fe del latrocinio con tal de llenar el bolsillo, y a tanto ganadero arrodillado bajo el cáncer que carcome el corazón de la fiesta; si además, digo, te precias de haber sido Andrés Tránsito Corrales, circunstancialmente alistado en el regimiento de los chotos, apitonar no es una tragedia. No. Ni mucho menos. Es parir las muelas del juicio por los costados de la frente. Es desenvainar dos espadas por las sienes y profesar como aprendiz de penitente en la real cofradía de la bravura. Y para siempre, porque eso ya no hay médico ni veterinario que lo opere.

Es necesario vivirlo en carne propia para conocer toda la dimensión de un par de cuernos. Nadie puede imaginarse lo mucho que desazona el apitonamiento hasta que el implacable pájaro de la púa le abre las car-

nes para salir del cascarón y ponerse a piar, a voz en grito, desde lo más alto de la cabeza.

Y si encima de criar cuernos la prudencia te obliga a cuidarlos, para que alcancen robustez y hermosura, ni le cuento lo que se padece. Más de un macho de bandera, que hubiese emulado al mismísimo Jaquetón del cura Solís, terminó sus días en un festejo pueblerino, por diestro, zurdo, brocho, gacho o cubeto.

Lo sé de primera mano. Los cuernos precisan de un cuido y de una atención si quieres disfrutar de una arboladura respetable. En caso contrario, pesan más de lo que rinden.

Sí, cuando todavía están naciendo, topas con el primero que se te pone delante o te los rascas en cualquier encina, puedes concluir el viaje una madrugada de San Juan en Coria, perdido en un laberinto de calles medievales, con más alfilerillos en el lomo que el accerico de la abuela Sinforosa. O, lo que es aún peor, ensogao en un pueblo del norte, arrastrado por los mozos hasta el patíbulo. E incluso echando chispas por las puntas, pescando mariposas de la luz, en el Levante. Más de uno terminó la carrera enchiquerado en el despacho de la Alcaldía por no cuidar sus defensas.

Es más, todavía hay pueblos en los que no ha decaído la bárbara costumbre de arrojar por un precipicio a mogones y cornipasos, como hacían aquellas madres espartanas que, durante siglos, despeñaron a los hijos que les nacían mancos, ciegos, cojos o contrahechos arrojándolos desde las cumbres del monte Taigeto, allá en el Peloponeso, que es un sitio de mucho tránsito según enseñan los libros de texto.

En la diaria batalla por alcanzar la gloria, no hay espacio para los dignos de lástima. Ni en la Grecia clásica ni tampoco aquí.

Unos buenos cuernos dan renombre y abren las mejores plazas. Los rotos, descascarillados, de poca pala, retuertos y deslucidos rompen las carnes causando tanto o más disgusto que los de marca, pero, además, obstaculizan el camino hacia las alturas. No hablo de oídas. El que avisa no es traidor.

Para tener cuernos bonitos hay que mimarlos diariamente. Con aplicación y paciencia. Siempre habrá algún portento de la naturaleza que apitone sin vocación ni mérito. Los maulas cunden mucho. No falta, incluso, quien jamás llega a tomar clara conciencia de lo que lleva encima. Pero son los menos. La cuerna de buena hechura es para quien se la trabaja.

Sala de curas, madrugada adelante

– Ya está, amigo. Deje de quejarse, que aunque una mujer le haya abierto las carnes, de semejante bajonazo no se morirá salvo que alguien le ayude.

El Doctor termina de enjugarse las manos y comienza a recoger el instrumental, depositándolo con cuidado en una bolsa de cuero muy sobado. Culimbra no le había visto antes. Tampoco esperaba que una banda de delincuentes le trajera el médico a casa después de atacarle y matar a su gato. Y menos aún, a un doctor tan extraño. Cualquiera se lo imaginaría como un hombre escurrido de carnes, con muchos años y poca vista, más calvo que canoso, al que un día ya lejano sus colegas expulsaron del Colegio de Médicos por algún crimen abominable contra el juramento hipocrático. Nada más lejos de la realidad. El Doctor es un hombre atractivo, con aire de antiguo galán cinematográfico, maduro, pero no viejo, con unos ojos expresivos y, gracias a la moderna cosmética, con el pelo más negro que el betún.

Es un buen médico. Sus colegas lo saben y los pacientes lo intuyen. Pero también es un empedernido jugador

de cartas. Durante años, desde la adolescencia, casi siempre fue el último en levantarse de la mesa de juego. Ganó dinero, joyas, automóviles, fincas. A cambio de perder algún amigo, la suerte le dio tanto que hasta se ganó el respeto de los enemigos. En los últimos minutos de la madrugada, cuando se quedaba a solas, cara a cara, con el desgraciado que, en un desesperado intento por recuperar lo perdido, terminaba en pelotas, el doctor se mostraba generoso y acostumbraba a darle una última oportunidad.

– Apuesto todo lo que has perdido esta noche, contra la llave de tu casa.

– ¿Mi casa? ¡Qué dices! No puedo jugarme la casa. Es lo único que me queda.

– No quiero tu casa. No me interesa. Tengo varias y todas son mejores que la tuya. Sólo quiero la llave.

– ¿Para qué?

– La llave y que te vayas de Madrid una semana.

– Pero...

– No hay peros. Te ofrezco esta última oportunidad. A la carta más alta. La tomas o la dejas.

Más que con la ira o con las dudas del oponente, el Doctor disfrutaba con su propio miedo, con la posibilidad de que el ofendido no pudiese resistir una vuelta más en el torniquete de la humillación y, antes de echar cuernos, sacase un revólver o se lanzase sobre él para apretarle el cuello hasta la estrangulación. El Doctor siempre necesitó saborear la vida hasta la confusión de los límites.

– Tú primero.

– Como prefieras... El ocho de picas. Te toca.

El Doctor mostraba la carta —el ocho de picas—, y se complacía en continuar diseccionando los gestos del contrario, aquilatando su grado de ansiedad, sondeando la hondura de su turbación, acechando el momento exacto en el que la mano del miedo a terminar cornudo, además de apaleado, le abría los grifos de la adrenalina desatándole una galerna de hiel en el corazón, hinchándole las pupilas y resbalando por su piel en gotas de sudor frío, casi inhumano.

— Vamos, vamos... Un caballo, un caballo...

— Tómate tu tiempo. No hay prisas. Vuelve a soplarte los dedos si eso te ayuda. Te juegas mucho y...

— Quieres callarte, ¿coño!

— ...y te comprendo. Desde luego que sí. Estoy totalmente de tu parte.

— ¡Nueve, es un nueve, un nueve! El nueve de diamantes. ¡El nueve! ¡Lo sabía, lo sabía!

— Bueno, ¡qué se le va a hacer! La noche no desea que beba en su ombligo el último trago.

Perder esta última mano le resultaba a veces un consuelo al Doctor. Ganarla podía llegar a ser una frustración a la que él en ocasiones le ponía reparo.

— He ganado. La llave, por favor.

— ¡Maldita!...

— No maldigas. Dame la llave. Son lances del juego. Hoy gano yo, mañana puedes ganar tú. Es ley de vida. Cumple como el caballero que eres y dame la llave. ¡Ah!, y no temas: seré una tumba. Nadie notará que estás fuera de casa. Nadie...

— ¿No tendrás la desfachatez?...

— Sí, sí la tengo. Es mi destino. Y además, como pue-

des ver, también tengo una pistola. Para los que tienen mal perder, como tú. Así que deja de hacer tonterías. Pon la llave sobre la mesa y no te muevas, que no eres el primero ni serás tampoco el último marido que se quita del medio durante unos días.

– Te acordarás de esto.

– Espero que sí. Supongo que tu casa será confortable y estaré perfectamente atendido por tu esposa. Dame la cartera. Con cuidado, con mucho cuidado. Vamos, dámela... Así..., buen chico.

– ¿No es suficiente con lo que te llevas? ¿Qué más quieres? No tengo un duro. No me has dejado dinero ni para un taxi.

– Aquí está. La fotografía. Esto es lo que quiero. ¿Es ella? ¿Es esta tu mujer?

– Sí, es ella.

– Pues sabes lo que te digo,... ¡que te la regalo! Ya no la quiero. Vuelve a ser tuya. Toma la llave y... vente conmigo, que te invito a la última copa. A ver si se te quita esa cara de miedo, de caguetilla..., que no aguantas una broma. Límpiate el culo, hombre de Dios, límpiatelo. Si pudieras mirarte al espejo. ¡Qué cara has puesto, joder, qué cara!

Desarmado por la invitación del vencedor y por el poderío de su risa, el humillado no sabía si llorar o reír, hasta que por fin reaccionaba intuyendo que aún podría recuperar lo perdido.

– Una broma, era una broma... ¡Qué mamonazo estás hecho, pero qué mamón! ¡La llave o nada! ¡Qué tío! Pero, oye, ¿y mi dinero?

– ¡Ah!, no querido. Eso no puede ser. El póker es sagrado. Lo perdido, perdido está.

— Pero es una fortuna. Esto no puede acabar así, no es real, es una alucinación...

— Ya, ya. Lo siento, pasa a veces. Pero no te hagas ilusiones, la pistola no es de juguete ¿sabes?

El Doctor fue un buen jugador, muy bueno, pero un día entró en el callejón de la mala racha y todavía no ha podido salir de él. Sus ocasionales compañeros de partida no lo ignoran. La suerte es enamoradiza, ya se sabe. El Doctor empezó perdiendo las grandes cantidades que le gustaba llevar encima, luego se quedó sin lo que otras veces había ganado con enorme facilidad y, más tarde, cuando intentaba recuperarse de aquellas desavenencias con la fortuna, perdió lo que jamás había llegado a ganar. El terror de los tapetes pasó de ser un reputado médico, con plaza fija en el Sanatorio de la Virgen de Loreto y consulta particular en un distinguido barrio de Madrid, a un proscrito con deudas de juego. Con promesas, favores y engaños, el Doctor reunió el dinero que necesitaba y pagó, decidido a recuperar su honor apartándose para siempre del campo de batalla. Un día volvió a tener una jugada ganadora y esto le perdió definitivamente. El amanecer le sorprendió con cuatro jotas en la mano y más billetes en el redondel de los que había soñado tener nunca. Al otro lado de la mesa, un hombre se fumaba las esquinas del tiempo. Hacía horas que estaba allí, pero parecía encontrarse al otro lado del mundo. Llevaba toda la noche apostando fortunas y perdiéndolas, en silencio, sin una exclamación de contrariedad. Jamás tocó el dinero. Un guardaespaldas lo hacía por él.

— Mi resto.

El Doctor sondea los ojos sin fondo de su contrincan-

te y amontona en el centro del tapete hasta la última moneda del capital que ha reunido a lo largo de la partida. El hombre del cigarrillo no parpadea. Tampoco habla. Hace tiempo que cerró el abanico de naipes y cubre todas las apuestas que se le hacen sin mover ni un músculo. Su ayudante abre una maleta y comienza a sacar fajos. Son billetes nunca usados, invitaciones a la codicia, paraísos terrenales con olor a tinta fresca.

El Doctor vuelve a mirar sus cuatro jotas. La de picas, la de corazones, la de diamantes y la de trébol. Cuatro jotas como cuatro soles, cuatro. Y están aquí en sus manos, prendidas a sus dedos, navegando por sus ojos. Cuatro jotas, cuatro. Las cuenta como si necesitara convencerse de que tiene un verdadero póker, un arma mortífera, la solución definitiva para todos sus problemas.

– Veo que está muy seguro de sus posibilidades. Permítame un último intento para hacerle desistir. El único bien que todavía no he puesto sobre el tapete es mi profesión, mi título de doctor en Medicina.

– ¿Cuánto vale?

Aún no ha terminado el Doctor de ponerle precio a su libertad profesional, cuando ya están saliendo de la maleta los fajos del dinero nuevo que cubrirá la apuesta. En la mesa no hay una fortuna, sino una escalera de billetes hasta el cielo.

– Póker de jotas.

El Doctor sostiene durante unos instantes la mirada de su adversario que apura el cigarrillo. Sonríe el médico y lentamente hunde sus dedos hambrientos en la pirámide del dinero. Ya la arrastra hacia sí cuando un foganazo seco le abre las venas.

– Cuatro caballos.

El hombre del cigarrillo ha desplegado la hoja semicircular de sus cuatro cartas fulminando la sonrisa del Doctor.

– ¿Cuatro... caballos? No es verdad. No puede ser.

– Lo es, sin duda, y le ruego que mida sus comentarios.

– ¡Dios mío!, póker de caballos, póker... Otra vez la ruina, otra vez.

– Son lances del juego, amigo. Las cartas, usted que es médico ya lo sabe, no tienen corazón.

El hombre del cigarrillo se levanta de la mesa y abandona la sala, dejando en ella a su guardaespaldas que coloca el dinero en la maleta, y al Doctor que juega con los naipes sin darle crédito a sus ojos. Los demás compañeros de partida se van levantando, en silencio o haciendo comentarios que nada tienen que ver con el duelo que acaban de presenciar. Uno de ellos le pasa la mano por la espalda. El Doctor hubiera agradecido el gesto, pero ni siquiera se ha dado cuenta. En sus ojos se atropellan las diferentes fases de la partida. Han sido muchas horas de juego. “Barajas tú”. “Corta”. “Sirvo”. “Descartes”. “Tres”. “Dos”. “Servido”. “Abro con 250”. “Voy”. “Yo no”. “Tus 250 y 500.000 más”. “Las veo”. “Paso”. “Aquí hay mucha prudencia”. “El miedo es libre”. El guardaespaldas termina de embalar el dinero, cierra la maleta y abandona el local arrastrando un carrillo de millones.

Aquel día el Doctor perdió el derecho a poner su deontología profesional por encima del oficio. El nombre lo perdería poco después, cuando logró asumir que

estaba condenado a muerte y empezó a tapar con gasas y esparadrapo algunas de las heridas más buscadas por la Policía. Desde entonces, hasta alguna gente que nunca le ha visto le llama simplemente 'el Doctor'.

Ezaquiel Culimbra no le conocía, pero sí había oído hablar de él.

– Doctor, ¿es grave?

– Tranquilo, amigo, tranquilo. La muerte es una profesión muy seria: no actúa en cualquier plaza.

Culimbra se palpa el vientre fajado por las vendas mientras el médico abandona el dormitorio.

– Ahí os dejo a la víctima, fuera de todo peligro, para que podáis rematarla con tranquilidad.

Al oírle, el herido intenta incorporarse sobre la cama para buscar sus gafas y seguir el rastro de la voz del sanamuerto, que se aleja hacia la puerta de la oficina, pero Culimbra sucumbe a la fiereza de dos zapatos que le machacan los hombros desnudos hundiéndole en el colchón. Los dos angelitos de la guarda que custodian su cama han asistido a la dolorosa operación de cura sin decir ni una palabra.

Mucho más que las heridas del desvirgamiento craneal atormenta la incertidumbre sobre sus consecuencias. Semanas o tal vez meses llevaba yo ensimismado, mirándome las púas en el agua y en la sombra, vigilando diariamente su crecimiento, examinando el reflejo de su grosor y de la curvatura, la altura del arranque y la inclinación de la pala, cuando, sin saber el cómo ni el porqué, me sorprendí encalejonao por los caballos en la manga cortijera. Algunos cabestros, las vacas paridas y el resto de los añejos compartían mi paso.

Por la hora de la procesión, por el itinerario y, sobre todo, por la cara de los civiles que nos vigilaban, imaginé que el día del herradero había llegado. El terror hizo que temblara todo mi cuerpo. Me sentía brutal y gozosamente emboscado en un destino inevitable. Como esos jóvenes salvajes que pasan de la adolescencia a la madurez tras someterse a una secreta y dolorosa ceremonia iniciática ante las cámaras de la televisión, que confeccionan otro de esos grandes documentales en los que un blanco, embotellado en explorador y aparentemente experto en todo tipo de cuestiones aborígenes, explica secretos que sólo conocen los ancianos de la tribu.

Según avanzaban los vaqueros y se estrechaba la manga, parecían más horrendas y amenazadoras las estacas de la empalizada. Colmillos retorcidos, cadáveres de pie hincados en la tierra, hambrientas bayonetas encargadas de guardar las inciertas lindes de la inocencia. Me recordó al costillar de un gigante descoyuntado que emergía desde el más allá para cobrarse un tributo de sangre adolescente.

Caminar sobre la lengua de un saurio prehistórico me hubiese resultado más tranquilizador que hacerlo entre aquellas fauces, armadas con doble hilera de afilados puntales y alambres herrumbrados.

Mientras andábamos, cada becerrete se acercó más a su madre, en solicitud de amparo ante lo desconocido. No era mi caso. Yo ya no tenía madre a la que poder arriarme. Y, además, no sólo no me sorprendía el extraño proceder de los vaqueros y de la parada de cabestros, sino que conocía perfectamente lo que nos esperaba al final de las estacas.

Sentía verdadero espanto. Después de haber derrochado tantas fuerzas en la búsqueda del hierro de la ganadería, iba a tenerlo dentro de poco encima del cuadril. Al rojo vivo. Me escapé por el meato. Clamé a los Cielos mi desesperación. Volví la cabeza y quise dar pie a una estampida general que los vaqueros de las motocicletas tordas, pías y alazanas no consintieron.

Azuzado por la impenetrable falange alejandrina que componían los garrochistas, siempre enchupados de plata demasiado nueva y de cuero bastante raído, di los últimos pasos hacia el tormento y me encomendé con todo mi corazón a la Divina Providencia, suplicándole

que, al menos, repartiera entre mis hermanos de camada la derrama de martirio que me correspondiese a mí.

A fin de cuentas, ellos caminaban confiados hacia el suplicio. Ajenos en su ignorancia a lo que nos esperaba. A la Lucera, al Biencuadrao, a Piesdenácar, al Ciervo y a todos los demás compañeros y compañeras de camada, los hierros sólo les comerían las carnes. En cambio yo conocía perfectamente el protocolo del herradero y me encontraba ya inmerso en la angustia de la tortura. El conocimiento devoraba mi ánimo con más ardor que cualquier herraje. La antesala del patíbulo destruye más al reo condenado a muerte que la propia ejecución. Lo sé desde entonces.

Como casi siempre, el cielo no sólo se hizo el loco, sino que azuzó contra mí a sus garrochistas. Se calaron las viseras de los cascos de ala ancha. Afilaron las picas. Y dieron un último acelerón a sus monturas para encerrarnos en un corral. Cuando ya estaba asegurada la puerta del encerradero, los caballistas, que seguían encaramados en sus bmw, sus yamahas, sus ducatis, sus hondas, triumphs y lambrettas, espoliquearon los caballos, dieron media vuelta, y partieron hacia los campos, cuadriculando el pizarrón de la manga con bordones de humo. No faltó, como siempre que se juntan dos o más jinetes, quien hiciera el caballito en la moto. Nadie ignora que corvetear es un vicio tan irresistible a las riendas de una mediana motocicleta, como sobre el sillín de un buen caballo.

– Derramé lágrimas de alegría. Nada podía hacerme más feliz en aquellos momentos. Sus acrobacias me parecieron una puerta abierta a las calles madrileñas. Un

capote de salvación a través del tráfico. Cerré los párpados y volví los ojos a la contrabarrera de Madrid. Mi corazón estaba al final del túnel, confortado por humos y ruidos de motocicletas, pero el campo deshilacha el concierto de los motores y ahíla el perfume de la gasolina quemada. Se fueron los caballos y yo me quedé otra vez en tierra, en aquella tierra sin límites.

(Desgranaba el confuso sus esperanzas a borbotones de desaliento.)

El corral no era muy grande y, aunque los cabestros no habían llegado a traspasar las cancillas, el amasijo de madres y de rastras le daba cierto aspecto de coquera instalada en la herida del miedo.

Las apreturas duraron poco. Valiéndose de antiguas artes que rozaban la magia, los vaqueros nos separaron a los erales de las vacas, turbando aún más el corazón de los becerretes.

Jamás se ha berreado como berreé yo, desmembrado por el terror, en los vagidos previos al herradero. Ni los demás becerros en las primeras horas del forzoso destete ni todas las vacas juntas, torturadas por la presión de la leche retenida en sus ubres, ociosas a la fuerza. Nadie pudo dormir aquella noche en los corrales de la cortijada. Y menos que nadie este jabonero.

La alborada llegó presa de cierto azoramiento. Como si hubiera trasnochado y le embargase el temor a ser descubierta sin estar todavía en su puesto. El lucero de la mañana echó el cierre antes de lo habitual. Temblaba de indignación por la llantina de los destetados hijos de lo, la sacerdotisa que despertó enceladas pasiones celestiales, incluso después de haber sido convertida en vaca

para disimular frente a la irrefrenable ira de las esposas burladas.

Si mal no recuerdo, Io era una ninfa de muy buena lámina. Hija del divino río Inaco. Ejercía como sacerdotisa de Hera. Hermana y esposa de Zeus, dios que tenía cierta debilidad por las carnes blancas. De ternera. Zeus se enamoró de Io y al descubrir Hera su infidelidad, hizo lo peor: negarlo todo. Para reafirmar su inocencia, Zeus convirtió a la hermosísima Io en una vaca de sin par albura. Aun así, la ninfa mantuvo su enorme atractivo sexual. Si es que la fascinación que emanaba de sus carnes restallantes no fue incrementada. Algunos dioses de la cirugía plástica son capaces de hacer milagros. Hera, para evitar males mayores, se quedó con la novilla, como forzoso regalo de su esposo, y ordenó a un tábano de su confianza que atormentase a Io con sus puyazos.

La ninfa intentó sacudirse la mosca inútilmente. El tábano picaba con más saña que la moderna armada del castoreño. Para librarse de él, Io se recorrió medio mundo. Escapó de Grecia, se acercó al Danubio, llegó al Mar Negro, cruzó el Bósforo, entró en el Asia Menor, estuvo en la India, regresó a Europa, atravesó a nado el Mar Mediterráneo y cayó extenuada en Egipto. A pesar de las prisas y de los ajetreos propios del viaje, no había conseguido librarse del moscardón justiciero.

— ¡Toma ya otra vara, vaca desvergonzada!, gritaría el tábano, que sin duda firmaría sus picotazos con una T de tormento, o de tábano. No sé.

(El entusiasmo del confuso dejaba fuera de sitio al terapeuta, que se sentía incapaz de seguir el ritmo de sus acometidas.)

Ensangrentada y presa de su desventura, Io le pidió a su enamorado que la hiciera mujer. Zeus se apresuró a complacerla. Y a fe mía que la complació con acierto. Una vez libre del tábano, Io se casó con Telégono, que andaba por aquella parte de la mitología. Inmediatamente dio a luz a su hijo Epafo. De él se rumoreó que, en realidad, era el toro sagrado Apis. De encaste egipcio. Epafo, sin embargo, se inclinaba por la leche de cabra, era alérgico al polen de papiro, y siempre dio más aire a Zeus que a Osiris. Sobre todo jugando con el rayo.

La hermosísima Io causaba tal fascinación, incluso a cuatro patas y con rabo, que no sólo ponía cachondo al rey del Olimpo, sino que hacía lo mismo con su hermano, Júpiter, que tenía delirios de grandeza. En lugar de habitar en la cumbre del Olimpo, con Juan Antonio Samaranch, con su preceptor, el barón Pierre de Coubertin, propagandista de la educación física, y con los demás dioses de la familia olímpica, Júpiter residía en una urbanización de las siete colinas de Roma. Tal que si fuera un presentador de la televisión pública italiana o un atleta de clase media.

Es más, algunos aseguran que no fue Zeus, sino Júpiter, su mellizo, quien convirtió a Io en vaca. Lo hizo tras haber sido acusado de infidelidad por Juno, su mujer. Presa de los celos, Juno, la hermana y esposa de Júpiter, le ordenó a un tábano desocupado, emérito de la Legión X, que persiguiera a Io por todo el Imperio. La mosca montó el palo en Europa, siguió barrenando por media Asia, llegó a las costas de Africa y aún tenía la vara hundida en las blancas carnes de la ninfa.

Rendida y bañada en sangre estaba Io a las orillas del Nilo, sin que nadie autorizara el cambio de tercio, cuando le suplicó a Júpiter que la cubriese con su manto. Júpiter no se hizo de rogar. Apartó al tábano con un quite por jupiterinas y la cubrió. Io pensó entonces que lo mejor era casarse cuanto antes con Telégono, o como se llamase el otro, que andaba por allí a ver lo que caía.

Del favor jupiterino nació Epafo, que se parecía muchísimo a su padre. Sobre todo en el gusto por las vacas. No obstante, hay quien dice que, en realidad, Epafo venía encastado en el toro sagrado Apis, de ascendencia faraónica.

Apis era berrendo en negro. Con una mancha blanca en la frente y una media luna, también alba, en el costado derecho. Además, tenía el dibujo de un águila tatuada sobre la espalda. Parecía un auténtico cromo, como se puede ver.

La verdad es que a Epafo tampoco le faltaban manchas claras, pero pudieran ser una herencia genética procedente de su madre, Io, que, para disimular ante Hera o frente a Juno —sírvasse usted mismo—, había sido convertida en una ternera blanca. Blanquísima. A pesar de lo cual, Io estaba de coge pan y moja. Verdaderamente irresistible. Incluso cosida a puyazos por el tábano, como ya he dicho.

De Apis, sí que podría contar yo cosas. Era muy buey Apis. Siempre fue difícil de lidiar, porque tenía alma de dios. Del dios Osiris, precisamente. Cada cierto tiempo, los egipcios, que vestían finísimos calasiris traslúcidos sobre el shenti, lo ahogaban en las aguas del Nilo. Para

que se estuviera quieto. De otro modo, era prácticamente imposible embalsamarlo. Un agobio.

Con el pretexto de las vendas y los ungüentos, el club de fans del faraón montaba cada semana unos festivales muy solemnes. Con sacerdotes en traje corto, generales con plumeros, escribas en cucullas, esclavos profesionales de a tanto la fiesta y doncellas de torso desnudo que pedían una oportunidad para ser famosas. De película, vamos.

El culto a Apis daba mucho de sí en estos jolgorios sociales. Hasta el Nilo se detenía, desparramándose por sus orillas, para verlo.

Con estas fiestas, el pueblo egipcio, que era fácil de contentar, se lo pasaba como los auténticos indios arapahoes.

– ¿No lo cree usted así?

– Volvamos al herradero, por favor.

(El terapeuta no había podido evitar cierto tono de fastidio en su exclamación, temiendo que el confuso pudiera conocer la existencia de alguna conexión narrativa entre la mitología egipcia y los rituales animistas de los pieles rojas de Hollywood.)

– ¿Al herradero? No sé. ¿Por dónde iba?

(La sorpresa andaba de perfil por la pregunta del confuso, interrumpido en el momento más dulce de la embestida.)

– Creo que amanecía.

(La suavidad del terapeuta no le pasó desapercibida ni siquiera en un instante de aparente confusión.)

– ¡Ah!, sí, amanecía, como en las películas. Ya me acuerdo.

(El confuso volvió al curso principal de su relato lentamente, recuperando sílaba a sílaba el tono de lo que había sido su discurso hasta entonces. La incursión mitológica dejó un aire de extraña melancolía en sus palabras. Al terapeuta le pareció que, durante unos minutos, el confuso había estado sumergido en un profundo pozo de íntimos reproches y negaciones. "Io entre dos aguas", anotó en el cuaderno con trazos nítidos y mayores de lo habitual en su serpenteante caligrafía. Minutos después, el terapeuta volvió sobre esta parte de su escrito y la subrayó. No conforme aún, posteriormente convirtió el subrayado en un rectángulo, añadiéndole otros tres gruesos trazos. Acababa de cerrar el cartucho en torno a la críptica anotación —la cabeza de un astado, con cuernos en forma de lira, entre dos hilillos serpenteantes en azul—, cuando se percató de que el confuso había vuelto a la línea argumental de su épica.)

...modestas sucursales de las fraguas de Vulcano,

(Señalaba el relator en tono creciente.)

...las chimeneas del cortijo se despertaron aquella mañana anunciando calderos de migas y cántaros de café recién hecho. El día se fue llenando de caras nuevas, alegres, variopintas. Todas ellas me resultaban tan impersonales y desconocidas como cualquiera de las que había visto desde que pisé la finca por primera vez. ¿Dónde estaban mis amigos, mis parientes, mis conocidos y hasta mis rivales y enemigos? ¿Cómo era posible que entre tantos taurinos o asimilados, como reunía aquella mañana la fiesta del herradero, no encontrara un rostro familiar?

Empezaba a dudar ya que alguna vez hubiese sido

persona y columnista de La Prensa de Madrid. Tal vez siempre anduve a cuatro patas. Quizás nunca tuve otra existencia y sólo fui becerro, hijo de vaca, carne de herradero, un hito en el caudal de la sangre brava. Con toda seguridad, lo que yo creía recuerdos de un pasado reciente sólo eran premoniciones sobre el futuro, probablemente no muy lejano. Avisos del más acá para que pusiera reparos en esta vida a los errores que podría cometer en la otra, cuando fuera reputado conferenciante y crítico taurino famoso.

Menester era no echar en saco roto advertencias tan sensatas. Puesto que la causa inmediata de mis males estaba en la conferencia de Olivenza, me juré que, ni harto de güisqui, volvería a dormir en una pensión de carretera.

— Por ésta.

(El confuso se llevó a los labios dos dedos dispuestos en cruz y los santificó con un beso de chupetón.)

Sin embargo, en aquellos instantes de congoja, el principal peligro no me acechaba en las conferencias por los pueblos, sino que se estaba cargando en los hierros puestos a la lumbré alimentada con leña de encina.

Por lo alto de las tapias empezaron a surgir inocitos y cuarentones. Ninguno me pareció de fiar. A un par de ellos los desintegró un rayo y se materializaron a continuación en el corral, sobre la tierra. Vestían de plata y pana, con gorra a juego y botines de charol naranja.

Se escupieron en las manos. Agarraron por el pescuezo al negro zaino de la Bizcachica y lo arrastraron hasta la puerta. A tirones. El becerro mugió, como si presintiera la muerte. Una vez fuera, bramó como si lo estu-

vieran matando. Enseguida, un humillo blanquecino empezó a dibujar alacranes por detrás de las tapias y el aire limpio de la mañana se bañó en olores de dispensario clínico.

Otros dos mocetones cayeron en una lluvia de partículas sobre la arena del penal. Desde los botines hasta la gorra fueron revelándose en un molde de aire caliente, casi invisible, en el que se coaguló un remolino de plasma que bajaba a chorros desde las nubes. La pana les brillaba más que la plata en el pecho de los chalecos, más raídos por la sosa cáustica que por los años. Tenían en la cintura un río de ruedecillas brillantes, trenzadas de forma parecida a la maquinaria de un reloj de torre. La gorra se había convertido en un casco metálico. Intensamente azul. El charol de sus botines dejaba en el suelo huellas refulgentes, charcos de luz naranja imposibles de borrar. Chisporrotearon unas frases al tiempo que se ponían en marcha. En los ojos se le habían encendido bengalas amarillas, violáceas y verdes.

Acosados por el espanto, nos apretujamos contra el fondo del corralón. Ellos acercaron sus tentáculos a la parva de nervios. Rápidamente les rodeamos en una carrera que no podía llevarnos a parte alguna. Los mozos cazaron al Burraco. Se fueron derechos a por él, como si le tuviesen puesto el ojo encima desde hacía tiempo.

La hija de Cuernorroto fue la siguiente víctima de la inmolación. Cuernosano rompió a mugir desesperada. La becerrita intentó la huida, se resistió a pasar por el potro, pero sin éxito. Fue arrastrada fuera del corral. La

puerta de la celda se cerró tras ella. Sus lastimosos berridos me mordían el corazón.

Volvieron a trepar por la espalda de los tapiales las volutas de humillo. El olor se hizo más persistente y nauseabundo. De laboratorio.

La operación se repitió decenas de veces a lo ancho de la mañana. Bajaban los mozos volando en sus patinetes anaranjados, agarraban un becerro o una hembra y se abría el portalón. Los mocetones salían inmediatamente del corral afianzados a su presa. Los mastines de las recovas no se muestran más fieros en los agarres al cochino. La víctima mugía continuamente, pero con más intensidad unos instantes después de que el portón volviera a cerrarse. Luego subía el humillo blancuzco y se acentuaba el olor a pelos chamuscados, a impotencia abrasada.

Al otro lado del portalón se oían risas mezcladas con otros ruidos ininteligibles. Roncos a veces, agudos otras, guturales en ocasiones. Me pareció el fondo sonoro de una selva desconocida en la que se estaba oficiando una ceremonia que yo conocía muy bien, aunque me negase a admitirlo confundiéndome en el pelotón de los condenados, engañándome con inútiles carrerillas para eludir el avance naranja de los mozos, tratando de huir a golpes de ignorancia, ensayando fintas imposibles entre los dientes del destino.

Los mozos que, sin permiso ni explicaciones, se llevaban a rastras a tantas amigas y compañeros, comenzaron a dejarnos el olor acre del chamusco mezclado con gotas de sangre. Llegaba impregnado en su piel, en sus vestidos de plata y pana, en los pliegues de sus sonrisas. Al

poco rato, todos los rincones del corral olían a sangre caliente, a huellas naranjas, a carne tostada, a mozos sudorosos y a becerros babeantes bañados en espanto. El hedor caliente del miedo estaba ahogando al mismísimo aire.

Pocas veces he corrido más y nunca en tan poco espacio. Cada vez que la pareja de mocetones se materializaba sobre la tierra del corral, emprendía la huida hacia cualquier parte, escondiéndome al fondo del grupo con la ilusoria esperanza de no ser alcanzado jamás.

Ya sólo quedábamos media docena escasa de víctimas cuando me cazaron. Tiraron de mí por el cuello y por la cola. Arrastrándome fuera del corral. Inmediatamente me echaron sobre el piso. Toda resistencia era inútil frente a la jauría que me rodeaba. Me sentía empaquetado por una araña monstruosa que se disponía a hundirme sus quelíceros en los pulmones para poder devorarme cuando le apeteciera. Una rodilla me oprimía el pescuezo, dos palpos peludos sujetaban mis atisbos de pitones, gruesos botos camperos presionaban mis patas contra el piso, desollándome los remos con el canto de sus afiladas suelas anaranjadas. Los ojos se me inundaron de sol, la lengua se me llenó de arena. Me agarraron una oreja y sentí el corte seco de la navaja. Con el inicio de la faña, la sangre me caía sobre la boca. El trozo de oreja cayó un poco más allá. El pedazo arrancado a la izquierda fue a parar cerca de la tapia. Las manazas clavaban sus uñas en mí. Recibí la dentellada de un rayo con el primer hierro que prendió fuego a mi paletilla. Ya me estaba ahogando en el humo hediondo de mi propia carne asada a la brasa, cuando una segunda centella se

hundió en mi costillar. Y luego otra descarga, a su costado, y una más, a continuación, para cerrar la cuenta.

Nadie había berreado antes tanto como berreé yo, deshecho por el sufrimiento, en los vagidos consiguientes a la mordedura de cada hierro. Me dolían las quijadas de apretar una encía contra la otra. Me dolían los músculos de tensarlos hasta el límite de su elasticidad. Me dolía el alma, si es que hay sitio para el alma en el cruce entre un crítico y un becerro.

Mas ninguno de los fieros dentistas que me sujetaban parecían ser conscientes de mi calvario. Hablaban deprisa. Con frases cortas. Casi con gritos. A ratos, reían. Siempre cortaron y asaron mis carnes con una irritante indiferencia profesional.

Como no hay quinto malo, fue el quinto hierro el que más me dolió. En la nalga me lo pusieron. Y no a pulso, sino con impericia. Sin piedad. Un pentágono de ira y de fuego, la infame firma y rúbrica de la casa. El peor de los tormentos.

Fue la última descarga de la picana pirotécnica en aquella sesión de tortura. A una voz, todos los verdugos me soltaron. Durante unas décimas de segundo quedé dolorido sobre el suelo. Después vi una puerta abierta al encinar. Me incorporé de un respingo y escapé por ella bufando a pleno pulmón.

En el campo me esperaban las otras víctimas del suplicio. Llorosas, sangrantes, arrumbadas sobre su descon-suelo. Llamaban a sus madres con voces lastimeras. Las vacas les respondían desde la distancia. Yo también llamé, sin encontrar respuesta a mis sollozos. Ni la cárdena corniveleta ni la retinta envenenadora salieron a consolarme.

Mientras mugía mi pena, desconsolado, tropecé con el mulato caimán de las dehesas que intentaba lamerse las quemaduras. Reparé en sus heridas y descubrí con rabia que llevaba el número ocho en los costillares. Sólo el ocho. Mi número de la suerte: Andrés T-r-á-n-s-i-t-o Corrales. Ocho letras. Ocho. La madre que lo parió. El muy ladino se había colado entre los primeros para conseguir una numeración de pocos hierros y le había tocado mi número. El ocho. Simplemente el ocho. Y yo, valiente gilipuetas, por resistirme hasta el final esperando no sé qué milagro cósmico, había cargado con una cifra de tres hierros. Uno, dos y tres. Tres punzadas, tres. Tres bocados candentes, tres. Tres despiadadas agonías cardinales.

No pude saber el valor exacto de la numeración que acababan de clavar me en las costillas, porque, a pesar de que realizaba cada día los obligatorios ejercicios de flexibilidad, el pescuezo no me daba para tanto. Los números habían quedado traseros, además. Pero estoy seguro de que fue una cifra de tres dígitos. Los conté uno a uno según me comían y hay dentelladas que no se olvidan.

Tres números me habían puesto en la rifa. Tres, más los dos de abono: el pentágono en las nalgas y otro más que, supongo, sería el guarismo del año. Ese me lo labraron a conciencia en la paletilla.

¡Y qué guarismo! Un jeroglífico. Un rombo tumbado a la bartola. Si aquello era un número, sería un criptoglifo. Un misterio indescifrable, capaz de hacer desmayarse, por segunda vez, al mismísimo Jean François Champollión el Joven. No lo tendría tan fácil en esta ocasión el sabio napoleónico para descifrar el mensaje.

Si en la famosa Piedra Rosetta encontró tres formas de escritura y accedió con ellas a la cripta de los textos jeroglíficos, en mi vitela sólo encontraría una: herida por arma de fuego. Cinco hierros como cinco disparos a bocajarro. Cinco alaridos en los ojos de la carne. Tres números, un pentágono y un rombo. Mi nombre, mis apellidos y mi fecha de nacimiento.

— ¿De qué año? ¿En qué milenio? ¿De qué cultura? Aún lo ignoro.

SABADO

Más que el dolor, la rabia. Más que la herida, un río de espinos arándome el costado. Sé el porqué me dolía, pero ya no recuerdo cómo me dolió. El resentimiento envejece. El odio es un amante infiel. Sólo las cicatrices perduran. Crecen contigo y ahí siguen. Proclaman tu casta, tu función, tu edad. Nada eres ya sin ellas. Se agarraron al cañamazo de tu piel clavándote las uñas. No hay mejor seda para bordar que los hilos de la sangre propia. La vida es una sucesión de heridas. Abiertas o remendadas, poco importa. Una ineludible sesión de tatuaje. Por eso duele, ya lo sé.

El que no tiene marcas, no ha vivido. Y el que las tiene, vive a través de ellas. Los costurones no van contigo, vas tú a su paso. Estás hundido en los surcos de sus manos. Sólo eres una hoja de almanaque, un libro abierto a los ojos de cuantos sepan leerle. Ahí lloró ese hombre; en esa arruga fue dichoso un día; un chirlo de silencio cruzó esa tarde su mirada. A veces, poco más.

Llegado su tiempo, el papel se desmiga. Desaparece batido con el polvo por un estornudo del aire. El remolino causa siempre un momentáneo desconcierto en el rimero de folios que dejas atrás, pero luego se reinstaura el orden. Cualquier torbellino es un parpadeo en la mirada del agua. Si alguien se acuerda de ti será por cómo eras o por lo que fuiste, más que por quién eras. Tus cicatrices guiarán sus recuerdos.

Sé muy bien cuánto me dolió, pero he perdido los pasos de cómo me dolía. La memoria olvida, la carne, no. Más que la pena, la ira. Más que la llaga, un mar de alaridos rompiéndose en aletazos de espuma contra mi costado. Es la jauría de las pegas que devora mis cicatrices en pleno vuelo. Este es el ajedrez de la cólera. Blancos chillidos de furia, sombras irisadas de azul, alada guadaña de los cielos, gaviota del encinar, pájaro del infierno, el arlequín de la muerte, el notario de la agonía, mareas de pegas hambrientas labrándome las venas.

– ¿Sabía usted que las pegas beben sangre?

(Una suerte de resorte mnemotécnico había disparado las uñas del confuso.)

– ¿Lo sabía usted? ¿Lo sabía?

(Las preguntas rompían al aire como pompas de lodo hirviente. El confuso piafaba sumido en una inesperada agitación, inimaginable hacía tan sólo unos segundos. El terapeuta se asustó. Incluso llegó a temer que el confuso se pusiera en pie y saltase por alguna ventana para perderse en el olvido. Sobresaltado, retrocedió de puntillas por el callejón de la noche.)

– Son unas aves increíbles. Las pegas,...

(Continuó el confuso en un tono algo más sosegado,

mientras el terapeuta recogía del suelo el cuaderno de las anotaciones, enderezaba una de las cubiertas, doblada por el golpe contra la arena, y se hundía un poco más en la penumbra de la sala para recomponer el armazón de las telas.)

...increíbles, fabulosas, créame. Celestiales, casi mitológicas. También las nombran pegas rebordas, chillonas, urracas y picazas. Yo las llamo simplemente pegas. Desde que era un chiquino. No sé muy bien el porqué. Aunque ahora me parece que este nombre es el que mejor les cuadra. Despierta en mí muchas más emociones que cualquier otro. Son aves extraordinarias las pegas, asombrosas, sí.

Cuando yo era niño y acudía al pueblo para ver a los abuelos, tenía un amigo, un vecino de la calle —Ceferino se llamaba—, que vivía con una pega. Era una pájara listísima. En cuanto salía a la puerta se me subía en las manos para comerse mi merendilla. Una vera de pan con aceite y azúcar que me daba cada tarde abuela Julia. Y si no se la comía la pega, se la comía Ceferino, que tampoco andaba descalzo.

— “Te dejo jugar con Currita si me das la pringá de aceite”, me decía el Cefe.

— “Bueno, pero después de mojar los deos.”

— “Vale.”

El Cefe era agostizo, pelo rata, con las piernas llenas de arañosos y muy cetrino, aunque siempre tenía las rodillas ensabanás. En la cabeza también le blanqueaba las calvas de las achocaduras. Ni siquiera un maestro con las tejoletas como él, que donde ponía la intención colocaba el cantazo, podía salir indemne de aquellas batallas a pedradas que asolaban los callejones. .

– “Venga, venga. No seas papahuevos Andresino. Trae pacá la pringá.”

A Ceferino le gustaban los tratos rápidos y aprovechaba cualquier oportunidad de acuerdo en cuanto se presentaba. Yo metía los dedos en el cuenco de la vera, intentando llevarme a la boca la mayor cantidad posible de aceite y de azúcar. Ceferino me miraba con ojos golosos. La pega revoloteaba en torno a nuestras manos, reclamando la porción de pitanza que, de cada trato, le corresponde a quien oficia como corredor.

– “Dámela de una vez”, protestaba el Cefe. “Dámela. Y ni se te imagine apretar a la Curra, que está emplumando.”

Ceferino hundía la lengua en el cuenco y luego devoraba el pan a grandes mordiscos, ansioso por llegar cuanto antes a las filtraciones de aceite azucarado, perceptibles en torno al cráter de la vera. Currita, entre tanto, me picoteaba los puños tratando de liberar sus patas para conseguir un trozo de merendilla antes de que su amo acabase con la última miga de pan pringado.

– “Agarra a Currita, Cefe, que se me ha escapado. Cógela y dámela otra vez, que se me va.”

– “Si es que eres tonto”, bramaba Ceferino. “¿Hay más pringue?”

– “No.”

– “Pues tampoco hay más pega. Vamos al lejío Currita.”

Ceferino y su pega levantaban el vuelo camino del ejido de las mulas. Uno se iba detrás del cetrero y de su azor renegando de que no le dejaran gozar del circo a pesar de haber pagado la entrada.

A Currita le gustaba el pan con aceite y azúcar mucho más que los cañajotes y casi tanto como los higos de Tiberia que maduraban en el corral de mis abuelos. Pero por encima de cualquier otra cosa, a la Curra de Ceferino le gustaban las bolas de salvao amasado con leche de cabra. Con una bola de pienso en la mano, el Cefe se convertía en el más admirable de los domadores de pegas, urracas, chillonas y picazas que haya visto el mundo.

– “En la gorra, Curra, en la gorra.” Y Currita se le subía al Cefe en la cabeza buscando un bolindre de salvao depositado en un pliegue de la bilbaína.

– “En el hombro, Currita.” Y hasta el hombro volaba el pájaro para recoger su ración de pienso.

– “En la bragueta, Curra, en la bragueta.” Y la vocinglera Curra metía la cabeza entre los botones de la entrepierna con gran regocijo de los espectadores.

Un día, la pájara calculó mal el golpe y mordió donde no debía. El Cefe gritó desconsolado y agarró a la pega por el pescuezo, mientras le mascaba el pico, hasta que al animal se le inflaron los ojos.

Otra tarde, el Ceferino calculó mal la distancia hasta su casa –“en la bragueta, Curra, en la bragueta”– y su madre le arreó tal bofetón que hasta Currita tuvo un ataque de tembleque, dejando que la bola de salvado se le escapara por un pernil de los calzones de pana.

Lo de esconder las almóndigas de pienso en la bragueta era un verdadero peligro para el Cefe. Se jugaba el pellejo en cada actuación. Claro, que también nos sacaba buenos cuartos. Dos perras chicas por cabeza. Diez céntimos en dos piezas de aluminio. Precio exacto. Si le

dabas una gorda no la admitía. Hubiera rechazado hasta una moneda de diez reales. Ceferino era muy morral para ciertas cosas.

– “No seas cabezón Cefe. Si es lo mismo. En la gorda también hay un vaquero a caballo, con lanza, y vale diez céntimos. Igual que dos perras chicas juntas. Que son de cinco céntimos cada una, releche”, le insistía Paquino, que hasta tenía empleo de monaguillo y doblaba las campanas en los entierros porque era el más listo de la calle.

– “¡Qué no y que no y que no!”, respondía el Cefe. “No es lo mismo probarlos que jartarse. A mí no me vengáis con bolas, trolas y embustes. La entrada vale dos perras chicas y sanseacabó. No hay más que hablar. El que quiera ver trabajar a la Curra que las apoquine. Y el que no tenga suelto, que vaya a casa de Malosojos y cambie lo agarrao por calderilla.”

Ceferino doblaba la boina, recogía las perras chicas de las entradas, se las guardaba en los borceguíes, para no perderlas, cerraba el postigo de la imaginaria taquilla, sacaba del bolsillo una bola de salvado, amasado directamente bajo el pezón de la cabra con un chipitón de leche, y allí empezaba la función.

El día que Ceferino salió del comercio de Malosojos como una flecha, sin la Curra y con un pie descalzo nos enteramos todos del porqué no era “lo mismo probarlos que jartarse”.

– “Canalla, sinvergüenza, inflaperras. Ya verás tú cómo te estiran las carnes, ya verás. Falsifícao”, gritaba Malosojos mientras corría calle abajo persiguiendo el pescuezo del Cefe que apretó el culo y no hizo ni por vol-

ver la cara. “¡Pajarraco, mal bicho!, espera que hoy los tengo de anís.” Malosojos abría tajos en el aire con la cuchilla de cuartear las hojas de bacalao, pero era algo tripón y pronto se le salió la lengua. Estaba reventado.

– “Me ha robado el muy canalla, me ha robado en mis santas narices. Por la gloria de mi madre que es verdad. ¡Ladrón!, ¡inflaterrras!, ¡sabandija!, ¡cuatrero!” Escupía venablos Malosojos, arrellanado en la acera intentando recuperar el resuello.

– “Una caja de polvorones se ha mamao el muy truhán a mitad de precio. Una caja. Y en mis narices. Una caja casi entera. Tres kilos de mantecados. Tres kilos. Lo mato. Yo es que lo mato. ¡Inflaterrras!, ¡más que inflaterrras! ¡Bandolero!, ¡gángster! Yo lo estrangulo. ¡Lo matooo!” Malosojos bufaba entre grandes aspavientos, concentrando en torno a su ira la atención de cuantos le oían desde los corrales.

– “Resulta que el Cefe, el de Tomasa la Coguta, le compraba polvorones de a gorda a Malosojos”, comentaba, tres zaguanes más arriba, una mujer, cargada con cuatro cántaros llenos de agua –dos colgando de las manos y los otros dos sostenidos bajo los brazos–, a otra que bajaba a la fuente con una cantarilla en la cabeza y un cubo de cinc en cada mano.

– “¿Y por eso se pone ese hombre como un bejino, capaz de que le dé algo?”, indagaba la última en coger el hilo de los comentarios.

– “A ve, mujé. Jarándose el chiquino cada día con polvorones de a gorda y pagándolos de a chica. Ya me dirás tú como hay que ponerse.”

– “¡Virgen del Soterraño!” La mujer puso un cubo

encima de las lanchas y se llevó la mano a la cantarilla, que había estado a punto de caer por la impresión.

– “Si es que no hay vergüenza, Cloti.”

– “Jesús, María y José! Y que lo digas Clemencia, y que lo digas.”

El Ceferino estaba acusado de falsificar moneda. Un delito de los gordos, decían al día siguiente por el pueblo. Las falsificaba con dos piedras del río según me explicaron. Con mucha delicadeza y tesón machacaba cada perra chica entre los dos cantos, hasta que la rodaja de aluminio alcanzaba el tamaño de una perra gorda. Luego se acercaba al ultramarinos de Malosojos y compraba los mantecados que, gracias a su ingeniería financiera, le salían a mitad de precio.

– “Por eso entraba siempre a la hora de cerrar, el muy canalla”, exclamaba desconsolado el comerciante. “Para que con las prisas no descubriera el engaño de las perras inflás. ¡Sinvergüenza!, ¡guerrillero! Pero por ésta”, y Malosojos besuqueaba dos dedos en cruz, “por ésta que me paga la caja de polvorones o es que lo mato”. Malosojos, de pie junto al surtidor de aceite virgen que, meses atrás, había entronizado sobre el mostrador de su establecimiento, llevaba dos días explicando el caso. Muy digno y dispuesto a sacarle brillo a la justicia, en cuanto había público en el ultramarinos se llevaba una y otra vez los dedos cruzados a la boca jurando venganza.

Nunca llegué a saber si el Cefe pagó la deuda de los polvorones con perras gordas de nacimiento o lo hizo con perras chicas engordadas entre las piedras del río. En cualquier caso, Malosojos no le mató y él, tras unos

días de recogimiento y de abstinencia, continuó devorando mantecados.

– “Dos polvorones o no hay na que ver”, decía arrellanado en el umbral. “Currita no trabaja por ganas. Así que ya lo sabéis. Si quieres una entrada, lo primero: echa tu collera de polvorones en la gorra. Malosojos vende cada uno a perra gorda. Una entrada, dos polvorones”, exigía el inflexible Ceferino antes de salir a la pista instalada sobre las lanchas azules del acerado.

– “Y que sean de anís, que ya estoy harto de tanta matalahúva”, gritaba Cefe cuando tú ya corrías hacia el comercio de Malosojos con una mano dentro del bolsillo para no perder el sonajero de los céntimos.

La nueva situación nos hizo a todos un poco más amigos. Cuando sólo tenías una perra gorda había que buscar un socio que aportase el capital que te faltaba para comprar dos polvorones y asistir a la actuación estelar de Currita.

– “Tú puedes mirar, pero tú no. No tienes los pases. ¿Dónde están tus polvorones?”

– “Es que vengo con éste. Los polvorones son de los dos. Somos socios.”

– “Es verdad. Miramos a medias, Cefe. Sólo con una vista. Mira así.” El Quisqueño y su socio capitalista fruncían los párpados y se tapaban un ojo con la mano, intentando convencer al Cefe de que sólo consumirían la mitad del espectáculo, pero Ceferino no había nacido ayer y ponía objeciones.

– “No me fio, no me fio na de vosotros dos, que está la vida muy revuelta y hay mucho maleante por ahí.”

– “Entonces, me llevo los polvorones y que la Curra se

las apañe sola.” El Quisqueño, que vivía pared con pared con el Cefe, conocía las debilidades del domador y golpeó los intereses de su vecino allí donde más podían dolerle, en los polvorones de la boina.

– “Vale, vale, vale. No ponerse así, que a la legua se ve venir a la gente de bien como vosotros. Dos polvorones y vais a mirar a medias, o sea, sólo con una vista. ¿Me explico? Pero, mientras uno mira, el otro tiene que estar de espalda.

– “La hosti, Cefe, entonces es que...”

– “Ni es que ni es ca. Uno con el ojo tapao y el otro de espalda o no hay trato. Y cuando yo diga cambio, os cambiáis. ¿Vale?”

– “Vaaaale.”

– “¡Ah!, ni mijita de contarle al otro lo que haga la artista, ni una palabra o me guardo a Curra.”

El público, acosado por el sopor de la tarde y por el tedio, terminaba aceptando las condiciones del empresario por duras que fueran. A fin de cuentas, Currita sólo había una. Ceferino conocía el negocio y se aprovechaba de ello.

Lo primero que hacía el Cefe, antes de que se alzara el telón de su teatrillo, era vaciar la bilbaína y devorar los mantecados. Así no había problemas de devolución. Ceferino se comía los polvorones que daba gloria verlos. Seis de un golpe. Cuando hablaba le salían chorros de polvo por la ranura de los labios, lo mismo que nos ocurría con los sacos llenos de harina al intentar cerrarlos en el molino. Si los mantecados se le pegaban al cielo de la boca, el Cefe se hurgaba primero con la lengua, pero casi siempre terminaba metiéndose los dedos para desa-

tascar la plasta. Luego se encasquetaba la gorra y dejaba que Currita le picotease las manos. Pero nada más. La pega se desvivía por hacer bien su trabajo en cada número, pero no chupaba ni el papelillo rizado que envolvía a cada polvorón.

A Currita se la comió Barriga, el gato rabón, cuando el Cefe le daba clases de lengua.

– “Putá, Currita, putá. Dilo tú: pu-ta.”

Ceferino estaba empeñado en que su urraca dominase el habla de La Corredera y, sentado en el umbral de la puerta falsa que daba a la calleja, se aplicaba en repetirle la lección cada noche.

– “Dilo tú ahora: pu-ta, puuu-ta.”

El tenaz maestro de gramática reforzaba la enseñanza de la teoría con las prácticas. A cada cierto tiempo metía la cabeza de la pega en un tazón lleno del áspero vino tinto que corría por su casa. En esto sí obraba con cordura Ceferino. Se sabe desde antiguo que a las picazas se les suelta la lengua cuando se emborrachan.

A los pocos días empezaron a verse los primeros resultados: Currita no hablaba aún, pero ya bebía sola en el tazón.

Una noche, Currita se pasó con el tinto y le dio dormilona. No despertó. Barriga acabó con ella. Ceferino abrió un agujero en un rincón de la calleja y enterró una pata, ala y media y un amasijo de plumas. También enterró con los restos de la pega aquel dedal que su madre había buscado durante tanto tiempo, además de una perra chica, muy gastada, y de dos imperdibles ya medio herrumbrosos.

Todos los muchachos del pueblo pasaron por la calle-

ja y se detuvieron ante la puerta falsa del Cefe, para darle la cabezá. Currita no se merecía menos.

Aquella pega era increíble, alucinante. Sólo le faltaba hablar. Si no llega a ser por el gato, se hubiese hecho la dueña del circo y el Cefe habría dejado de ser el apoderado para terminar de simple taquillero. ¡Qué talento tenía aquel animal, qué luces!

El Ceferino y su familia se fueron del pueblo un invierno. Para Barcelona, creo. El Cefe se colocó de albañil.

– “Mi primo trabaja en Barcelona, de paleta.”

– “¿Y eso qué es?” –preguntaba alguno de la pandilla.

– “No sé muy bien, pero para mí que no es moco de oavo. Como Quisquino el albañil, pero mejor, de más categoría. Con deciros que se pasa el día haciendo planes de economatos.”

– “¿Economatos de comercio, como el de Malosojos?”

– “¡Que te crees tú eso Nicolás! Mucho más grandes. Pero mucho más. Por lo menos más del doble. Y con avíos pa engordá a un regimiento. No es nadie el Cefe ni na como se le meta un plan en la mollera.”

Cuando yo pacía las yerbas de marzo con el piarón de los erales vi miles de urracas en la dehesa. Eran más listas que el hambre. Aunque ninguna me lo pareció tanto como la Curra. Ella era especial.

Las pegas viven en bandos. Vuelan en grupos organizados militarmente. Se avisan unas a otras a grandes voces y son capaces de levantar una carga de higos maduros antes de que caigan al suelo. Nada les da reparo. Lo mismo comen fruta que se hartan de pienso o se empancinan de carne.

– ¿Sabe usted que las pegas beben sangre?

(El confuso se echó tierra a los lomos para medir los ánimos del contrario.)

Pues la beben. En la finca, después del herradero no nos dejaban ni a sol ni a sombra. En cuanto el becerro recién marcado saltaba al campo y refrenaba la carrera para dolerse de los agravios, ya tenía una pega encaramada en la cerviz. Buscaban los goterones de sangre que al señalado le brotaban de las orejas. Si el herido amusgaba o sacudía la cabeza, la pega daba un corto vuelo defensivo y volvía enseguida al tajo.

– Son insaciables.

(El terapeuta le oía desde la distancia, sin formular comentario alguno.)

También les gusta picotear las costras que se forman sobre las marcas de los hierros. Cuando ya habían pasado unos días del herradero y tanto los cortes de la faña –rabisaco en la derecha y zarcillo en la izquierda– como los costurones de las marcas empezaban a cicatrizar, las urracas más audaces se atrevían a levantar las postillas y a hurgar en las quemaduras. Desatascaban los caños de la sangre para reavivar las heridas y seguían mamando manteca colorá.

– Parece increíble pero es una verdad más grande que La Monumental mexicana. No es que yo lo haya visto. Es que me ha pasado a mí mismo.

(Volvió a levantar jirones de moqueta el confuso para aderezar sus recuerdos.)

La inteligencia de las pegas es inimaginable. Nacen avisás. Es como si el Ceferino les enseñase todos los trucos del oficio antes de escapar del huevo. No hay quien

pueda con ellas. Te miran, te miden y te vacían las intenciones. Antes de que tú hayas decidido lo que vas a hacer, ellas ya lo saben.

Cuando chilla la pega, algo pasa en el campo. Ventean algún peligro o tienen comida a la vista. Si un toro normal –no uno que haya sido crítico de La Prensa de Madrid, como yo–, sino uno corrientito, hecho por encargo, fuera la mitad de inteligente que la urraca, aviados iban los toreros. Anda que prontito los... picaban. ¿Y las banderillas? Ni disparándolas con arco ponían un par de garapullos los subalternos. ¿Y la suerte suprema? Con matarratas habría que cubrir los ruedos para que muriese un toro. Y ni aun así. Pero los toros no son pegas, gracias a Dios, y se dejan pegar desde becerros para que perdure la fiesta nacional. Ellos también pegan cornás, naturalmente, pero no es lo mismo probarlas que “jartarse”.

– En eso, el Ceferino tenía toda la razón.

Riberas del Alberche, dos noches después

– Sacad de la talega al pájaro.

Ezaquiel Culimbra vuelve a sentir que la presión del dogal le corta la respiración. El joven que desata las correas ceñidas a su cuello aprovecha la operación para, una vez más, hacer alarde de su posición de fuerza. Tan pronto como le retiran el capuz de paño negro, Culimbra se come el aire, hasta que la hinchazón de los pulmones le abre grietas en el pecho.

– Ponle las gafas.

Poco a poco, tras reprimir un gesto de dolor, Culimbra empieza a salir del agujero de sombras y recupera perfiles y colores. Ante él se ha plantado de nuevo Silicio, un hombre pequeño, fornido, tallado en un monolito de obstinación que lleva dos días preguntándole por el paradero de Andrés Tránsito Corrales, por “ese maldito periodista” del que nada se sabe desde hace casi tres años.

– ¿Cómo estás portugués?

– Como una rosa.

– Ya veo. Como un rosa de pitiminí. Estás pálido, tie-

nes los labios morados y no se te acaba de curar ese ojo.
¿Y el tijeretazo?

– No es nada.

– No lo dudo portugués. Suerte que te cogimos a tiempo. Dadle agua.

– No tengo sed.

– Ya la tendrás. No hay prisas. Bebe, bebe tranquilo. No tengo intención de envenenarte.

– Lo suponía.

– Gracias por tu confianza. Como ves, todo lo que hago es por tu bien. Viajas cómodamente, con la cabeza tapada por una confortable caperuza para que no te marees, colgado de un gancho, con el fin de evitarte cualquier golpe contra las paredes de esta hermosa suite, rodeado de comida, pues estamos ansiosos de que recuperes las fuerzas, y en un camión frigorífico que no permitirá conservarte fresco. ¿Está todo a tu gusto querido colega?

– Desde luego. *Muito obrigado.*

– Nada, nada; no hay de qué. Tú te mereces esto y más. ¿Te parece bien esta temperatura?

– Dame un pitillo.

Silicio aviva el fuego del cigarro con una profunda aspiración antes de colocárselo entre los labios al portugués.

– Mientras fumes no habrá problemas. Llevas 40 kilómetros a 20 grados centígrados, portugués. No es mucho pero, como todavía es de noche, tampoco se necesita más para mantenerte en forma. Lo que me preocupa es la comida. Veinte grados centígrados es demasiado calor. A lo peor, se nos estropean las provisiones. La carne es

muy delicada. Sobre todo la de fábrica. Estas canales que hemos colgado junto a ti, para que te den compañía, pasan por ser carne de la mejor ternera de campo siempre que permanezcan a una temperatura correcta. Si no es así, inmediatamente se le nota la química. Es inevitable. La química da ahora muy buen dinero, pero resiste poco. El progreso es cojo de nacimiento. ¿No crees portugués?

El dorso de una mano enguantada en negro estalla contra la mejilla de Ezaquiel Culimbra, dejando en sus oídos un fragor de olas rompiendo cristales contra los pies de un acantilado.

– Afortunadamente, este camión es una maravilla. Una joya. Se pone a 10 grados bajo cero hasta con las puertas abiertas. ¿Te imaginas? Tiene un compresor de primera, así que no hay problemas de aire acondicionado. Hasta 30 grados bajo cero puedes pedir lo que quieras. ¿Entiendes? Lo - que - te - apetezca. Te atenderemos encantados desde la cabina. ¿Has comprendido?

El detective Culimbra apenas ha balbuceado un sí cuando otro golpe de mar le rompe la nariz en dos hilos de sangre entrecortada.

– Ahora, cuando salgamos, empezarás a notar algo más de frío. No te preocupes. Eso sólo será al principio. Luego sentirás mucho, muchísimo. Un aire gélido te quemará la carne y te rajará los huesos. ¿Has oído alguna vez el chirrido de esas sierras eléctricas que utilizan para trocear la merluza congelada? Pues ahora la vas a oír. Sentirás cómo te hace rodajas. Primero los pies, después los tobillos, las rodillas, los muslos... Será divertido. Cada cinco kilómetros bajaremos la temperatura; unos...

10 grados. ¿Te parece bien? Si en algún momento es tan grande el dolor que sientes deseos de hablar, no lo dudes, debes presionar con el pie el interruptor. Este verde tan brillante. ¿Lo ves? Así, con fuerza. Para que sepamos enseguida que has recobrado la memoria. Vendremos encantados a escucharte. Venga, Culimbra, písalo ahora para que podamos comprobar si sabes hacerlo. ¡Písalo! Así, muy bien, fantástico. Chico listo.

Ya todo depende de ti. Tú eres un veterano de guerra y tienes experiencia en pasarlas putas, pero permíteme un consejo de amigo: no te demores en llamar o el frío no te dejará llegar al interruptor. Hazme caso portugués, suelta la lengua. No serías el primer héroe que se jubila con la boca cerrada y la pata tiesa. Anda, llámame y echaremos otro cigarrito.

Silicio le estampa el pitillo encendido contra la cara, dejando una interrogación de papel y de tabaco pendiente de los labios del portugués. Los cerrojos del portón sellan una vez más el frigorífico, enterrando la penumbra en un armario para carne muerta. En la soledad del cajón, a Ezaquiel Culimbra se le achica la esperanza y el filo de los recuerdos comienza a rajarle la piel.

– *“Forte da Graça, Forte da Graça, sem graça nenhuma.”*

Desde lejos, desde muy lejos, le llega otra vez el ruido de la barrilada en un penal portugués de Elvas, allá en los cerros de la frontera con España. Una cadena de hombres famélicos se arrastra por una estrecha y empinada escalera de ladrillos. Huelen a tinieblas, a silencio de mazmorra. Viven emparedados entre muros de piedra con cuatro metros de espesor, bajo un cielo de bóvedas impenetrables. Perdidos entre murallas y fosos, la

locura maduraba en los ojos de aquellos infelices incluso cuando les llegaba el tormento más deseado. Atrás quedaron las celdas y el grito de los cerrojos. Están fuera. Llega la hora de la barrilada. El aire les aviva las carnes y les apaga la memoria mientras acarorean el agua. Suben cargados con barricas. Cada barril hace cincuenta litros. Sobre sus cabezas retumban los pasos, los golpes y las exclamaciones de dolor enhebradas en el hilo negro de la desesperanza. El agua resbala sobre sus hombros, por sus espaldas; les baja por el sexo mezclada con el sudor o con los dientes del carámbano. Los carceleros vigilan a todos y azuzan a los más lentos con las bocas de sus fusiles para que la noria no se detenga. Los presos, abatidos por el cansancio, caminan sin fuerzas, amarrados a la rutina. Trepan para liberarse de la carga y bajan arrastrados por la fatiga de haber subido. Cuando cada uno de los prisioneros llega hasta arriba, es obligado a vaciar su barril en el suelo, para que el agua caiga a chorros por el hueco de la escalera en una despótica cascada de burlas y retorne al lugar de procedencia, en el fondo del barranco, a unos quinientos metros de la muralla, a la fuente donde volverá a ser recogida por la cadena de penados y transportada en barriles otra vez hasta la cima. Y así un día tras de otro, un mes amarrado a otro mes y un año cosido a otro año, en una rueda sin final, centenares de presos, desertores, asesinos, hombres peligrosos por mantener ideas propias, traidores o simples insolentes se descarnan uncidos durante más de media vida al calor y al frío de la barrilada, en la alta noria de un castillo donde anidan los grajos del desaliento.

El sargento Culimbra no había vuelto a exhumar lo que vio durante tantos servicios especiales, pero ahora no puede detener una cadena que le está serrando las sienes con los dientes del recuerdo.

– *O água está fria esta noite Manjerico, mas a ti já no te fará dano amigo meu, já não.*

Durante el tiempo que anduve a cuatro patas, tuve que probar todo lo que el destino reserva a un toro de lidia. Quiero pensar que lo hice más por bravura que para salvar el pellejo, pero el Cielo sabe hasta dónde llegó mi hartazgo.

Ya tenía más que olvidados los colmillos de los hierros sembrados al rojo sobre mis carnes, cuando amaneció el día de la tienta. Como siempre, las primeras noticias de que algo extraordinario se preparaba me llegaron por la presencia de forasteros en la finca. Riadas de alienígenas aparecieron por el camino principal. Había revuelo en la cortijada. Zureo de perros y ladridos de gansos. No tardé en comprobar a qué se debía. En aquella ganadería se tenía el hábito de tentar en campo abierto al personal del noviciado.

Como suele hacerse en estos casos, la camada de erales fue llevada por los gañanes al extremo del corredero. De cobalto y plata se presentaba el día. Estaba yo en primera fila, inspeccionando el teatro de operaciones, para intentar pasar el trago con la mejor nota y el menor sufrimiento posible, cuando me sentí empujado a traición por los mozos. Rápidamente fui colocado en el dis-

paradero. A mi espalda pateaban los caballos. Enfrente brillaba el cortijo. Era muy blanco, con las puertas, ventanas y esquinas ribeteadas de añil; un palacio recortado contra el telón de la sierra. No había otra solución que correr.

Y corrí. Apeoné cuanto pude; con más coraje que un macho de perdiz mal desalado. Mientras lo hacía, no dejaba de mirar por el rabillo del ojo a la singular collera de garrochistas que me había tocado en suerte. Primero para ver si los conocía y después para enterarme de qué baraja podían haber salido semejantes figuras.

Me resultó completamente imposible. No ya porque, como en las ocasiones anteriores, sus facciones fueran anodinas, impersonales, carentes de cualquier singularidad remarcable, sino porque, además, se habían disfrazado.

Mis perseguidores parecían haber surgido de un cuento de hadas o de una justa medieval. Un arco iris de mil colores recorría el pescuezo de cada uno de los caballos. Tan rico era el jaez que coronaba sus crines. Gastaban, además, largos sayones guarnecidos por castillos y fieras bordadas en púrpura de Tiro y en oro de Irlanda. Más que galopar, parecía que volaran sobre un colchón de aire. Entre las telas y la polvareda que levantaban, apenas si se les veía aporrear el parche del corredero con los cascos.

Menos aún pude ver las carnes de los jinetes. Los dos usaban loriga de escamas y media armadura, de torneo. Estaban completamente encerrados en metal; desde la planta de los pies hasta el occipucio. Se cubrían las cabe-

zas con sendos yelmos. Las viseras, levemente levantadas, casi no dejaban ver sus ojos, enmarcados entre el morrión y la babera.

Tan fulgente era uno de los cascos que con sus reflejos hería la vista más que la misma luz del sol. Ambos caballeros portaban un escudo en el brazo izquierdo y una lanza en el derecho. De los respectivos cintos les colgaban sendas espadas. En el vaivén del galope, el acero de las hojas golpeaba el alina de las vainas, azuzando más a los caballos que las propias espuelas.

¿Quién me acosaba? ¿Quién le amparaba? Nunca descubrí sus nombres. Tampoco me fueron revelados.

Diré no obstante que el casco de oro, coronado por el emblema del dragón, que usaba el invicto Arturo para la guerra no habría brillado más que el de mi acosador. Ni Ron, la lanza que el incomparable caudillo de los bretones llevaba al combate, me hubiese infundido más respeto que las cubanas garrochas, de madera de majagua, que embrazaban mis perseguidores. La imagen de la Virgen María pintada en la adarga del caballero principal sin duda igualaba en belleza a la que lucía Pridwen, el escudo del sin par bretón, paradigma de toda nobleza y generosidad. ¿Y por qué habría de tener mejor acero el alma de Caliburnus, aunque hubiese sido forjada en la mágica isla de Avalon, que los colmillos de los lebreles que seguían mis pasos?

Aunque las aguas de Avalonia y los cuidados de la bellísima Argante hubiesen curado las heridas de Arturo, arrancándole las plumas de cuervo para restablecerle en el corazón de Ginebra y en el trono de la caballería andante, el héroe bretón no habría salido a la

dehesa para buscarme. Me estaría esperando en el cortijo de Camelot una noche de Pentecostés. Sentado a la mesa de cumplido vuelo escucharía inimaginables prodigios y las aventuras ya resueltas por Lanzarote, por Perceval, por su sobrino Galvan, por Kay y por otros caballeros de la Tabla Redonda. En torno a esta mágica camilla se ajustaban antiguamente los carteles de todas las ferias en las que se lidiaran dragones y encantamientos.

Muchos son los que aún mecen la esperanza de que Arturo regrese; y no dudan que retornará con suficiente fuerza en sus brazos para volver a derribar 900 enemigos en una sola arremetida, pero nadie espera ya de tan indomable guerrero que se eche al campo britano en busca de enemigos ocasionales. Y, menos aún, que salga a caballo para tentar un eral. Si acaso, se dedicaría a la caza del zorro. El Arturo al que los libros dieron en llamar rey no pisaría el corredero, ni siquiera amparado por la poderosa magia de Merlín.

Algo así, tan real y lucido, parece más propio de un caballero español. De alguien como Rodrigo Díaz de Vivar cabalgando sobre el noble Babieca por las tierras que ocupó el moro. Ese sin par caballo leonés, capaz de llevar a la victoria el cadáver del Campeador armado simplemente con el acero de la Tizona, sí tenía redaños y los pies que se necesitan para el acoso y el derribo. ¿Alguien lo duda? Yo no.

Tampoco dudé entonces que hubiese milagro en el abrasador brillo del yelmo que me perseguía. ¿Acaso no sería una señal más divina aún que la mismísima Virgen pintada en el escudo de mi acosador?

Mas, ¿quién hacía collera con Mío Cid? El que le amparaba tenía todas las trazas de ser bastante más que un simple escudero. Gente principal. Sin duda. El reverbero de su imagen traslucía misterio, guiños de luz y distanciamiento. Parecía una estrella de gran magnitud, pero perteneciente sin duda a una constelación muy lejana.

— ¿Charlton Heston, tal vez?

(El confuso había incorporado a la pregunta la respuesta que más parecía satisfacerle. A pesar de su aparente distanciamiento, el terapeuta anotó la circunstancia en su cuaderno de impresiones.)

Si aquello era una película y se ensayaba una escena de El Cid, bajo las indicaciones de Menéndez Pidal y a las órdenes de Tonny Mann, yo hacía de infiel y ante mí no se levantaba un cortijo ni tampoco la corte de Camelot, sino el alcázar de un caudillo moro.

Espoleado por la esperanza de encontrar refugio en tierras del Islam y acuciado por el galope de la collera bajé la cabeza y avivé la marcha, fijando la querencia tras la cuerda del horizonte. Confiaba en poder despistar allí a don Rodrigo y a míster Heston, salvándome definitivamente de dos picas cargadas con siglos de fanatismo.

Cuando ya había conseguido abrir hueco y empezaba a dejarlos atrás, sentí un aguijonazo en las nalgas. Apretado por el empuje de una lanza, rodé sobre la estéril tierra del corredero, mostrándole la barriga a la Luna, que asomaba un gajo de su semblante por el estrecho ventano de un alto minarete. La hora me pareció más bien temprana para lo que Catalina acostumbra. Claro, que ella estaba en lo alto de su torre y yo en el

suelo, cual agrimensor que midiera los campos con los nudos del espinazo propio.

Todavía aturdido por el golpe, me levanté para embrocarme con semejante pareja de herejes, capaces de alancear a un enemigo que ya huye sin ofrecer resistencia. No pude hacerlo. Ya no estaban allí. Ni El Cid Campeador ni tampoco su sosia cinematográfico. Desaparecieron en el aire. Los desintegró un rayo de menta y de caramelo. Una centella de plumas que sobrevoló el cortijo y originó un corte de fluido eléctrico, dando al traste con los planes de rodaje.

En el lugar que, hasta ese mismo instante, había ocupado un plató poblado de extras indígenas, sólo encontré un hombre insignificante. De cuerpo tan recio como seco. Le seguía otro, de tan buen cuidado, que además de las carnes propias parecía llevar aparejadas las que desechó su compañero. Vestía el tal amparador de paño burdo y por toda lanza portaba vara y media de caña. Aunque, tal vez, sólo fueran tres cuartas de una fina verdasca, o quizás un jeme de mimbre seco.

Del refulgente yelmo que seguía mis pasos no sólo quedaba rastro todavía, sino que éste se acrecentaba con cada cambio de artista. Ni el casco de Arturo, coronado por un dragón, ni la aguerrida celada de Mio Cid, ni tampoco el mismísimo yelmo de Mambrino, con ser mágico y de oro pulido, habrían brillado más que el morrión que cubría el enjuto campanil de aquel Caballero de la Triste Figura. Sobre la cabeza de tan distinguido garrochista campanilleaba una bacía de barbero labrada en el más fino azófar. Tan propia, que no le faltaba ni la escotadura para acomodar el pescuezo de los parroquianos.

El hombre se cubría los huesos con una loriga más gastada que nueva. Sujeta al tahalí pude ver una espada de mediana forja. Más que la presencia de una virgen, en la adarga antigua que embrazaba contra el pecho campeaban las prendas de alguna moza notable. Lanza sí portaba, caballero parecía. Un hidalgo español a horcadas sobre una espina de arenque.

Las carnes de la cabalgadura hacían honor a las de su amo. Nunca antes había sido representado tan descarnadamente el bíblico sueño del hambre. No uno, sino siete Babiecas que hubiesen servido al Cid Campeador habrían desaparecido allí mismo, devorados por las siete hambres atrasadas de un asténico Rocinante, al que, a la hora de mamar, el rucio de Sancho trataba sin duda poco menos que como hermano mellizo.

El poderoso Babieca, que, una vez restablecida la corriente eléctrica, había regresado de la secuencia anterior, poseído por la insaciable curiosidad de los que se nutren a placer y duermen satisfechos, interpeló al famélico corcel.

- "Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?"
- "Porque nunca se come, y se trabaja."
- "Pues qué es de la cebada y de la paja."
- "No me deja mi amo ni un bocado."
- "Anda, señor, que estáis muy mal criado, pues vuestra lengua de asno al amo ultraja."
- "Asno se es de la cuna a la mortaja. ¿Queréislo ver? Miradlo enamorado."
- "¿Es necedad amar?"
- "No es gran prudencia."
- "Metafísico estáis."

– “Es que no como.”
– “Quejaos del escudero.”
– “No es bastante. ¿Cómo me he de quejar en mi dolencia, si el amo y escudero o mayordomo son tan rocines como Rocinante?”

– ¿Qué os parece el verso?
(Sentado en el umbral de la sonrisa, el confuso esperó con interés la respuesta del terapeuta.)

– No está mal. Aunque sea de Cervantes.
– Es que dicho así, en viva prosa, la poesía mejora lo suyo.

– El ojo del amo engorda al caballo.
(El terapeuta caminaba a pasos muy cortos hacia su interlocutor, mirándole directamente a los ojos, al mismo tiempo que se recreaba en el vuelo centrípeto de la sentencia.)

– Siempre que el amo no sea un ciego y ande dando tumbos por ventas y molinos. Que el corazón no es el mejor de los lazarillos para andar los caminos de España. Lo dice alguien que ha estado en todas las ferias y las conoce por dentro y por fuera. Mas no quisiera desandar mi relato, así que devuelvo el carro a las rodadas de mis desdichas.

(Las espaldas del confuso cedían bajo el costal de la pesadumbre.)

Tan flacas eran en verdad las carnes de Rocinante que ni la horcajadura de Don Quijote desentonaba sobre la osamenta del rocín. Se ve cada anorexia por esos tentaderos de Dios, que poco o nada pudo extrañarme la doble radiografía del caballista y de su jaco.

Sintiéndome alanceado, en pleno campo, y a la vista

de Alonso Quijano y de Sancho Panza supe, inmediatamente, que no me hallaba en La Mancha, sino camino de El Pilar, que tampoco ofrece mal cartel.

Me andaba, sin duda, por la segunda parte "Del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha. Año 1615. Con privilegio. Impresa en Madrid por Ivan de la Cuesta".

– Estaba justo al final del capítulo LVIII.

(La precisión con la que marcaba los terrenos el confuso sorprendió al terapeuta.)

– ...“y así, digo que sustentaré dos días naturales en mitad de ese camino real que va a Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están son las más hermosas doncellas y más cortesés que hay en el mundo, exceptado sólo a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.”

El valeroso hidalgo, que acababa de comer en un prado con las “zagalas contrahechas” y con otras pastoras y rabadanes, se levantó de la silla y dio al instante señales de que no hablaba a humo de pajas. Don Quijote se encaramó en Rocinante. Embrazó el escudo. Tomó la lanza y “se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba”. Sancho le seguía en su rucio. “Toda la gente del pastoral rebaño” se fue tras ellos, para “ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento”.

– “¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de a pie y de a caballo que por este camino pasáis, o habéis de pasar en estos dos días siguientes! Sabed que don Quijote de la Mancha, caba-

llero andante, está aquí puesto para defender que a todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando a un lado a la señora de mi alma Dulcinea del Toboso. Por eso, el que fuere de parecer contrario, acuda; que aquí le espero.”

Dos veces había tronado el desafío en la boca del hidalgo manchego cuando todos los espectadores se apartaron, bien lejos del camino, al ver que se acercaba “una muchedumbre de hombres de a caballo”, en la que no faltaban lanceros de postín. Todos los jinetes corrían un encierro, tan puntero de cuerna y sobrado de remos que ni en Pamplona los habría mejores. Alonso Quijano y su escudero permanecieron, sin embargo, en medio del corredero. El uno acosando al mundo y el otro amparando a su señor.

– “¡Apártate, hombre del diablo, del camino que te harán pedazos estos toros!” Le gritó a don Quijote el lancero que abría paso al tropel.

– “¡Ea, canalla –respondió don Quijote–, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría el Jarama en sus riberas! Confesad malandrines, así, a carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si no, conmigo sois en batalla.”

No hubo tiempo para más. “El tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que a encerrar los llevaban a un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre don Quijote, y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándoles a rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado don

Quijote, aporreado el rucio y no muy católico Rocinante."

No hubo mayores desgracias, por lo que Alonso Quijano aún pudo ponerse en pie y correr tras la vacada.

— "¡Deteneos y esperad, canalla malandrina; que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata!"

Pocos hubieran sospechado de tan generoso personaje, y yo menos que ninguno, que no concediese la ventaja del olvido al que huye sin proponer batalla, aunque acabe de revolcarte, pues si bien te arrolló con las prisas, antes te había advertido que pasaba el expreso de Zaragoza y tú estabas en mitad de los raíles.

Comprobé enseguida que el revolcón no había arretrado los ánimos de Don Quijote. El garrochista ni exageraba ni fingía. Para demostrar que no cabe el engaño en el corazón de un caballero andante, el hidalgo manchego me apuntó con la barba e hizo ademán de montar de nuevo la pica, dándome con ello notorias razones para volver grupas y enfilar el camino. Si no el real que habría de llevarme a Zaragoza, sí el que pasaba por el cortijo para luego perderse en la serranía. Allí podría librarme de tanto apóstol con anteojeras, empeñado en sanar las almas con su pica. Gozaría al fin de la libertad que tuvieron los antiguos uros, sin herraderos ni mellizos, antes de la invención del ferrocarril y de las faenas camperas.

Así lo hice. Mal hecho, sin embargo. En mi ciega huida, tropecé con otro piquero andante que me citaba encaramado en una muy recia cabalgadura.

Contra él arremetí como si fuera El Caballero de los Espejos. Sólo cuando el encontronazo resultaba ya inevitable pude darme cuenta de que era El Caballero de la Blanca Luna. Un jinete de mayor rango que los anteriores, pues les ganaba en armas, en arrobos, en arreos y, sobre todo, en ganas de doblegar voluntades con la vara. ¡Qué varazo me dio! Alcalde más regidor nunca lo hubo.

Tan pronto como me tuvo enganchado con su lanza me encerró en las mazmorras del peto. Allí estuve no sé cuanto tiempo, metiendo los riñones para abrirme camino; con la cabeza hundida en los faldones del caballo, mordiéndome los labios para no berrear y diciéndome: "Andrés, por tus tres madres, levanta la cara y no aflojes, que te está mirando el ganadero. No la diñes ahora Andresino, que te la juegas. Aprieta los dientes. No abras la boca aunque este cabrito te atravesie con la garrocha. Empuja con todo lo que tengas. Mete la riñoná, Andrés, que la sin par Dulcinea sabrá recompensar tu entrega. Mira que estas oposiciones son para aprovecharlas y sacar plaza en San Isidro. Como flaquees ahora, no es que te quedes fuera del abono, es que no te llevan ni a la feria de Santa Cruz de Tenerife. Si cedes y te vienes abajo, terminas a mantazos en una capea. Por lo que más quieras, Andrés, aguanta, que luego, cuando seas crítico renombrado, podrás hablar con más hondura que nadie de la suerte de varas. La madre que la parió. Y ya veremos quién se atreve a toserte cuando llegues al café."

Tres puyazos tomé, tres. Enormes, eternos, criminales. Tan largos me parecieron que por un momento temí haber pasado de macho a mariposón. Creí que terminaría mis días empalado en mitad del corredero, con las

alas abiertas, secándome al sol de la dehesa, pinchado en una estaca cual *Papilio machaon*, para que el aplicado bachiller Sansón Carrasco mejorara nota en Ciencias Naturales. Poco me faltó, por supuesto.

Y luego dicen que en el campo no se apura a los becerros, que en la tienta sólo pegan de refilón. ¡Ya, ya! A más de un tratadista me gustaría ver con el hierro bailándole sobre las carnes del morrillo.

Es muy fácil hablar sobre la importancia de ejecutar correctamente la tienta en campo abierto cuando todavía no te han buscado la bravura hurgándote en las entrañas desde lo alto de un percherón. Lo difícil es seguir defendiendo la pureza del tercio de varas mientras intentan empalarte por la espalda. ¡Ahí es dónde se ve quién tiene afición y quién, simplemente, sufre una infección de cuernos! ¡Así se retratan los valientes! Alfilerazos les llaman algunos a esos sondeos con garrocha. Alfilerazos. Cómo se nota que nunca se vieron clavados en la punta del alfilerito. Alfilerazos. No te digo. Duele mucho más cualquiera de esos alfilerazos en las carnes que todavía sientes como tuyas, que el descabello postrero cuando sólo eres la mercancía que espera el matarife. Si lo sabré yo.

La primera vara la tomas porque supones que será sencillo derribar al caballero de la lengua pica, que parece un pavo agarrado al palo más alto de todo el gallinero. Te vas a por él con todas tus ganas y te estrellas contra el peto. En ese momento sientes que el punzón de la puya te abre las carnes. No sabes bien si huir despavorido o quedarte quieto a ver si te levantan la vara. El dolor te impulsa a poner tierra de por medio y la puya te

empuja hacia el medio de la tierra. Gana el que más aprieta. El morrillo empieza a cubrirse con borbotones de sangre. Arremetes otra vez. Aprietas con rabia. Intentas hundir al caballo y derribar al varilarguero. La púa, que continúa abriéndose camino contra tu furia, te hace desistir. Por fin, el jinete afloja la presión de su lanza y puedes retirarte unos instantes. El tiempo justo para convencerte de que si vuelves al caballo te mueres y si sales corriendo te mandan directamente al matadero. La única salida es morir matando. Y ahí te ves, volviendo a la pelea.

Este segundo asalto al castillo del unicornio es menos alocado. Todavía tienes muy fresco el mordisco del hierro e intentas eludir, en lo posible, su colmillo. Hay que fajarse con el caballo y tomarle las espaldas al caballero; arremeter con bravura cuando él se amanse, y humillarse venciendo el morrillo cuando quiera dar muestras de su bravura torera. Saber cogerle las vueltas a la leña tuerca es la más útil de las ciencias.

Aunque sea muy difícil creerlo, incluso para ellos mismos, los picadores tienen alma de torero. Andares nunca tuvieron, pero sí se adivinan las huellas de sus intenciones. Siempre llevan dentro un cacho de afición. Algunos, hasta lo sacan a relucir. En ocasiones muy señaladas, lógicamente.

Como quiera que sea, el oficio de toro es muy difícil. Sobre todo, si te toca ser bravo y tienes vergüenza torera. A Luis Miguel..., a Dominguín —el hermano de Pepe— le he oído muchas veces afirmar que la fiesta está fundada sobre la locura, pues resulta vesánico exigirle a alguien que muestre todo su arte precisamente a las

cinco de la tarde, de un día previamente señalado, ante miles de personas desconocidas y con un toro dispuesto a matarle.

Luis Miguel, al que nunca le ha faltado imaginación, no pudo ni siquiera imaginarse lo que significa que te exijan demostrar toda tu bravura al mediodía, sin previo aviso, ante las personas que decidirán sobre tu vida y tu muerte y con un picador que cobra a tanto el puyazo o, lo que es todavía peor, que pica gratis, porque le gusta.

Valle del frío, termómetro abajo

- Siete grados.
- Mantenlo ahí cinco minutos. Sólo cinco minutos.
- ¿Crees que cantará?
- Desde luego. Otros, con más motivos para cerrar el pico, cantaron al poco de entrar en la nevera. ¿Por qué razón no iba a hacerlo este portugués desgraciado?
- Parece duro.
- Tú lo has dicho, lo parece, pero eso no es suficiente para mantener el aliento. Hablará, ya verás como hablará.
- ¿Cuánto llevamos?
- Casi dos minut...os...
- La señal. Lo tenemos. No te digo. Culimbra ya está listo para el recital. Frena, frena, para aquí mismo.

El vehículo se detiene en mitad del carril. Los tres hombres salen a la noche. Su silueta vuelve a recortarse en el vano del portón trasero del camión, enmarcada en un halo de luces rojas y anaranjadas. Están en un camino vecinal, completamente solitario. No hay luces de coches, ni tampoco de una gasolinera o población. Sólo

alguna estrella parpadea en la cima de la oscuridad. Unas briznas de hielo escapan por los labios del portón cuando los tres hombres penetran en la cámara frigorífica.

— Eres un tipo listo, portugués. Sí, lo eres. Muy listo. No me importa reconocerlo. Sabes que nunca podrás disfrutar de la mercancía y prefieres que la recuperemos nosotros, sus legítimos propietarios, antes de que ese malnacido se la gaste en güisqui y putitas. Venga, dime, ¿dónde duerme el pájaro?

— No lo sé, nunca lo he sabido.

— Vamos Culimbra, sí lo sabes. Te lo dijo ella. Eres un tipo duro con las mujeres. Ya lo creo que sí. La vaciaste. Le sacaste todo lo que tenía. ¿Cómo lo hiciste amigo? Nosotros también nos la follamos, pero la chica no habló. No dijo nada, sólo tu nombre. Así que ahora te toca a ti. ¿Dónde se esconde esa mierda de crítico? Dime dónde está. ¿En qué agujero ha escondido la carga? Veinte kilos son muchos kilos, demasiados para llevarse-los sin pagar.

— No lo sé. No sé nada. Su amante me contrató para buscarle, pero no he dado con él. No sé dónde está ni tampoco el porqué se esconde. Nada, no sé nada...

— ¿Nada, nada? No quieres que cojamos nada. Quieres hacerte rico, ¿verdad? Muy rico. Todo el material para ti solito. Qué listo eres portugués, pero qué listo. Quizás ya lo tienes. Sí, eso es. Mataste al pájaro y tienes escondido el alpiste. ¿No es así? ¿Dónde está el fardo, dónde?

Ezaquiel Culimbra se come la sangre que vuelve a brotarle por la nariz mientras mastica las respuestas.

– Yo no he matado a nadie, yo no he visto ningún fardo, no sé nada de esa mercancía.

– Nada, no sabes nada. Pues te advierto que tampoco sabes lo que es el frío, el verdadero frío, no este que hace aquí. Todavía no hemos sacado la sierra. Apenas si estás a 2 grados bajo cero. Una miseria. Cuando lleves unos segundos, tan sólo unos segundos, a menos 30 grados, se te empezarán a congelar los pulmones y los bronquios se te astillarán. Para entonces, hasta te habrás olvidado de que tenías manos y piernas. Sólo serás un garabato empalado en una estaca de aire vítreo, un muerto recién congelado. Nada especial, pero, eso sí, muy fresco, fresquísimo. Decide tú mismo, que aún puedes evitarlo. Está en tus manos.

La silueta de Silicio se recorta contra un muro de carne helada. Las canales de añojo se arriman unas a otras, músculo contra músculo, grasa contra grasa, buscando protección. Silicio apura un cigarrillo, afianza a Ezaquiel Culimbra por los pelos, le zarandea la cabeza y vuelve a la carga.

– Mira, portugués, todo esto es muy desagradable, y tienes en la punta de la lengua la posibilidad de que deje de serlo. Basta con que nos digas una palabra. ¿Dónde está el periodista? ¿Dónde se esconde el Anilina? ¿Qué ha hecho con la mercancía que le entregamos? ¿Dónde está el dinero?

– No lo sé. Es la pura verdad. No lo sé. No he podido averiguarlo todavía.

– Bien, tú lo has querido. Te crees muy listo. Pues vale, aquí te quedas. Disfruta del clima. Abajo, venga. Cerrad bien la nevera y en marcha, que ya estamos cerca.

Los tres hombres vuelven a la carretera. El portón trasero del vehículo gira sobre sus goznes con la pesadez de un párpado dormido. La oscuridad se apodera del cajón, amarrando sus esquinas a la fosforescencia del interruptor que conecta con la cabina.

– ¿Cuánto le pongo ahora, jefe?

– Diez, ponle menos 10 grados. Y acelera, a ver si se le clavan los baches en el alma. ¡Maldito portugués!

– Es demasiado. No resistirá.

– Eso es cosa mía. Tú límitate a conducir. Ya veremos si continúa mudo o habla como una cotorra.

El camión retoma su camino hacia los hielos perpetuos, taladrando la madrugada con los palpos de sus faros. En la cabina, los tres hombres permanecen en silencio. El jefe del grupo mantiene los ojos fijos en el indicador de la temperatura, que baja con rapidez digital. Menos 5º centígrados, menos 6º, menos 7º, menos 8º, menos 9º, menos 10º...

– Llama, portugués estúpido, llama.

– Es duro el tipo.

– Ya se ablandará. Veréis cómo se ablanda. Ahora, un minuto a menos 20 grados. Un minuto y ni un segundo más. ¿Comprendido?

– Okey, jefe, comprendido. Sólo un minuto.

El silencio inunda de nuevo el palco volado sobre la agonía, agrandando las palpitaciones rojizas del indicador de la temperatura que oscila entre décimas arriba y décimas abajo de los menos 20º centígrados.

– Ya. Párate ahí. Veamos si ahora quiere hablar. Id a verle vosotros, que yo voy a coger una pulmonía con tanto entrar y salir de la nevera.

Los dos subordinados bajan y pronto se oye el crujido de los cierres del portón. Instantes después regresa Trenon, el más joven.

– Jefe, no responde; se ha desmayado.

– ¿Qué se ha desmayado? No, si todavía se nos muere en las manos. Tú quédate aquí y sube la temperatura inmediatamente. Voy a ver cómo está.

– No hay manera, jefe. Está abarrancao.

– “Abarrancao.” No te fastidia el académico. “Está abarrancao.” Déjame a mí. Dame tu petaca.

– Es ron cubano.

– Mejor. Dámela.

– Verás como este cabrito recobra de una vez el aliento. Tómame un trago portugués, sólo uno. Eso es; otro poco, así. Anda, descuélgalo del gancho, y tumbalo. Pero no le desates las manos. Y átale también los pies, no vaya a ser que vuele el pollo después de muerto.

– ¿Sabía usted que las pegas beben sangre? ¿No lo sabía? Pues ya lo sabe. Todos los córvidos la beben.

(El confuso posó la mirada en los celajes de la estancia. Un carrusel de luces fosforescentes pasaba en ese momento tras las celosías de la escayola. El terapeuta plegó el cuaderno de notas, envainó la pluma y abandonó los medios, dejando al confuso embebido en una rodaja de silencio. El aire era una sábana añil bordada de aletazos.)

The first of these is the fact that the
government has a monopoly on the
production of money. This is a
power that is not shared by any other
entity in the economy.

The second is the fact that the
government has the power to tax. This
is a power that is not shared by any
other entity in the economy.

The third is the fact that the
government has the power to spend. This
is a power that is not shared by any
other entity in the economy.

The fourth is the fact that the
government has the power to regulate. This
is a power that is not shared by any
other entity in the economy.

The fifth is the fact that the
government has the power to enforce. This
is a power that is not shared by any
other entity in the economy.

The sixth is the fact that the
government has the power to punish. This
is a power that is not shared by any
other entity in the economy.

The seventh is the fact that the
government has the power to reward. This
is a power that is not shared by any
other entity in the economy.

The eighth is the fact that the
government has the power to create. This
is a power that is not shared by any
other entity in the economy.

The ninth is the fact that the
government has the power to destroy. This
is a power that is not shared by any
other entity in the economy.

The tenth is the fact that the
government has the power to control. This
is a power that is not shared by any
other entity in the economy.

E DOMINGO

Bajo las encinas el tiempo no pesa, flota. Es un barquito de momentos a la deriva sobre la piel del agua. El temblor de un junco, en el que tal vez se posó el relámpago azul de la libélula, lo despega de esta orilla. Un alcaudón real cruza los aires y, en su vuelo, arrastra al esquife de las horas hasta el centro del estanque. El reflejo de una rama detiene a la almadía con un abrazo de sombra. Bosteza la charca. Quizás la inmersión de algún galápago o el salto del ángel ejecutado por una escudrilla de ranas verdinegras arrastren las tablas del bote. A lomos de un alazán de hondas huidizas galopará, desde el corazón del ojo hasta las uñas de la mirada. No importa el rumbo. Cuando concluya la singladura, lo verás atracado en la bahía de un nenúfar amarillo, en un puerto de juncias y ranúnculos o en la catedral umbrosa de las espadañas.

Y así un instante contra otro instante. El tiempo continuará siempre a flote. No es posible el naufragio en el

reloj de las dehesas. No hay segundos ni minutos ni horas ni días ni meses ni años para medir los años y los meses y los días y las horas y los minutos y los segundos en el campo. No existen cronómetros ni calendarios. Sólo las sensaciones. Las reacciones del propio cuerpo. La luz, la sombra, la calima, el rocío. Unas veces el dolor y otras su falta. La ausencia reconforta cuando no hiere. La felicidad sólo es un cascarón del que huyó la desdicha.

Tampoco hay lugar para el llanto. Los ojos no saben llorar cuando el corazón descansa. La tristeza y la alegría te bañan la piel. Eso es todo. Vives sumergido en un estanque de mensajes. Inspiras estímulos. Respiras reacciones. Callar es una respuesta. Mugir puede ser un silencio. El grito turmalina del gallito real es un aviso incuestionable.

El viento emborracha la tarde con perfumes de hembra en celo. En una cerca lejana se escuchan roncadas llamadas a la guerra. Mucho más lejos, otra voz, bronca y apagada por la distancia, responde a un reto que no tenía destinatario concreto. Una vez concertada la batalla, los contendientes bufan con estrépito. Escarban. Se buscan. Se encierran en la casulla inconsútil del polvo y allí miden sus intenciones. Hay un fragor de cuernas. Un vendaval de resoplidos estalla en las desembocaduras de los orificios nasales. Belfo contra belfo. Ojo contra ojo. Testuz contra testuz.

Nada detiene el doble abrazo de las encornaduras. La ira se pesa gramo por gramo en la balanza del combate. El fiel oscila indeciso sobre el cráter rugiente de las dos cabezas. Los músculos se rebelan bajo la piel. Amenazan con abrirse a los aires y hacerse claveles de carne.

Nada parece decidido, pero alguien cede. Uno cae. El otro rompe el abrazo de los puñales. Desenvaina los pitones y derrota contra las tablas indefensas de su contrincente. ¡Sangre, hay sangre! Más viva que el fuego. Más roja que el granate. El arrendajo vocea la primicia gritando de esquina a esquina. Luego, la tierra recobra la calma. Poco a poco se apaga el aroma de los carmines calientes.

Pasó el peligro. Casi nunca llega la sangre al río. O si lo hace es porque el herido busca consuelo en el surco fresco de la orilla. Pronto sanará. O tal vez nunca vuelva a ser lo que fue. Su vida, impermeable a las horas y a los días, quizás quede marcada por el antes y el después de una derrota, por un estallido de debilidad o de nobleza. Nada más. Emociones, sentimientos, compases, sensaciones.

El tiempo no pasa entre las encinas. Vive bajo ellas. Golpea contra el espigón de los riscos o queda embarrancado en la brisa. Eternamente dormido. Sempiternamente en vela. Le gusta estirarse sobre los troncos del tedio, como un leopardo satisfecho, para que el aire se pinte la piel con rodales de oro y de sombra.

Si algo echo de menos, son aquellas tardes a las que había que llevar a empujones hasta el horizonte, para que dieran paso a la noche. Añoro los amaneceres en los que la luz saltaba las tapias de la madrugada y se abría de capa frente a los cuernos, turbios aún, de los primeros rayos solares. Comenzaba así una faena honda, intensa, lentísima, rematada con un volapié que encendía de rubíes los quicios del crepúsculo. El aire se poblaba

entonces de pañuelos blancos, o de estrellas azules, ya no sé muy bien, hasta que asomaba la Luna y blanqueaba los cielos con azogue. Después, cuatro luceros, bruñidos de cascabel y de sombra, arrastraban las brasas del ocaso hasta el desolladero, mientras en los corrales del alba escarbaba el toro de un nuevo día.

– No conoceré más primaveras como aquellas lujurias de campos en flor. ¿Verdad?

(La pregunta del confuso sorprendió al terapeuta, que caminaba a pasitos hacia su espalda, en un enésimo intento de componer la figura.)

– Tampoco volveré a saborear ambrosías como aquellas hierbas. ¿Verdad que no?

(El terapeuta, con todos sus sentidos consagrados a vaticinar las reacciones del confuso, mantuvo un distante silencio, incapaz de encontrar el sentido último de tales interrogantes.)

Pastos jugosos, amables, hijos de la lluvia, vírgenes de toda yunta, libres de cualquier arado, nutricios yerbazales que aplacaron mis angustias de eralillo sin pan, corralitos de carretón, mullido tesoro, tiernas alfileteras, pipirigallo de sabroso néctar y apetitosas semillas, alfalfas de frescas hojas, floridas de azul, cebadas, vezas, avenas, rollizos garbanzos, succulentos guisantes montaraces, altramuces robustos y otras habas, os juro que se me secaría el corazón antes que olvidaros. Bien sabéis que jamás hubiera llegado hasta aquí sin vuestro generoso viático.

Me devolvisteis a la vida y todavía corréis por mis venas. ¿Cómo pagaros? Yo que os comí primero con ansias y luego os devoré ansioso, que hollé tantos brotes

con mis pezuñas y apuré los mejores tallos hasta la raíz, que dormí sobre el más perfumado de los lechos y nunca volví atrás para reparar las consecuencias de mi paso, ¿qué puedo hacer para expiar mi soberbia? ¿A cuánto accede la deuda de quien tuvo el paraíso de las hierbas a sus pies para haber alcanzado la cima de la gloria, y ahogó su talento en la melancolía?

Y, además, tuvo que pasarme a mí, que en lugar de mugir recitaba de memoria la tauromaquia de José Delgado, Pepe-Hillo. Precisamente a mí, que con Pedro Romero y con Jerónimo José Cándido fui preceptor de Francisco Montes, Paquiro, y de tantas y tantas figuras, en la primigenia y sevillanísima Escuela de Tauromaquia, que ordenó fundar su majestad el rey Don Fernando VII. A un toro de monumento como yo, que le dictó las primeras letras a José María de Cossío. A un macho con tan gran cuajo, que nunca supo de caperucias rojas ni de gatos con botas ni de patitos feos, porque siempre, siempre, siempre que se sentaba en el café Madrileño escuchaba las hazañas de Jaquetón, lidiado en Madrid en la tercera de abono de 1887, una tarde en la que se tomaron 48 varas y murieron 20 caballos; las historias de Caramelo, colorado de capa y veletto de cuerna, que el 15 de agosto de 1848 mató a un león y a un tigre en Madrid. El mismo Caramelo que el día 9 de septiembre de ese año de 1848 fue corrido en lidia ordinaria y mató 12 caballos, otorgándosele el indulto. El toro que, tocado con una guirnalda de flores, volvió a salir al ruedo el 11 de noviembre de aquel célebre año y nuevamente regresó a los corrales coronado con el perdón de los fieles devotos de la bravura. Toros heroicos como

Liebro, que en 1865 se enfrentó al elefante Pizarro, en la Plaza de Madrid, hiriéndole en la trompa y ganando por abandono del paquidermo, contra el que había arremetido siete veces. O como Algarrobo, castaño, aldinegro y veletto, que el 24 de mayo de 1874, saltó al callejón de la plaza de Córdoba, mató a una mujer, —que huía al ver que el toro se le echaba encima—, y le dio cuatro cornadas gravísimas al cabo de la guardia municipal que intentaba auxiliar a la aficionada. Después, este memorable Algarrobo tomó ocho varas y mató tres caballos, antes de doblar herido de muerte por el acero de Lagartijo.

Por no hablar de Islero, que en 1947 abrió el capítulo de la muerte de Manuel Rodríguez Sánchez, Manolete, en Linares, y pasó una de las más amargas páginas de la historia taurina. ¿Y qué puedo decir de Bailaor, que el 16 de mayo de 1920 nos dejó sin José Gómez, Joselito? Incluso de Perdigón, que el 27 de mayo de 1894 convenció a Manuel García, Espartero, de que las cornás del hambre serán más, pero nunca suelen ser tan definitivas como las de un miura colorao, ojo de perdiz, listón y astifino.

Leyendas envueltas en magia. Toros de miedo. Yo había renacido en bravo para estar entre ellos. En el frontispicio de la mitología taurica. Y estoy aquí desgranando quejíos. ¿Hasta dónde alcanzan los intereses que debo pagar por mi fracaso? ¿Qué casta y qué trapío tenía el mulato, listón, calcetero y bragao de mi hermano que no tuviera yo? ¿Qué bravura y qué nobleza puede esperarse de ese caimán de los campos? ¿En qué ubres de la tauromaquia había mamado él para que primero lo pro-

basen en la retienta de machos y luego sentase plaza como semental?

Tiemblo sólo con pensar en las piaras de asesinos que asolarán los ruedos. Que comulguen los toreros y que vayan llorando sus madres, habrá clarines de luto en todas las plazas del orbe. La sangre chorreará por las callejas abajo y por más gordos que sean los leños y más astillas que se le saquen, no habrá cruces suficientes para tanto funeral como se avecina.

Fueron la torería y la vergüenza las que me impidieron jugar con ventaja. Nadie conocía el naipe mejor que yo. Sin embargo, cuando me tocó barajar y repartir no quise aprovecharme de ello para llevarme la partida a mi terreno. Si me hubiera revuelto con más pies al ser volteado en el corredero durante la tienta... Si me hubiese arrancado de largo al caballo en el segundo puyazo, metiendo los riñones, con la cabeza fija en el peto... Si al menos no hubiera coceado, mientras huía despavorido, al sentir la aguja de la primera vara sobre la piel... Seguramente entonces me habrían dado plaza en Madrid o en Sevilla, en La Magdalena o en Pamplona, en una feria de provincias o, al menos, en el Sud-Est, que Béziers, Nîmes o Arles no quieren ser menos que las plazas del Sud-Ouest, y más de un año le mojan la oreja a Dax, incluso a Mont-de-Marsan, y no digamos a Bayona.

El día del embarque aún sospeché que me darían la oportunidad de la retienta en alguna otra finca de la casa. Habiendo vivido yo dentro del cortijo, cuando era recental y me envenenaba la retinta de infausto recuerdo, no convenía meterme al caballo entre tapiales que ya conocía. Imaginé que por eso me trasladaban. Sobre

todo porque, al venir encastado en crítico, tendría facilidad para el aprendizaje y el que me quedara con los detalles supondría un grave riesgo para quien tuviera la honra de lidiarme si el ganadero, finalmente, renunciaba a reconstruir con mi estirpe la bravura primigenia de su vacada y elegía para semental a un torito más llevadero.

– Siempre en el caso, improbable, claro está, de que no me diesen un puesto en la plantilla de padrillos.

(Se enmendó con prisas el confuso.)

Cuando ya llevaba varias horas encerrado en un cajón –a lomos de un camionete, de poco fuelle, que avanzaba alternando caminos infernales con carreteras de buen firme–, en los zocoteros del frenazo, la curva, el bache y el acelerón, me convencí de que en lugar de conducirme a la retienta en una finca cercana me habían vendido directamente a algún ganadero de otra región que pretendía, con excelente criterio, refrescar la sangre de su encaste. Yo había nacido para padrear y ya me veía camino del serrallo con otros tres compañeros de amoríos.

El camión hizo un alto junto a la carretera. El ruido de los demás vehículos, que pasaban muy cerca, me impedía reconocer por la voz a mis tres vecinos de cajón, así que traté de identificarlos por el olor.

Aunque la mayoría de los taurinos lo ignoren –incluso puedo asegurar que ningún torero lo sabe–, cada toro huele de una forma particular. Propia, inconfundible. Hay olores claramente animales: a cuero, a manteca rancia, a piel húmeda, a pluma de perdiz en celo, a pasos de mujer. Aromas de almizcle y de esencias de varón distin-

guen a los más notables. Otros, sin embargo, recuerdan la fragancia del suelo mojado por las primeras gotas de lluvia, el extracto del heno fresco, de la tierra vegetal recién removida, de la hierba que acabas de morder.

Hay toros que dejan tras de sí jirones de humo y los he conocido que parecían haberse bañado en alquitrán ardiente. Algunos huelen a vino añejo. Otros, a nueces y a brandy. Muchos llevan enredados en los pitones el perfume del tomillo, del orégano, de la madre selva, de la leche de pájaro, de la rosa albardera, del peruétano, de la retama en flor, del galapero, de la jara y de la noche ablandada por el relente.

El mulato siempre me olió a herrumbre, a vinagre mezclado con azufre, a espinos de alambre, a mala leche cortada, y a otras aguas de colonia por el estilo. No te podías fiar ni de su sombra.

En el camión no iba. Lo sé, no por la ausencia de su pestilente rastro, sino porque lo había visto montar sus primeras vacas en la resolana de un corralito encallejona cuando a mí ya me subían a la camioneta.

Por más que lo intenté no pude averiguar la identidad de los tres utreros que compartían conmigo el viaje hacia el valle de las vacas ardientes. Aunque la pituitaria de un toro es una balanza de joyero, por las rendijas de mi cajón sólo se filtraba el nauseabundo hedor del gasóleo. La vuelta al zocoureo de la carretera me hizo desistir de mis pesquisas y concentrarme en la obligación de llegar lo menos molido posible a la finca de mi destino.

Quizás un par de horas después, el camión volvió a realizar una nueva parada. Inmediatamente escuché el parloteo indescifrable de las conversaciones. Me pareció

que había bastantes personas esperándonos en la finca. Según caía el chorro de luz desde las holguras de la claraboya, el volumen del vocerío se fue incrementando paulatinamente. La confusión, también. No sólo no entendía ni una palabra de lo que se hablaba, como siempre, sino que cada vez me resultaba más difícil distinguir un vocablo de otro. Las voces se superponían en un indescifrable amasijo cacofónico. Me sentí preso en una tortilla de ruidos.

Había empezado a dormirme cuando, a lo lejos, sonó el navajazo de un clarín. Alguien abrió uno de los cajones. El pelo se me erizó. Amusgué las orejas y reculé contra el fondo de mi caja, temiéndome lo peor: me iban a torear. ¿Torearme? ¿A mí que estaba llamado a inundar la tierra con genes de selecta bravura? ¿Picarme a mí? ¿Ponerme banderillas? Destituirme de semental, ¿a mí? ¡Qué disparate! ¡Qué despilfarro! ¡Qué faena!

Pero, ¿cómo iban a torear-me? No era posible. En el camión sólo había cuatro cajones. Los conté varias veces antes de que me encerrasen en el último de ellos. Cuatro embalajes de madera para cuatro torillos de fantasía. Ni más ni menos. Cuatro jaulas. Una, dos, tres y cuatro. ¿Y dónde se ha visto una corrida de cuatro toros? ¿Dónde?

Además, que ni yo ni mis compañeros de cartel dábamos la edad ni el peso que exige Madrid. Calculé, por la falta de cuajo, que sólo éramos utreros. Y, encima, estaríamos en los primeros peldaños del escalafón. Cierto que me habían cebado con alguna ración de habas en los días previos al embarque, pero aunque los piensos pongan kilos no dan hechuras ni cuerna de la noche a la mañana. ¿Cómo pensaba la empresa colocarle al público

semejante engaño? ¿Cómo pretendía darle el timo de la estampita a toda una plaza por mucho avaricioso, julay y lila que hubiera en los tendidos? Simplemente intentarlo era ya una gravísima ofensa. Primero a los veterinarios, después, al respetable. La Prensa no lo iba a consentir. ¿Qué significaba, pues, toda aquella pantomima?

Amén de que teníamos el hierro del año bien a la vista. Todos llevábamos la edad escrita en la piel. El rombo acostado que nos clavaron a fuego vivo en la paletilla el día del herradero debía de decirle algo a quien lo supiera leer. ¿Qué podía significar? Lo ignoro, pero algo de peso, seguro.

A más de un pillo se le iba a caer el pelo por querer dar el tocomochó a toda una plaza. En el mundo del toro todavía hay autoridad. Aquí funciona la Policía. Y no digamos la Guardia Civil. Menudos son los verdes cuando se empuñan. No sucede como en la calle. No señor.

Seguro de que íbamos a ser lidiados nunca lo estuve tanto, como de que, en cualquier caso, estábamos en la antesala de una ominosa lidia fraudulenta. Aquello no podía ser una corrida. De ninguna de las maneras. La autoridad gubernativa debería tomar cartas en el asunto inmediatamente. Aunque se pueda hacerle creer a la mayor parte del público que los toros siempre parecen becerros vistos desde lo más alto de los tendidos, otra cosa muy distinta es convencerla de que los números también menguan cuando se les mira desde arriba.

Ni siquiera el caimán mulato de los calcetinitos blancos podría hacer el malabarismo de soltar a la arena a cuatro utreros y que los espectadores salieran de la plaza

convencidos de que habían visto la lidia de seis toros. En este mundo, todo tiene un límite. Incluso en los pueblos.

– Policía. Policía. Policía.

Intentaba gritar dentro del cajón, pero por la boca sólo me salían berreítos.

En estas me andaba cuando la hoja barbera del clarín dio un segundo tajo a la empanada del bullicio. Sentí claramente que se abría la corredera de otro cajón. Enseguida percibí ruido de coces, de tablas corneadas.

El público recibió con bronca a mi segundo compañero de fraudulento infortunio. El mugió en justa correspondencia.

– Ese mugido, que como vacuno entendí perfectamente, no tiene equivalencia en el lenguaje humano. No hay traducción posible, así que no lo traduzco.

(El confuso se había excusado sin dejar de acosar con sus palabras al terapeuta, que estiraba el cuello junto a las tablas y se ajustaba el indumento de trabajo. Parecía algo inquieto el hombre.)

Al poco rato sonó el ruido de una ola rompiendo contra la flama del aire. Y enseguida otra más intensa. Y luego otra. Y otra más. Y otra. Mi vecino de terna –de jaula, quiero decir– debía de estar dando buen juego en el ruedo, porque el alboroto iba en aumento. Era un griterío acompasado, casi musical. Parecía la espuma del oleaje rompiendo contra una playa solitaria. En una caleta de arena rubia encerrada entre altos acantilados de humo, clavel y mantilla. Me resultaba un sonido tan familiar, y a la vez tan extraño, que encontré en él una gota de luz, una rendija de esperanza en el extremo de un negro túnel sólo habitado por la confusión.

Lamentablemente, alguien arrancó en ese instante el camión que, con un seco y escandaloso ronroneo que zarandeaba las tablas, avanzó un metro escaso para enhebrar la boca del tercer cajón en la puerta de toriles. Cuando se apagaron los estertores del motor, ya había desaparecido el oleaje. El vocerío sonaba ahora de modo muy distinto, inarmónico, destemplado, acre, mordaz.

La irritante sensación de que se le había roto más de una cuerda a la bandurria de la tarde clavó sus uñas en mi ánimo. El siguiente bocinazo me desgarró los tímpanos. No había terminado de subir la compuerta de corredera, cuando ya arreciaba el malhumor del público que recibió al tercero del festejo con un griterío infernal. En ese instante me hubiese desmoronado sobre las heces que cubrían el fondo del cajón, si la estrechura del habitáculo no impidiese cualquier flaqueza de ánimo a un toro bravo.

Allí quedé, medio doblado y medio entero, invocando a los dioses celestiales y a los encornados. Pidiéndoles a todos que se apiadasen de mí en tan decisivos momentos, que fortaleciesen mis carnes y mi bravura para soportar con dignidad el sino glorioso de mi casta.

— Si el mundo quiere verme morir sobre el dorado arbero, no le privaré yo de semejante honor.

(El confuso elevaba paulatinamente el timbre de su voz, al tiempo que buscaba con la vista al terapeuta, perdido en los más penumbrosos terrenos de la estancia.)

Este cáliz de sol y de sombra recogerá el rojo bramido de mi noble sangre. De cada gota que vierta en el altar del sacrificio brotarán chorros de bravura, fuentes de

gloria, ríos de fama imperecedera, mares de columnas periodísticas, océanos de tertulia en el café Madrileño.

Más de uno se ganará la vida repitiendo, por esos casinos de Dios, la bonita conferencia consagrada a explicar que él estuvo allí aquella tarde y bien pudo haberse muerto en aquel preciso instante, confortado con la tranquilidad de haber visto lo que vio y convencido de que sus ojos ya no volverían a ver jamás lo que aquel día vieron.

El clarín dio un cuarto banderazo de salida. La tabla de mi cajón se elevó a los cielos. Un vendaval de luz caliente se precipitó en la gayola, arrinconando a las sombras. Guiné los ojos y tremolé las astas. Alguien palméó las tablas llamándome desde la plaza. Dudé. No sabía si salir del cajón o morirme de miedo en aquel ataúd motorizado. Tampoco tenía muy clara la forma en que debía de salir. A mis pies vi una rampa asfaltada de boñigas secas. Bajé con precaución. Aun así, resbalé y puse el culo sobre la arena antes que las manos. El respetable echó los pies por alto, sacando a relucir las herrumbrosas hoces y las astifinas horquillas de su descontento.

Rápidamente me levanté y salí al redondel. La cara alta. La cuerna al viento. El vientre recogido. La mache-dumbre descendida. El rabo desplegado en toda su longitud, como si en lugar de toro fuera un cometa. Jabonero en sucio, pero, al fin y al cabo, una efemérides astronómica que no se puede ver todos los días. Intuí que había un murmullo de aprobación en los tendidos.

En el sol vi volar un capote y hacia él me fui. Me citaron en la sombra y hacia la sombra galopé. Recorrí el

platillo con alegría. Respondí inmediatamente a cualquier revuelo del percal. Potente, con fijeza, orgulloso de mi casta.

Toda la plaza supo que allí había un toro con movilidad. Pero no abanto ni huido ni gazapón ni receloso ni pronto ni mucho menos incierto. Más áspero, por la sequedad y dureza de sus arranques, que propenso a la docilidad y dulzura de los toros boyantes. Aunque, sin haber perdido por ello la nobleza, acometividad y largura de embestida que caracteriza a esos astados. ¿Algo pegajoso? Tal vez. Por la disposición a revolverme con prontitud en la ejecución de los lances, pero en modo alguno probón.

Si alguien esperaba ver en mí a un novillo con genio, con temperamento, de los que se arrancan al galope, siempre listo para responder a todos los cites, fiero, encastado, de aquellos que se crecen con el castigo, como se espera de un toro al que sólo es posible llamar bravo, se llevaría un gran chasco. No señor. Yo no era eso. Yo era mucho más que eso. Muchísimo más. Y estaba dispuesto a demostrarlo ante el mundo. En el redondel no había un novillo muy bravo, bravísimo, sino un toro de bandera. Superior en cada uno de los tercios. Vibrante con el capote, profundo con la muleta. Un guerrero de los que toman tres varas, o las que hagan falta, sin rechistar ni retroceder ni un milímetro en su asedio al caballo. Un trueno de gallardos andares. Tan resistente al manojo de banderillas, que nadie llevaría con más elegancia media docena de rosas sembradas en la espalda. Un titán de los que no se caen ni escarban ni mugen ni abren la boca aunque se estén ahogando en su propia

fiereza. Simplemente eso. Un toro. Perfecto. Nacido para el indulto. Una fuente de la primitiva casta, un torrente de gloriosos genes, un yacimiento de la antigua bravura. Ese era yo.

En los pocos segundos que llevaba en el anillo, mis credenciales de macho, con visión de lo que debe ser la lidia, y de crítico cuajado habían quedado patentes ante cada uno de los burladeros. El público lo comprendió inmediatamente. Los recalcitrantes, también. Fueron los primeros en rendirse a la evidencia.

No había muchos espectadores en los graderíos. Menos de media entrada. Claro, que la plaza tampoco era muy grande. Ni muy bonita ni muy antigua ni tampoco muy nueva. No estaba recién blanqueada ni había suficientes restos de pintura en las tablas del callejón para adivinar cuándo fue la última vez que vieron la brocha. Parecía un coso de mucho trato y de pocos tratamientos. Yo no lo había visto nunca antes. Y mira que uno ha visto plazas. No por haber sido chaqueteado en ellas, ¡Dios me libre! Como crítico taurino. De La Prensa de Madrid se entiende.

Entre los diestros tampoco encontré rostros singulares, pero eso me extrañó menos. Estaba más que acostumbrado a las latas de perrunillas recién sacadas del horno. Todas iguales. Aunque quizás aquella se coció un poco más y esta cogió demasiado azúcar. Mejor así. Los rostros sin facciones ya no me encogían el ánimo. Incluso ofrecían ventajas. "Se torea como se es", dijo Belmonte. Y es cierto. Con tanta uniformidad, bastaría que uno se abriera de capa para conocer de qué lance cojeaban todos los demás.

Jamás podría haber imaginado, cuando profesé como crítico, que la rutina de las escuelas y la cochura en serie uniformaran el oficio y la cara de las personas hasta el extremo de anular en ellas cualquier indicio de personalidad. La ración de muñecos, recién despojados del molde, que tenía ante los ojos me reafirmó en el convencimiento de que, según se ensancha el escalafón de los toreros, mengua el muestrario del arte de torear.

Tampoco supuse entonces que en tres años de ausencia forzada —los mismos tres años, contados en hierbas, que llevaba confinado en la dehesa— podía cocerse una hornada, completamente desconocida, de matadores.

Sentí escalofríos al considerar matador de toros, tan bravos y nobles como yo, al torero que se iba a ganar la ración de papas ante mis cuernos, mas me propuse alejar de mí las sensaciones negativas, continuando con mi labor de inspección. En las cuadrillas tampoco encontré caras destacables. A pesar de que el gremio de los subalternos es mucho más moderado en sus mudanzas, todos los banderilleros respondían ya al mismo patrón. Poco carboncillo y mucho difumino. Por lo demás, se presentaban con los aliños de siempre. Había varios vestidos de damajuana y azabache. Otro se había inclinado por la menta y el regaliz.

No me gustó tanta abundancia de catafalco. No es bonito ni hace bien a nadie. Donde se ponga la plata que se quiten los lutos, las orlas y hasta las medias cañas.

El balcón de la presidencia estaba muy concurrido. Paré un instante para presentarle mis respetos al huésped. Me resultó difícil localizarle en la papilla de tanta gente principal.

Había carcasas de negro en el palco, pero las señoras de ración lucían modelos tan apasionados que les lamían los muslos, la cintura y los entresijos de la tarde. Sus carnes tiritaban en la caricia de la tela, rompiéndose en gritos de rabia estampados de flores rojas, anaranjadas o azules. Las correspondientes mantillas se despeñaban en cascadas, de blonda o de cendal, desde las altivas peinetas. Resbalaban sobre sus cuellos y sus hombros, como avaras celosías, e iluminaban con arabescos el cantoral de sus espaldas, abiertas aún en los últimos salmos de la lozanía y reclinadas en un facistol que ya empezaba a apolillarse.

Los hombres gastaban chaquetas de estambre. Azul arino o gris marengo. Sus camisas estaban recién encasadas. Las chalinas, bastante turbias casi todas, resaltaban la blancura del nailon, tan flamante que aún conservaba el olor del cartón que llevó en el alma.

Entre tanta gente principal hasta me pareció distinguir la estampa borrosa de un guardia civil, verde de domingo y azabache de a diario, que sudaba desgana bajo el hule del tricornio.

El presidente –por fin lo vi– también manaba goterones de agobio por la nariz. Le miré a los ojos, sopesando sus intenciones. Estaba más bien pasmao. El hombre se limpiaba la calva con el manojo de pañuelos nuevos que le había planchado su mujer, quien, sin duda alguna, se habría empeñado en realzar la actuación de su esposo como supremo juez de la corrida. Cada pañuelo llevaría bordadas las iniciales del propietario y las correspondientes instrucciones de uso.

– “Este, que es el verde, para devolver al corral a los

rengos, ciegos o descornados. No te confundas, que bien clarito te lo he puesto. El azul, para que echen otra vez a la plaza al toro que escapó vivo y sin cumplir. Mira, este colorado, para las banderillas negras. Lo dice aquí, b-a-n-d-e-r-i-l-l-a-s ne-gras-, bordado a punto de cruz. Y este es el blanco. Es el más importante. Lo sacas para que salga el toro, para cambiar el tercio y para donar las orejas."

– "Ese ya me lo sé, Paulina. ¿Y qué pañuelo saco si moqueo?"

Habría preguntado el presidente sentado a los pies de la cama con el calzón a medio poner.

– "Si tienes mocos, te los comes, pero de sacar el pañuelo nada."

– "Mujer, teniendo precaución..."

– "Ni precaución ni san Precaución, que te conozco Verencio. Nada de limpiarse los mocos con el pañuelo. No te vayas a confundir y la líes, que no quiero yo estar luego el año entero en boca de todo el pueblo. Y precisamente ahora que estoy casi a punto de cumplir el luto."

La dama, que de flaca, joven y hermosa conservaba un retrato, había terminado de cepillar la chaqueta azul marino de su esposo y la colocaba delicadamente sobre una colcha estampada con pigmeos y aves del paraíso.

– "Bueno, ya veré yo lo que hago. No te preocupes mujer."

– "'No te preocupes, no te preocupes'. ¿Cómo no voy a preocuparme? Si estás tarumba Verencio. ¡Que no me preocupe! ¿Es que ya has olvidado cómo terminan en este pueblo los que se equivocan con los nombres de las letanías?"

– "Pero si aquí no hay letanías, Paulina."

– “Tú hazme caso y sé prudente, que la prudencia evita el pecado. Ya sabes lo que decía siempre mi pobre madre, que en gloria esté.”

La mujer saldría del dormitorio, con los zapatos en la mano, buscando la caja del betún.

– “Ella estará en la gloria. Seguro. Pues menuda era. Ahora, los que estén a su lado, sí que deben de estar arrepentidos de haberse muerto en gracia de Dios.” Mascullaría Verencio ante el espejo del armario, luchando contra el nudo de la corbata. Tendría entornados los ojos, pero sin duda tuvo que cerrarlos completamente para conseguir anudarse el lazo corredizo de una vez.

– “¿Qué dices?”

Le preguntó Paulina, que regresaba con la mano derecha dentro de un zapato y la gamuza del brillo en la izquierda.

– “Nada, nada. Estaba repasando los colores.”

– “Más te vale.”

Verencio habría elevado entonces el tono de su voz para que su mujer le oyera desde el cuarto de baño.

– “Así que el verde, que es para los tullidos, en el bolsillo del pantalón...”

– “Eso. Y aplícate.”

– “...El rojo, que es para los mansos, con la cartera. El azul, de los desertores, en el chaleco. En la chaqueta el blanco, que es para las orejas. Y para las narices..., Paulinaaaa, ¿cuál es el de los mocos?”

Gritaría sin duda el novicio presidente sintiendo los cornetes llenos y las manos vacías.

Dejó a un lado la moquera del presidente y me fui a los medios. Desde el mismísimo centro del platillo

reté al que tuviera la gran suerte y la enorme desgracia de estar obligado a vérselas conmigo. Que allí había un toro, estaba claro. Si entre tanto maniqué enjaezado de luces también había un torero lo veríamos al instante.

El primer verdinegro que dejó la protección de las tablas, para abrirse de capa en el tercio, reculó enseguida. Exactamente igual que aquellos enormes lagartos ocelados buscaban la protección de la cueva al primer síntoma de peligro en la dehesa.

De un burladero salió otro peón. Sé que no era el mismo porque vestía un terno diferente. Azabache y tabaco. Este debía de llevar varios meses comiendo habas, a juzgar por el peso. Me fui a por él con alegría. Aguantó dos mantazos y desapareció. La medrana tiene cierta querencia por los subalternos, ya se sabe.

Cuando empezaba a temer que nadie quisiera torear-me, pisó la arena el presunto maestro. De grosella pasada y oro, por fuera, y anodino por dentro. Se envaró, parapetado en el capote, y a voces me llamó desde la puerta de cuadrillas. No me gustó su querencia, pero le respondí al galope, levantando polvaredas de expectación en los graderíos. Mi enemigo cerró los ojos y abrió la capa. Yo metí la cara con codicia y salí por las traseras del paño con la mejor de las intenciones. Me revolví a la carrera, decidido a repetir inmediatamente. Cuando volvía grupas para continuar con la serie, el diestro desenredaba los pliegues del percal, así que me paré y le di su tiempo, para que entrara en el embroque con la necesaria confianza.

El maestro tenía un ojo encima de mí y otro en las

arrugas del capote. No se perdía ni un detalle. Mas, antes que un derroche de facultades, parecía que esta era la disposición natural de sus vistas. Aproveché la espera para fijarme bien en su lámina, que comenzaba a emerger de la bruma, como una momia a la que se va despojando de los vendajes para averiguar su identidad. Además de bizco, era alto, según pude averiguar mientras galopaba hacia el capote. Flaco. Algo contrahecho, sin duda. Pasmarote me pareció al levantar otra vuelta de gasa. Más que moreno de tez, era cetrino. Y feo, según comprobé en la siguiente mano de vendas. Aquilino en extremo ya me parecía incluso antes de haberle desnudado la nariz. Además de mal dentado y orejón.

Una perla negra engastada en lienzos pardos. Seguro que había llegado a los carteles sin pasar por la retienta de machos.

Después de mirarlo y de remirarlo, tras desliar la última vuelta de niebla, me di cuenta de que lo conocía. Pero no podía recordar de qué. Sin duda, no de haberlo visto en el ruedo de Las Ventas. Tal vez llegué a entrevistarle para La Prensa cuando actuaba en alguna plaza de segunda. O de tercera. Acaso me pasó la reseña de algún festival benéfico. Quizás había sido camarero de temporada en el café Madrileño, en Cuatro Caminos, o incluso mozo de equipaje en el bilbaíno Hotel Ercilla, donde se sirve el último comentario y la penúltima copa después de cualquier corrida en la difícil plaza de Vistalegre.

Nunca hubiese podido sospechar la existencia de semejante alhaja, pero allí estaba. En medio de un flotador de vendas. Levantando el capote con las dos manos

y citándome. Parecía que el maestro deseaba lucirse por delantales.

No se hable más. Con presteza acudí al encuentro. Por encima de todo quería dejar claro que allí había un novillo, aparejado en toro, que se comió cuantas habas le 'arrayaron' y en todo momento había hecho lo indecible por quedar bien. Es más, que hasta se merecía el indulto simplemente por la forma de presentarse en el ruedo. Como un emperador, con maneras de bravo que ya no se estilan.

Ya sé que no es ortodoxo perdonarle la vida a un toro, utrero, y para más inri, en una placita de provincias. Aunque sea portátil y esté muy viajada. La piedad está reservada para los señores de superior categoría, pero en la mayoría de las ocasiones resulta más sencillo entrar a saco en el corazón de los pueblerinos que abrir la mano de los poderosos.

Como las ciudades pequeñas tienen la imperiosa necesidad de emular a las grandes, en ocasiones, basta con echarle ganas a la faena y encontrar un diestro competente para salvar el pellejo. Cosa que en Madrid o Sevilla resulta poco menos que impensable. Incluso en Pamplona es difícilísimo. Y no digamos ya en Portugal, donde es imposible.

Con el subterfugio de que no estoquean a los toros, los portugueses tampoco se sienten obligados a perdonarlos. Ni aunque sean compatriotas. No hay indulto en las plazas lusas. Ni siquiera para los gigantes de la bravura. Los palha, murteira grave, cunhal patricio, lupi y tantos otros toros portugueses de renombre tienen que buscarse el porvenir fuera de su país.

En Portugal no te envían al ruedo a ganarte la vida, te mandan a trabajar. Te toreadan, te zarandean por el rabo y pasas al carnicero con una carga de leña a las espaldas. A pie. Vivo, pero herido de muerte en tu amor propio. El torero se desentiende de ti, remitiéndote a otro espada, calzado con botas de goma y mandil, que, si no ocurre un milagro, te hará filetes esa tarde o, mucho peor, permitirá que vivas unos días más, acosado por las moscas y cocido por la fiebre, para abrirte sitio en los ganchos de la carnicería o aprovechar la inminente subida de la carne.

El colmo de la desdicha para un crítico taurino de Madrid no es acostarse conferenciante y mamao en una pensión de Olivenza, para amanecer becerro y sin teta que mamar en el más allá. No señor. Lo peor es entregar la pelleja en una plaza lusitana. En un platillo luso por los cuatro costados. En Portugal. Al otro lado de la raya. En las espaldas de Vitigudino, de Fuentes de Oñoro, de Ciudad Rodrigo, de Salamanca, y hasta de Badajoz o, incluso, más allá de la misma O-li-ven-za...

– No pude evitarlo. Dejé plantado al espantajo, con el capote en las manos, y como una exhalación corrí hacia el burladero para tocar madera y buscarle la femoral a las tablas. Media docena desencajé de las guías antes de ahogar mi espanto y mi rabia. Más allá de O-li-ven-za... Ni por todo el oro del mundo hubiera querido estar más allá de Olivenza en aquel momento. No es que uno sea supersticioso, desde luego, pero te llevan de Olivenza al más allá, y ni Dios impide que termines en Portugal.

– Son cosas de la geopolítica.

(Se disculpó el terapeuta.)

– Será, pero en los entierros también hay categorías. No es lo mismo que cuatro mulillas tordas, llenas de cascabeles, te arrastren por los cuernos hasta el camposanto, a que te caiga encima una cuadrilla de forcados amadores que primero te provocan enseñándote un cabo que da saltitos a cuerpo gentil, cubierto por un gorro de nomo; luego te asfixian; más tarde te arrastran por el rabo; y, por último, te envían por tu propio pie al mata-rife, para que un paisano te arree el tiro de gracia después de que el pelotón de fusilamiento se haya cachondeado de ti. Hay una diferencia. Vamos, me parece a mí.

– Visto así.

(El terapeuta reculó ante la feroz ofensiva del confuso.)

– ¿Y cómo habría que verlo? Incluso es preferible caer en las manos de una señorita torera, a la que no le faltará apoyo en los tendidos. Si es veterana, porque conocerá el oficio; y si está empezando porque querrán conocerla a ella. Ya se sabe que la afición, además de acomodicia, es propensa al antojo. Sobre todo la española. Cualquier cosa es mejor para un toro bravo que buscarse la vida en un coso portugués. Claro que mientras hay vida queda esperanza. Si no hubiera desesperación mayor que la de estar condenado a muerte y en la lista de espera ante el verdugo.

(Negros presentimientos atravesaban las palabras del confuso, dejándolas ensartadas en una hebra de profunda intranquilidad.)

Además, que en tierras lusas le tienen una afición a los caballitos que no es normal. Al menos, a mí no me parece que lo sea. Y eso que ni siquiera gastan castoreño.

Una cosa es el toreo y otra muy distinta el circo. Pero en Portugal no distinguen. O es que les gustan muy poco los toros y muchísimo el arte de Marialba, en el que lo más importante, con diferencia, es el animal de abajo. Hay caballos que son unos verdaderos artistas del rejoneo. Más toreros incluso que algunos de a pie. Pero no son muchos.

No faltan rejoneadores que torear, desde luego, sobre todo en ese país vecino, pero lo que más le interesa a la mayoría de ellos, tanto a los españoles como a los portugueses, es presumir de jumento jugando con un toro inerte por tener las defensas romas o envainadas. O envainadas y romas, que, una vez dentro del cepo de la manicura, el toro aguanta cualquier injuria. Y si se le puede injuriar por colleras, mejor. El público ignorante habrá agradecer con doble ración de aplausos el más difícil todavía. 'Hay gente pa to', ya se sabe.

Afortunadamente, yo no caería en sus manos pues, como había podido confirmar contra las tablas, mis defensas estaban íntegras, así que no se atreverían conmigo. Hay que ser algo más que un domador de caballos —mucho más, pero muchísimo más—, hay que llevar un león escondido en las venas y un tigre en cada ojo para alancear toros en punta.

— Alguno lo ha hecho...

(El terapeuta se hurgó con la punta de la lengua en los recuerdos, tratando de encontrar un nombre perdido en algún recoveco de la memoria.)

— Alguno, sí. Pero don Antonio Cañero ya no está y ese Gregorio Moreno Pidal... ¿O era su hermano Manolo? Ahora mismo no recuerdo, pero lo cierto es

que los dos se han ido de los ruedos sin que nadie siga sus pasos. ¿Quién queda con suficiente valor y con bastante oficio para hacer lo que hicieron aquellos maestros sin perder a su montura en el labio de las bayonetas, quién? “Después de mí, naide; y después de naide, Fuentes.” ¡Cada época tiene los toreros que se merece!

(Tras unos instantes de silencio, el confuso comprendió que sacaba los pies de la consulta y se enhiló de nuevo con el discurso.)

“¡Hé, hé, bisho, hé!” La momia del jaramago se había echado a los medios y me llamaba a gritos, pero no era propicia la ocasión. Una vez convencido de que no me reservaban el número del caballito, todo mi interés estaba centrado en dilucidar si me habían desencajonado en el más allá o en el más acá de la frontera. Alguna evidencia habría en la plaza. Tenía que encontrarla inmediatamente.

Hubiese entregado mi vida en aquel instante con tal de ver un castoreño amaneciendo tras la puerta de cuadrillas, pero me hubiese conformado con descubrir alguna huella de percherón o de monosabio en el ruedo. Mi empeño resultó baldío y busqué sosiego a mis pesares en la cara del público. Nada encontré. Me pareció de pura raza ibérica. Además, hablaba en quechua, chino, suajili y aimará, como todo el mundo que es obligado a presentarse por currículum.

La bandera debía disipar mis dudas. Debía, pero no lo hizo. Ni verde y morada. Ni roja y gualda. Verde, morada y negra. No sé. Tal vez fuera el pendón de la municipalidad.

Pegadores lusitanos no vi. Cavaleiros ataviados a la

federica, tampoco había en el coso. Buena señal. Respiré hondo.

Ninguna de estas pruebas era, sin embargo, tan definitiva como la existencia de un estoque en el ruedo. Mi salvación dependía de que allí usaran la espada. Cuando comprobé que, efectivamente, sí había trastos de matar, se me saltaron las lágrimas. Gracias a Dios, en aquella plaza no había sido abolida la pena de muerte. Se mataba a los toros, porque aún se les tenía respeto. Como es de ley. Definitivamente, aquel coso no era portugués. Estaba en España, o en Francia, o en cualquiera de los pueblos y países en los que se tiene la generosidad de estoquear a casi todos los toros en el ruedo para poder indultar a unos cuantos a los que, por la grandeza de sus méritos, da vergüenza ajusticiar.

— Y yo había mamado la leche de los más grandes, bien lo sabe Dios.

(El confuso se acordó de Barrancos, entre otros pueblos lusos en los que sí se estoquea a los astados, y dejó caer un cerrojazo de silencio sobre la estancia.)

Nadie había en aquella plaza más dispuesto a ganarse el perdón. Ni en el callejón ni en el arbero ni al sol ni en la sombra. Nadie. Aunque aquel artefacto de hierro y madera no fuera Las Ventas ni otro ruedo con solera. Incluso siendo tan sólo una plaza portátil sembrada para un tarde a la salida de una aldea. Me daba lo mismo. La gente de pueblo también tiene madre y derecho a saber lo que es un toro excepcional. Como yo.

Estaba seguro, además, de que mi esfuerzo sería recompensado con la vida. En los pueblos hay tanta envidia, que no cabe el egoísmo. Por eso es más fácil triun-

far cuando uno llega de fuera. Se juega con las ganas de diversión que tiene el respetable, con el desahogo de que gozan las figuras, desembarazadas de la responsabilidad que impone una plaza con cátedra y convencidas de que son los señoritos del cortijo que, por no estar en Madrid, pueden hacer lo que se les antoje. Pero más que cualquier otra circunstancia, en provincias pesa la ausencia del pelotón de fusilamiento que se atrinchera en el siete de Las Ventas. Eso de torear para el público, y no en contra de su opinión, debe de dar una tranquilidad considerable. Además de no ser papel de posteta el general desconocimiento reglamentario de que suelen hacer gala, en todos esos festejos menores, la mayoría de los ediles metidos a presidente.

No se hable más, me dije, hay que aprovechar las circunstancias y entrar en las telas con pellizco para ir calentando el ambiente. Las cartas están en la baraja y la vida, apostada sobre el tapete.

El primer pase debió de salirnos casi bien, pues noté que al fondo del sol se levantaba un ligero oleaje. El maestro repitió. Yo mastiqué un buen buche de aire y volví a besar la percalina. Estaba porfión el muchacho. ¿Dónde lo habría visto yo antes? No dejaba de revolver en el cajón de los recuerdos, pero no lograba encontrar su ficha. ¿Sería portugués? En cualquier caso, su nombre no era lo más importante para mi futuro en aquellos momentos. Lo verdaderamente esencial era aprovecharme de su buena disposición para la lidia y la ventaja de que, por fin, llegaba a puerto la armada de picar.

No parecía un torero del arte, desde luego. Tampoco tenía cara de nuevo, aunque había signos en sus manos,

y sobre todo en sus pies, de ignorar el terreno que pisaba. Con una chicuelina, algo atropellada, y un trapazo por abajo me plantó ante el piquero.

— Vamos, que se fue, dejándome a veinte metros del caballo.

(Se quejó el confuso tirándole un gañafón a la barriga del terapeuta.)

“Jé, jé, jiuu, jé.” Me llamaba el varilarguero asomándose por las almenas de su atalaya. “Jé, chiuu, jé.” Repetía recargando el acento. El picador y su cabalgadura bailaban una especie de chotis, pero no sobre la baldosa que presumen de usar los castizos, sino sobre menos de la mitad de un grano de arena.

Lo miré como se mira a un piano, cuando todo el mundo espera que te lo echés a la espalda y lo subas al quinto be. Tomé aire, apreté la boca y me di ánimos con la advertencia de que, en la iglesia de los cuernos, no es posible el perdón sin la penitencia de palos que receta ese catecismo que algunos llaman reglamento.

Desde quince metros me había arrancado. La plaza se puso en pie. Los tendidos hervían. Incluso en la sombra. Eran las cinco y media de la tarde y hacía mucha, muchísima calor.

Yo, sin embargo, me quedé helado cuando la reja de la vertedera que usaba aquella tinaja con lanza se me clavó en el arranque de la espalda. ¡Qué vara me aplicó aquel homicida! En plena yema. ¡Qué exageración! Más que darme un puyazo, parecía haberse empeñado en plantarme el palo en el hoyo de las agujas. El tangaño, la puya, la contera y el cepellón. Todo junto en el mismo agujero. ¡La madre que lo trajo al mundo!

No soy yo uno de esos flojos que se duelen en el tercio de varas. Al contrario. Convengo en que el uso de la garrocha es un tratamiento indispensable para la lidia de un toro con trapío, pero, como sucede con todas las cosas en esta vida, la suerte se puede hacer bien, mal o sin entrañas. A mí me tocó el hulano con más mala sangre que se haya visto. Aquel hombre no era un picador, aquello era un picapedrero encaramado en su máquina excavadora con martillo hidráulico. Con los ojos cerrados hubiese yo preferido en ese instante que el marrajo de los calcetinitos blancos me enviase al mismísimo Satanás y a cuantos piconeros haya de tanda o de reserva en el infierno, antes que vérmelas con aquel monopelotón de fusilamiento. ¡Madre Santísima, qué dolor! Una mosca aplastada con un palmetazo queda más entera de lo que estaba yo bajo las patas del caballo. Me despegué del peto a duras penas. Más muerto que vivo. Ya no sabía si respiraba por las narices, por la boca o por el boquete del puyazo.

Para no jugarme el indulto con un inoportuno berri-do, me mordí la lengua y miré al presidente para que cambiase el tercio, pues mi experiencia de avezado cronista y mi confirmación como alfiletero de modistilla me indicaban que con aquella vara estaba más que listo para la muleta.

La presidencia no me hizo ni puñetero caso. Despreció mi magisterio y confió en la desfachatez del matador que pretendía ponerme otra vez en suerte. Anduve unos pasos tras los capotes, para comprobar que aún me sostenía en pie, y terminé por convencerles a todos de que ni jarto de gūisqui volvía yo al percherón.

Así que el caballista se vino a por mí cuando yo ya me iba para los medios. Me echó encima su armada torda. Me enhebró con el arpón atunero que usaba para picar. Espoleó las calderas. Las de babor y las de estribor. Afianzó el gancho en mis carnes. Dio un certero golpe de caña con las riendas y el verdugo de los ojos ciegos viró con una facilidad pasmosa, haciéndome bailar la carioca. Un santiamén tardó el alacrán en cambiar el rumbo de su acorazado. El maestro de la picana me acorraló contra las tablas, clavó el aguijón y allí me dio las descargas que quiso y más. La araña de los cuatro ojos me había envuelto en su tela para masticarme los huesos.

A Dios, o no le gustan los toros o estaba dormido cuando se redactó el reglamento taurino. ¿Cómo es posible que Nuestro Señor, habiéndole concedido a las avispas el don de picar, extremara la prudencia hasta el punto de haber reducido el arsenal de estos animalitos a un puyazo, que además les causa irremisiblemente la muerte y, sin embargo, a los abejorros del castoreño les permite picar tres siglos seguidos a cada toro —barrenando y cambiando de sitio la broca de sondeo hasta hincarla donde hay más sangre—, y aún les da fuerzas de sobra para que repitan la faena con el siguiente? ¿Acaso es menos hija del Altísimo una humilde avispa que el avispaado de la vara? ¿Qué canon artístico o de castigo regula el tamaño de sus respectivos aguijones? ¿Por ventura hay más veneno en el diminuto abdomen de un inocente insecto que en el bajo vientre de un contumaz varilarguero?

— ¿Lo hay? ¡Qué baje Dios y lo vea si lo hay!
(El confuso bramaba de indignación.)

Estas cosas no debería decirlas en voz alta un verdadero aficionado a la fiesta de los toros, pero tampoco puede callarlas un toro sin afición.

Que nadie se ofenda, pero hasta Cristo quiso aliviarse cuando estaba en el Huerto de los Olivos ya con el Calvario a la vista.

– “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.” San Lucas, 22, 42, si mal no recuerdo.

Ya sé que sólo fue una debilidad humana y que, como buen hijo, en el mismo Getsemaní aceptó todo el castigo que desde Noé le habían adjudicado las Sagradas Escrituras. Reconozco que se resignó a ser sacrificado para salvar a los hombres. Pero él era Dios, aunque tuviese como madre a una mujer, y yo, antes de debutar con picadores, sólo había sido Andresino Tránsito Corrales, por mal nombre Anilina; ayer, crítico del diario La Prensa, de Madrid, hoy, estudiante de tercero de toro, primogénito de Serafín Tránsito, del tinte, y de Adoración Corrales, a sus labores, que una tintorería da mucha ropa para lavar. Un periodista resemebrado en las dehesas por una vaca astifina, veleta, cárdena y jocinera, y acalostrado más tarde por una nodriza, retinta, cornalona y envenenadora.

– Y si cree que exagero, a las pruebas me remito. Mire usted cómo estoy.

(El terapeuta ya no le oía.)

Un huérfano criado con biberón por una cuadrilla de boy-scouts desocupados. Herrado al raso y sin compasión por la misma banda. Excluido de la plantilla de sementales por un caimán, mellizo, mulato, listón, bra-

gao, de calcetinitos blancos. El mismo que me comió las entrañas lo justo para que llegara vivo al tercio de varas y me muriese de desolación en una plaza postiza.

Estos pensamientos se me iban y venían de un cuerno a otro cuerno, cuando el señor presidente del festejo asomó los ojos tras la chapa del retrete, al que le habían llevado urgentes necesidades de alivio, y supo que debía cambiar el tercio. Para entonces, el Almirante de la Vara Océana me había dejado como un bizcochito borracho: ahogado en los jugos de mi propia sangre. Estaba empapado, blando, temblón, sin aliento, rebozado en nata morena, como siempre.

No sé si fue por el calor o por la exagerada sangría, pero lo cierto es que perdí la consciencia y no recuerdo nada de lo que pasó conmigo en el segundo tercio. Cuando volví en mí, que ya es volver desde lejos, llevaba el palitroque de una banderilla colgando de un costado y dos más, del otro. Los rehiletes estaban forrados con un surtido de papelillos de seda. Verdes y morados. Amarillos y azules. Rojos y negros. Rosa y calabaza. Al menos, esos colores lucían los que estaban clavados en el suelo.

Parecían adornos de una verbena pero eran un tormento. Comparados con la puya, que te destroza el asiento de la columna vertebral dejándote inútil para la batalla, a los garapullos se les tiene por poca cosa. Sin embargo, en cuanto te ponen el primer par cambias de opinión. Sus arponcillos son pirañas. No sólo te rajan las carnes cuando te los colocan, sino que se mueven en cuanto andas, hiriéndote cada vez más. Es como si te metieran garfios de acero bajo las uñas y, además, te obligasen a arañar la tierra con los dedos.

- Son ganas de joder forradas de colores rizados. Créame.

(Le espetó el confuso al terapeuta, que bebía un buche de agua tras el burladero de la sombra.)

Con muchísimo cuidado, para no molestar a las iracundas banderillas, volví a abrir los ojos, que habían reculado con espanto ante el filo de los arpones. Afortunadamente, sólo vi un puñado de arena. Estaba mirando al suelo, como si meditara una salida digna a mi tragedia. Me pregunté qué habría pasado desde la ejecución del tercio de varas y el público me respondió con histéricos graznidos de gaviotas sobrevolando un vertedero de basuras. Creo que sus indignados chillidos no se dirigían contra mí —al menos en ese capítulo de la lidia—, sino contra el matador que la desgracia me había asignado. El presunto diestro caminaba lentamente cerca del callejón. ¿Qué andares tenía! Tuve que dejar de mirarle para que no se me ahogaran los ojos en las lágrimas.

Tal era mi tristeza que pensé en echarme a morir allí mismo. En los medios. Pero me abstuve. El ruedo estaba imposible. Sembrado de puñales. Más que una plaza, aquello parecía una fragua toledana, el taller de un cuchillero albaceteño o las afueras de Las Navas de Tolosa al día siguiente de rodar la escena final de la famosa batalla contra los sarracenos. El suelo se encontraba alfombrado de espadas, de estoques, de cuchillos, de navajas, de rejones y hasta de abrecartas y verduguillos. Todos con su pizquita de sangre en la punta. La sangre debía de ser mía, aunque así al pronto no la reconocí. Los trastes sí me resultaron familiares. Había más acero sobre la arena que en la ría de Bilbao.

Bueno, pues, ni por esas. Al parecer, no había bastante. Mi verdugo particular regresaba ya con otro espadón. Tan flaco y malencarado como era y con aquella castellana hoz en las manos, algún arqueólogo le hubiese tenido por la caricatura de un íbero que caminaba hacia el combate armado con su falcata. A mí, sin embargo, me recordó al esqueleto de las 'Postrimerías de la Vida'.

— Las 'Postrimerías' es un famoso cuadro pintado por Juan de Valdés Leal, el artista sevillano con más descarnada paleta cordobesa que han parido los siglos.

(Al confuso parecían gustarle más las explicaciones que los conocimientos.)

Nada significativo que tuviera la obra de arte faltaba en la composición que se movía ante mis ojos. El arma homicida, el trapo en los cuadriles, un pie sobre el mundo, el otro en el vacío, un ataúd en el costado... Todo cuadraba.

Aquella obra de arte alumbrada por Valdés Leal en el siglo XVII, que usted habrá visto colgada en los Venerables, de Sevilla, sólo podía ser una premonición de este otro cuadro que caminaba ante mí. El retrato se había anticipado al modelo, pero el artista había sabido captar perfectamente la atmósfera del momento. El mundo era la plaza; yo, la víctima. Mi matador hacía de osamenta, sólo que algo más descarnado y feo.

— Espero que ni la muerte ni Juan de Valdés Leal, que tan bien la retrató, se ofendan por lo que digo.

Estremecido por la siniestra visión comprendí, al fin, que los atroces chillidos que lanzaban las gaviotas arremolinadas en los tendidos emanaban de una disputa para decidir quién habría de quedarse con los huesos de

mi cadáver y con el último tuétano de aquel fantasma articulado.

Desde el sol hasta la sombra, desde la barrera hasta la bandera, una hoguera de garras y picos inclementes chisporroteaba en los graderíos, reclamando mi sangre y los despojos del coletudo huesarranco. Las llamas de la vehemencia arrojaban cenicientas pavesas de rencor por la chimenea de la plaza.

En medio de aquel infierno, la espantosa figura se venía hacia mí cargada con el ataúd y con el sable. Estábamos los dos en la hora de la verdad, aunque todo aquello aún me parezca mentira. Si terminé embarcado en aquel cajón de indignidad, que habiéndome sacado del Limbo, a lomos de un camioncete, me vertió en el Averno, fue sin intención, arrastrado por mi ínfima fortuna. El saco de huesos, en cambio, llegaba a la suerte suprema arrastrando una caja con indignas intenciones.

Se paró a dos metros de mi agonía. Dejó el féretro sobre la arena, extendió la muleta y volvió a montar el paripé. Pensaba despacharme recibiendo.

– Como lo oye, recibiendo.

(Herido por el inquieto arpón de los recuerdos, el confuso mugía llamaradas de ofendida pesadumbre.)

Sin tener en cuenta lo que yo llevaba encima. Quería arrastrarme con el engaño hasta la jurisdicción para ensartarme en el estoque. ¿Pero se puede ser más rufián y, a la vez, hacer más el canelo? Si en aquel trágico instante hubiera tenido yo suficientes pies para moverme, no es que me hubiese arrojado sin dudarlo contra la espada que portaba el cadavérico, –como hacían los centuriones romanos, tras la derrota, para no caer presos en

manos del enemigo ni tampoco vivos en las fauces del Senado—, sino que le habría abierto a él dos ojales en la barriga, para evitarle la vergüenza de caer en manos del público.

Recibiendo pretendía liquidarme El Penqui... Porque era él: Antoñito Morales, el Penqui. ¿Cómo no me di cuenta desde el primer momento? Estaba más gordo que de costumbre y, sin duda, la novedad me despistó, pero era el propio Penqui. Treinta y cinco años, cabrero desde los nueve, bizco del izquierdo, seis cornadas, cinco cicatrices, ladrón de mantazos en las dehesas, pordiozero de oportunidades en todos los pueblos, el último en bajar de la tapia en cualquier tiente, el último en todo, menos en correr. Antoñito, el Penqui, de Lebríja, un jindamoso, un maleta con nietos, un desastre, un desgraciao. Casi na.

— Y encima quería estoquearme en la suerte de recibir. Como para acudir a recepciones estaba yo.

Antoñito y Morales y el Penqui. ¡Menudo espécimen! Las zapatillas, grandes, viejas, prestadas definitivamente. Las medias, desvaídas. Arrollada la derecha, huidas de la carne. Herencia de muerto, seguro. Los machos, flojos. La taleguilla, de alquiler. Barata, la faja. Gastada, la chaquetilla. Temblorosa, la mano. Turbia, la mirada. Antoñito.

En las secas nervaduras de su ojo izquierdo pastaba un nido de gusanos. Verdes, erizados de pelos, devastadores, insaciables. Un mar de bocas, un ejército de dientes. Hambrientos, voraces. El torbellino de larvas se movía con una eficacia pasmosa. Implacable. Algunos masticaban la córnea. Otros cortaban gajos del iris y los

arrastraban por un túnel, excavado en la pelleja de la cara, para comérselos en la resolana de la tarde. A través de su pupila pude comprobar que aquel palpitante hato de cocos también rumiaba las imágenes retenidas en el cristalino, masticando los colores hasta dejarlos reducidos a pedacitos de luz. En toda la plaza no habría un reloj capaz de devorar el tiempo con mayor precisión que los ciegos engranajes de aquella coquera.

Pero no fue por miedo. No. Tampoco por asco. Ni siquiera lo hice por cansancio. Bajé la cara para no verle. Sencillamente por eso. El respetable volvió a pedir sangre. El Penquí se sorbió un moco. Me puso en las narices el sucio trapo de su muleta y tiró de él, como si estuviera en el pozo de la finca sacando agua para las cabras.

Miré a los tendidos buscando en ellos algún consuelo. Un vaquero listo para sacarme de encima la muerte con un quite con botella. Alguna vaca retinta, avileña o, incluso, suiza, que estuviera dispuesta a adoptarme. Al caimán diseñando otra forma, aún más ruin, de prolongar mi agonía. Escudriñé cada escaño de los tendidos uno por uno. Fue inútil.

Cuervos, pegas, gallinas, grajos, gaviotas, palomas, arrendajos, buitres, águilas, milanos. Es lo que vi. Una tempestad de picos abiertos. Ojos nadando en sangre. Garras afiladas contra los cantos del graderío.

El público, ya se sabe, casi disfruta más con la impericia que con el arte, pues éste se sirve con cuentagotas y con aquélla siempre sobra sangre para todos.

El clarín le dio otro zarpazo al aire. Sonó a clamoroso aviso. Me alegré. En el desolladero habría algún mozo de mano certera que pondría fin a mi carrera taurina,

terminando con aquella interminable sesión de mechado. Mas, inmediatamente, tuve que arrepentirme de haberme alegrado. Desde los medios, donde llevaba tiempo esperando con impaciencia a la dama del hierro, hasta la carnicería donde ella me esperaba a mí con la puntilla en alto, me llevarían los cabestros a empujones. Como los civiles empujan hasta el patíbulo al criminal. A pie. Con la corona de espinas alacraneándome los costados. Si es que algún gracioso no me arrancaba antes las banderillas a tirones. Nunca falta un bienintencionado. Me estremecí al imaginarlo. Cada garfio se llevaría en su retorcido colmillo un pedazo de mi carne. Ni el más entusiasta de los mártires querría para sí semejante horror.

– Ni hablar de eso. A mí me hacía rodar de un disgusto aquel descarnado pasto de los gusanos o, directamente, me fusilaba la Guardia Civil. Pero yo de allí no pensaba moverme. Moriría en el ruedo con la pellica puesta, pues para eso había renacido en toro de lidia.

Más herido por su presencia que por el miedo a la reencarnación, vencí la cabeza ofreciéndole el morrillo, tierno ya como lombarda cocida, mechado, a fuerza de pinchazos. El Penqui se envaró, adelantó el estoque y cerró los ojos, dispuesto para lanzarse al bulto.

(Al volver los ojos hacia el terapeuta, el confuso le había sorprendido perfilándose tras el respaldo del diván al compás de sus explicaciones. La mano izquierda caída, sosteniendo el cuaderno de notas, y la derecha a la altura del entrecejo, apuntando con una gruesa pluma de laca azabache y oro. Más confundido que nunca, el confuso volvió al cauce de su exposición, sin

reparar excesivamente en las poses que ensayaba el oidor de sus desdichas.)

– Ni siquiera deseaba ya el indulto.

(Andrés Tránsito Corrales, por mal nombre Anilina, reanudó la retahíla de su pasado cornúpeta.)

Nunca temí que aquella sabandija pudiera despa-
charme con un bajonazo navajero. En todo caso, me
mataría la vergüenza ajena. Doblaría por no llorar, hoci-
cando sobre un charco de sangre fría, y Caireles, matari-
fe del Ayuntamiento metido a peón de confianza, habría
de concluir con el cachete lo que El Penqui nunca debió
haber iniciado.

¡Que la sangre de un toro de bandera, muerto de has-
tío en los medios, después de una brava pelea en todos y
cada uno de los tercios, recayese sobre la conciencia de
un espantapájaros vestido con gusanos de la luz, de un
gallinero sediento de sangre y de un concejal harto de
gascosa!

Levanté los ojos del suelo y los dejé caer sobre la pun-
tera de las zapatillas. Las vi más raspás que el culo de un
mono, aunque conservaban signos de que alguna vez
habían sido negras. Eran viejas y acompañaban los
muchos años con la generosidad de sus pellejos.
Demasiado material para tan poco maestro. Dos núme-
ros menos le hubieran salido más a cuenta. El diestro
arrastraba los pies por la arena, para no chanclear con el
zapatilleo propio de los nervios. En su preocupación por
no quedar descalzo, no se atrevía a despegar las suelas
del arbero. Abría más veredas con sus andares que una
procesión de tortugas marinas camino del desove.

En las medias se habría afilado las uñas el gato de una

viuda. Aburrido, gordo y vicioso. Con los años, las calzas habían perdido color y ganado en sabiduría. Estaban llenas de carreras. Me entretuve en descubrir en qué universidad había empezado cada una de ellas y dónde la concluyó, pero las vueltas que daba el trapo en torno a sus canillas imposibilitaban la empresa.

Un poco más arriba, en los cerros de las corvas, los machos de la izquierda ganduleaban, amanerados por la flojera. Las borlas de la derecha, simplemente habían desaparecido. Los perniles de la taleguilla, negros de tinta y blancos de miedo, se apretujaban contra los huesos del matador, dándole cierto aspecto de puta barata. O mejor aún: de travestido empeñado en ahorrar para operarse la infamia.

En la textura de la faja adiviné, sin embargo, algo de terciopelo. Tal vez, incluso pudiera haber sido confeccionada con alguna piel exótica. La pulcritud del repujado invitaba a pasear por la cintura con las yemas de los dedos. El relumbre de la hebilla podría confundirse con el brillo de ciertos oros.

La chaquetilla era blanca, graciosamente recogida con un nudo informal por encima de la cintura. En el alféizar del bolsillo, a la altura del corazón, había un letrero bordado en *petit point* con exquisitos trazos de hilo azul: Doctor Antoñito Morales. E punto, P punto. Por encima de este arriate de letras sobresalen dos plumas de mediana factura, el mástil de un lapicero que sostiene la bandera publicitaria de un laboratorio farmacéutico, y un bolígrafo dorado. La camisa es de un impecable azul cielo a las puertas de una tormenta de primavera.

El cuello, pequeño, tiene los picos redondeados y

abrochados. Como a mí me gustan. El diseño de la corbata resulta a la vez lujoso y notable, como es obligatorio en un prenda tan inútil. Sobre un fondo amarronado se distribuyen amarillos relinchos de caballos. Cien por cien seda natural. Italiana, lógicamente. Calidad, elegancia, sobriedad, vistosidad. Es lo único que cabe exigirle a una corbata. Si no es cara ni de buen gusto ni austera ni tampoco llamativa, más vale vestir a pecho descubierto o sustituirla por un cordel de cáñamo, que cumplirá la misma función y es más fácil de anudar. Esta va sujeta con el clásico nudo Windsor.

Sobre la corona del lazo se posa el mentón. Trabajado, macizo. Como si hubiera sido tallado en mármol. Los labios son finos. Están rectos y estirados. Semiocultos por una mano, ligeramente temblorosa, que sostiene una pluma estilográfica de afilada hoja. Un destello del dorado plumín ilumina el nido de los gusanos. Los ojos son turbios, pequeños, hundidos, revueltos. Más vengativos que fieros, más mezquinos que crueles.

– Los juncos de sus pestañas pintan de negro la piel de las aguas y los gusanos me llaman. Con la sierra de sus labios, con su cintura emplumada. Del grito negro me nombran, me convocan del silencio y todos los ecos me arrastran al baile de los sin pies en el vientre de la charca.

(El confuso, que se había ido levantando hasta quedar cara a cara con el terapeuta, caminaba ya lentamente por el fondo aguanoso de su mirada.)

– Aquí estoy, en el pozo de tus ojos, gusano entre tus gusanos, en la fuente de tu luz. ¿Quién eres que me ahogas y no quieres verme?

(El terapeuta no le respondió. Cerró los ojos, flexio-

nó la pierna izquierda, entreabrió el cuaderno de notas, se lo puso en la cara al desconcertado paciente y aprovechó la arrancada del confuso, que se lanzó contra él manoteando en el aire y exigiéndole una explicación, para dejar una entera de gran efectividad. Hasta el capuchón había penetrado la estilográfica.

(Los ojos hirvientes de Andrés Tránsito, oprimidos por la angustia de no saber quién le estoqueaba y abrazados en el miedo de sospecharlo, saltaron del cueceles de las órbitas y se desparramaron sobre su cara, marcándole el rostro con pompas de huevo frito tostadas de incredulidad.)

– ¿Por - qué - yo, Pen-qui, p-o-r- -q-u-é?

(El confuso cayó sin puntilla sobre la moqueta y, aunque estuvo dando boqueadas algún tiempo, no pudo decir ni una sílaba más.)

(El terapeuta se retiró hacia el mueble bar, abanicado por los aplausos y los gritos que le proclamaban “torero”, “torero” y “torero”).

– La pluma ha penetrado por el ojo de las agujas y ahí está...,

(El maestro Antoñito Morales señaló con el índice al confuso, que agonizaba en el suelo.)

...testificando el dominio del hombre sobre la bestia.

(La atronadora ovación fue ascendiendo por el graderío según se encendían los focos de la sala. El confuso no podía oír las palmas. Tampoco veía el vuelo insistente de los pañuelos. La estocada, un infame navajazo, le había interesado los dos pulmones, además de otros órganos vitales. Andrés Tránsito Corrales se estaba ahogando en tinta indeleble desleída en su propia sangre.

(Con la vida hundiéndose definitivamente en la niebla de la agonía, aún pudo entreoír que se abría el portalón del quirófano y, repicando sus zuecos blancos sobre el piso, entraban en el redondel las enfermeras. Rubias las dos. Jaquetonas. Apretadas de talle. Generosas de busto. La rotundidad de sus nalgas resaltaba bajo las telas verdiazules del uniforme, impregnando de autenticidad sus andares de hembras en sazón.

(Llegaron hasta él. Le desorejaron. Cada una agarró una pierna del confuso y, al ritmo de las gorgueras con cascabeles que circundaban sus cuellos, arrastraron el cadáver hacia el túnel de necropsias. La cabeza del difunto, inerte ya, zigzagueaba como la mancera de un arado sin gobierno. Las heridas dejaban tras de sí chorros de espuma caliente. Trenzas de sangre negra de tinta, y de tinta roja de sangre. El confuso labró una póstuma crónica taurina en el mármol de los pasillos.

(El doctor Antoñito Morales se sacudió los gusanos que le huían por la cara y salió a los medios, donde una enfermera vestida de camarero, con lazo de mosca, guantes y bustier de encaje fucsia bordado en negro, le esperaba sosteniendo la bandeja a la altura de los pezones festivos. Antoñito Morales firmó la cuenta, tomó los dos apéndices de su enemigo y, con uno en cada mano, inició una clamorosa vuelta a la consulta.

(Desde los tendidos y desde los palcos caían en cascada las ovaciones de la admiración y de la envidia. También caían ramos de gasas, botas de cloroformo, endoscopios vivos, manojos de guantes habanos y cofias de ala ancha. Entre sonrisas y muecas de justa satisfacción, el doctor Morales ponía su mejor garbo al devol-

verlo todo al graderío. Prenda por prenda y gesto por gesto.

(Cuando llegó frente al palco del profesor Carl Gustav Jung, agradeció con una ligera reverencia los aplausos y las sonrisas del director de la Escuela de Zúrich, que había desatendido su cátedra de Psicología Médica en la Universidad de Basilea exclusivamente para presenciar su faena. El Penqui le regaló la oreja derecha de su enemigo. El trofeo se desvió unos centímetros y fue recogido en el aire por el profesor Károly Kerémyi –coautor de Ensayos sobre la ciencia de la mitología– y entregado con ceremonia a su destinatario.

(El otro apéndice fue a parar a manos de Micaela Cuenda. La eficiente enfermera general. Micaela roció inmediatamente el apéndice con alcohol, lo envolvió en algodones y se lo guardó en la canaleta del diablo. La enfermera general parecía realmente entusiasmada con el regalo. Ocupaba una barrera de sombra, junto a Denudata Kábbala, que acababa de llegar de Tel Aviv para intercambiar impresiones con Jorge Darío Estrómboli, en vuelo de escala entre Asunción y Rosario.

(El Penqui descubrió también entre el público a la acreditada publicista británica Valenntine Jácome, y a su colega española Gemma Nierga, directora del exitoso Programa Radiofónico para la Recuperación Oral de los Noctípagos, cada madrugada en su receptor, justo en el punto no sé cuántos de su dial.

(Sulliwán, Görres, Ruska, Howitt y Dionysius Zacharius también habían seguido con interés la faena del profesor Antoñito Morales. En uno de los palcos

bajos, Piaget y Paulov viviseccionaban el ajedrez sobre el trasero de una joven desnuda.)

– “Jaque, Iván Petrovich.”

(Afirmó Jean, arrastrando la cabeza rapada de un niño hasta el babeante borzoi de Paulov. El padre del condicionamiento clásico se sintió desarbolado por el repentino ataque del biólogo suizo. Iván Petrovich tragó saliva, se llevó a los labios la cazoleta de cuerno que usaba para fumar hierbas de las estepas y sahumó los aires con otra bocanada verde.)

(A grandes pasos y con gesto gallito, el doctor Antoñito Morales, el Penqui, 35 años, de Lebrija, regresó a los medios y recogió con la palma de la mano el pos-trer roción de aplausos. Nunca olvidaría aquella tarde de gloria.

(Cuando el doctor Antoñito Morales atravesaba traumatología y salía a hombros por la puerta de urgencias, anunciado por las fanfarrias de las ambulancias, en medio del general alborozo –de los médicos, de los practicantes, de las cocineras, del vendedor de lotería, de los celadores, de la telefonista, y de los enfermos y dolientes en general–, el Penqui fue desmontado por una pareja de la Guardia Civil, que le dio el alto y le condujo a pie por las cunetas del hospital hasta el cuartelillo de Olivenza.

(El sargento comandante de puesto le estaba esperando en la alcoba con bóveda de aristas que utilizaba como despacho. Con un cuarterón de tabaco acunado en el regazo, el sargento se fumaba tranquilamente un macizo cigarro de picadura tras una mesa vestida con teloncillos averdinados. Los alacranes del techo sostení-

an una mata de guindillas, melones de cuelga y tomates de telaraña. En un rincón había una tinaja para el agua sostenida por un trípode. La cubría una tapadera de tablas sobre la que descansaba un cazo de aluminio.

(Uno de los civiles retuvo al doctor Antoñito Morales en el cuerpo de guardia. En la entrada, a la izquierda. El otro pasó al despacho del jefe de puesto.)

– Tráigamelo aquí.

(La orden sonó en el pasillo lo mismo que el tajo del hacha en una rama de fresno. El Penqui fue conducido por la pareja hasta la cueva del sargento. Primero tiraron de él, agarrándole por los brazos, y luego, ya entre los batientes de la puerta, le empujaron un poco hacia el fondo.

(Las manos grandes, huesudas, de los guardias le parecieron al doctor Morales las peludas garras de una collera de rapaces nocturnas. Supuso que en cualquier momento iniciarían el vuelo para despedazarle en un nido oculto por tapiales de escalofrío. Se lo imaginaba adornado con metopas, alabardas y galerías de momias oficiales.

(El comandante de puesto recibió con un gesto afable a don Antoñito. Retorciendo los bordes del papel, cerró a conciencia la boca del cuarterón de tabaco, para guardarlo inmediatamente en uno de los cajones de la mesa. El único que aún tenía llave. Sacó la petaca, en la que se alineaban cigarrillos de picadura verde primorosamente liados, y le ofreció tabaco. El Penqui aceptó la invitación con una voz que no le salía del cuerpo. El sargento extrajo un pitillo, lo encendió en la colilla del que se estaba fumando, volvió a meter dos dedos en la petaca y, ya con

otro cigarrillo en la mano, comenzó a recitar antiguas ternas memorables.)

– Lunes, 2 de mayo de 1898. Plaza de toros de Madrid. Toros de la ganadería de don Joaquín Murube, de Sevilla, para los espadas Rafael Guerra, Guerrita; Antonio Fuentes y Emilio Torres, Bombita. Gente con cuajo, Antoñito, para un cartel de lujo.

Escucha este otro: Plaza de toros de Azuaga. Tarde del 3 de mayo de 1894, festividad de la Cruz y la Ascensión. ¡Qué tarde, Antoñito! ¡Qué tarde! Las amapolas se asomaban por las copas de las encinas para no perderse ni un pase. Toros de don Pablo Benjumea. Los benjumeas, ni los veas Antoñito. Ya sabes. Emilio Torres, Bombita, de Sevilla, como único espada. Sobresaliente, Antonio Vidal, Vidalito.

– Si hubieses visto, Antoñito. Todavía me gñele la camisa a flores.

Salamanca. La sortija de piedra, Antoñito. Salamanca, campera. 11, 12 y 13 de setiembre del año 1886. Francisco Arjona Reyes, alias Currito; Don Luis Mazzantini...

– Mazzantini, doctor Morales, el propio Don Luis Mazzantini y Eguía, que era de carrera, como su eminencia.

Y, para cerrar la terna, Manuel García, el Espartero. Tres tardes, tres, y las tres, el mismo cartel: Currito, Mazzantini y el Espartero. ¿Tú te imaginas?

Primero de mayo del año 1935. Plaza de Tetuán de las Victorias. En el callejón hay un muchacho con pantalón corto que quiere ser gente, aunque todavía sólo se llama Luis Miguel González. El mocito acompaña a

su padre, don Domingo González, el organizador del festejo.

— ¿Te suena, Antoñito?

Se van a lidiar novillos de Esteban Hernández. El cartel es de verdadero coleccionista. No sé yo si tú... Escucha. Hacen el paseíllo los aztecas Silverio Pérez y Liborio Ruiz y los españoles Valerito Chico y Angel Rodríguez. Aquel ángel de mirada triste, alto, seco, huesudo —aunque no tanto como tú—, que nunca reía. Y no es que le faltaran motivos. Tú ya me entiendes.

— Ve haciendo memoria, que tú te sabes la copla, Antoñito...

(El doctor Antonio Morales, el Penquí, que permanecía en el centro del despacho, a pie firme, intentó entrebrir los labios para responder, pero desistió al comprobar que el sargento continuaba el recitado.)

— ...su abuelo fue un modesto banderillero llamado Manuel Rodríguez. Hermano, precisamente, de aquel Pepete al que mató en Madrid un miura, de nombre Jocinero, en el año 1862. Parece que lo estoy viendo. ¡Cuánta sangre Antoñito! Los miuras no son toros normales. No señor.

Manolo, el hermano de Pepete, tuvo dos hijos toreros. Uno se llamaba Bebé Chico y el otro lo mismo que su padre, aunque le decían Sagañón, o Manolete, según marcharan las cosas en el ruedo.

(Los dos guardias permanecían tiesos, como bastones, junto a la puerta. No hablaban. No fumaban. No se movían. Su jefe sí. Se había levantado de la única silla existente en la sala y recorría el despacho en círculos. Con parsimonia. Como si pasease por una arboleda de

acacias en flor o de magnolios engalanados para una fiesta campestre. Desgranaba una retahíla de nombres sin quitarse el pitillo de la boca, marcando el ritmo con el otro cigarro, aún sin encender, que mantenía en su mano derecha.)

En 1912, doña Angustias Sánchez, viuda de Lagartijo Chico, diestro de escaso recorrido, se casó en segundas nupcias con ese Manuel Rodríguez, Sagañón, o Manolete, según marcharan las cosas en casa. Y cinco años después vino al mundo, en el barrio cordobés de Santa Marina, Manuel Rodríguez Sánchez. Ya lo sabe usted, doctor Morales, aquel mismo Angel Rodríguez que vimos en la Plaza de Tetuán de las Victorias un primero de mayo de 1935. Qué historia, ¿verdad, Antoñito? La historia de España está escrita en sus plazas de toros. A golpes de turmas, de ángel y de sangre.

— ¿No le parece maestro?

(El sargento tanteó con la mano izquierda un hombre del interrogado. El Penqui consiguió al fin entreabrir los labios, cerrados sobre las escamas del miedo con más saña que un cepo para lobos.)

— Y cuidaíto con lo que pensamos, que esto no se ha acabado y habría mucho que contar de la plaza de Badajoz. Pero mucho, mucho. Así, que menos pensar y más torear, Penqui, que lo tuyo no es la historia, sino el porvenir.

(El benemérito erudito había desplegado su sentencia sin dejar de mirar en esviaje al Penqui, en cuyo rostro acababa de advertir el esbozo de una mueca incrédula.)

Sevilla. 2 de julio de 1939. Año de la Victoria. Un

encierro de Tassara. Chicuelo le cede el toro Mirador. Mirador, sí. No te me resbales Antoñito, que el toro se llamaba Mirador y lo demás son patrañas del bando rojo, que gasta el oro de Moscú en hacer pasar por comunistas hasta a los toros de alternativa. El gran Chicuelo, con Gitanillo de Triana como testigo, le cede el toro Mirador al hijo de doña Angustias, al Monstruo de Córdoba, a ese ángel que tenía estampa de Greco y colores de Murillo, según me dijo el coronel Apolonio durante un desfile ante el Generalísimo.

Y mira este otro cartel: Sevilla. Jueves. 21 de mayo de 1868. Toros de don Diego de Benjumea. No te digo na, Penqui. Matadores: Rafael Molina, Lagartijo, y Antonio Sánchez, el Tato.

— Este Tato, doctor Morales, no es un Tato cualquiera, sino aquel mismo Antonio José María Francisco Doroteo Sánchez, el Tato, tan grande desde la propia cuna que hasta lo desenjornaron en el barrio de San Bernardo, a las puertas del matadero de Sevilla, para que le arrullaran los bramidos calientes de la sangre. El mismísimo yerno de Cúcharas. No te digo más, Penqui. Un Tato que, aunque debido a las malas compañías se metió en política, porque era partidario del general Prim y de Don Amadeo de Saboya, derrochaba valor y despachaba a los toros con volapiés de centella. Así...

(El sargento simuló la suerte suprema con tanto entusiasmo que estuvo a punto de desnucar al detenido.)

Un Tato, doctor Antoñito Morales, al que Peregrino, el cuarto de la tarde, de don Vicente Martínez, castaño, blando y noble, pero de Artillería y reenganchao, le agarró la pierna diestra. Era el 7 de junio de 1869 y en

Madrid. No se me olvida. Se había tirado el Tato a matar como hacían antes los hombres —tú ya me entiendes—, pero cogió poca carne. Al segundo intento, encontró hueso. El tercero fue un volapié marca de la casa. La punta del estoque rebotó en la sangre negra de aquel Peregrino y brotó al aire por el pitón derecho del toro. Con esa bayoneta, infestada en las entrañas de una mala madre, Peregrino sembró su nombre en el maestro.

El Tato volaba, como una rehilandera, clavado en los cuernos del cornúpeto; lo mismo que una matraca en las manos de un monaguillo que estrenara Semana Santa. Un golpe de viento lo bajó al suelo. Con los pitones mojados en torero, Peregrino daba navajazos por la arena, buscando otro juguete de carne. Antonio Sánchez, el Tato, lo vio ir y se levantó de un golpe. Un regato de sangre le bajaba ya por la pierna. Miré sus manos y me parecieron las alas de una paloma recién degollada.

— Tres deos de larga y medio de honda tenía la herida. Poca cosa cuando se busca a la muerte. Demasiada, si es ella la que te busca a ti.

Hubo que amputarle la pantorrilla para que la gangrena no devorase la vida de un valiente como no volverán a ver los siglos. Cuatro deos por debajo de la corva. El Tato se despidió de su pierna con un ¡Adiós, Madrid! Hasta los cuchillos del quirófano se estremecieron del escalofrío.

Aquel prodigio del volapié se quedó cojo, pero los públicos no olvidaron a su ídolo. No señor. Todo lo contrario. Lo veneraban. La gloriosa pierna del Tato fue colocada en un frasco lleno de alcohol y expuesta, como

una reliquia del coraje español, en una farmacia de la calle del Desengaño, de Madrid. Yo fui a verla, pero ya no estaba. El boticario murió y la viuda, que no tenía afición, había vendido el frasco, el alcohol y hasta el cuarto trasero del maestro.

— Una reliquia digna de los altares, Antoñito, una obra de arte de la taxidermia clínica.

La pierna fue retirada del escaparate, pero el Tato siguió exponiéndose. Era demasiado macho para rendirse por una pierna de más o de menos. Volvió a los ruedos dos años después del percance. La tarde del 14 de agosto de 1871. Y precisamente lo hizo a pocas leguas de aquí. A un paso, como quien dice. En la plaza de Badajoz. Reapareció cojeando el Tato, pero regresó a la cátedra de los ruedos. Tenía tantos riñones que se echó a los medios atado a un ingenio de la ortopedia, a una pierna articulada de quita y pon.

— Hay que tenerlos muy bien puestos, Antoñito, para querer torear con un remo de carpintería.

El Tato estaba allí, en la tronera del callejón. Mutilado pero con el corazón entero. Era él, que yo lo vi. ¿Quién otro podía ser? Llegó a Badajoz dispuesto a armar el taco con un par de lances. A recuperar el sitio que le había robado un toro castaño, blando y noble, pero de muy mala sombra.

Se abrió la puerta de cuadrillas y el silencio se quedó mudo. No respiraban ni los relojes. ¡Detened los corazones que ya sale el Tato! Se cuadraron las banderas y se apagaron los abanicos. Había un aire de Viernes Santo en las barreras del coso, y un perfume a cloroformo y a velones de cera lamía con fuerza los tendidos.

— ¡Vamos allá maestro, que usted puede! ¡Arránquele el precinto a la tarde!

— ¡Vamos allá!

El Tato se llevó la mano al cuadril y se echó a andar con la derecha, marcando un gua en la arena del redondel. Miró al frente y dio otro paso. Y luego otro, y otro y otro y otro... Aquel 14 de agosto de 1871, en la Plaza de Toros de Badajoz, Antonio José María Francisco Doroteo Sánchez, el Tato, estaba escribiendo un capítulo de la historia de España y muy pocos sabían leerlo. Los demás, miraban sin llegar a ver. Les cegaban las ansias por contemplar de nuevo al genio del volapié. A mí no, Antoñito. Ni mucho menos. Para servir a la Patria en este oficio mío hay que tener la cabeza en su sitio, muy buenos pies y los ojos muy abiertos. Yo lo había visto ya tantas veces, que fechaba los párpados y el Tato toreaba para mí solo. Despacio, muy despacio, como se debe torear.

Le vi salir de las tablas y me quedé mirando sus andares. Sobre la hoja de arena, el Tato empezó a escribir una columna redonda, perfecta, sublime...; más que eso, auténticamente marcial, de academia; un renglón de puntos suspensivos iba desde el callejón a los medios. A cada tranco, el Tato dejaba en la arena una medalla al valor, más redonda que aquellos duros amadeos que tenían la virtud de no permitir que se le agotara el dinero a cualquiera que guardase uno de ellos en las tripas del colchón.

Era una tarde de gloria y la gloria bendita de los ruidos había salido a la plaza de Badajoz para darle un lance al cuarto de la tarde. La fiera se arrancó de lejos.

El Tato aguantó la embestida. Bajó la manos y el toro se bebió las telas. Aún no había encontrado asiento de fiar para la ortopédica cuando ya le buscaban los cuernos del desacato. Se los quitó de encima como pudo. Con más oficio que arte. Los pitones se revolvieron borrachos de codicia para acorralar al Tato contra el precipicio de la impotencia. Por primera vez vi retroceder ante la bravura al más bravo de los toreros. El Tato reculó, se sentó en el estribo y llorando a mares se fue de la plaza. No le echó el público. Se fue él, cargado con su pierna ortopédica, avergonzado por no haber podido torear como su raza le exigía.

Mas tampoco se rindió. El Tato continuaba empeñado en dejar sobre los ruedos la huella indeleble de su arte. El 4 de setiembre de ese mismo 1871, Antonio Sánchez se vistió de luces en Valencia, y 20 días después hizo lo propio en Sevilla. No llegó a torear, el público se lo impidió. Al héroe victorioso en tantas batallas con la muerte no podía matarlo un ingenio ortopédico, por mucha afición que tuviese aquella pierna articulada.

— Era demasiado Tato aquel Antonio José María Francisco Doroteo Sánchez. Parecía un señorito con cara de bandolero, pero tenía más redaños que el caballo del general.

(El Penquí intentó gemir, pero se le habían secado las carnes escuchando al comandante de puesto.)

Fíjate, Antoñito, que hasta tuvieron que sacarlo de la arena a la fuerza. Tiraron de él todas las cuadrillas, para poder desenterrar la pierna ortopédica, que se le había clavado en la boca de riego de mala manera, con ter-

quedad, a favor de la querencia, como se pincha una pargaña en los calcetines.

— ¡Qué macho más enrazao! ¡Qué huracán! Abierto de capa en los medios y con una pata ortopédica. Hay que tenerlos en su sitio. Ya no quedan españoles con semejantes criadillas, Penqui. Te lo digo yo que trabajo el paño.

(En uno de sus paseos por la estancia, el sargento reparó en la columnilla de humo que salía del cenicero. Sin dejar de enumerar toreros, ganaderías, años y plazas, se escupió en el índice izquierdo y con el dedo húmedo aplastó la colilla hasta que el rescoldo dejó de humear.

(El doctor Antoñito Morales, el Penqui, estuvo entonces a punto de exigirle que le diera de una vez el cigarrillo que le había ofrecido al llegar, pero se contuvo tras sentir la respiración de los dos alanos contra su cogote.

(El sargento se andaba ya por la tabla del siete de la tauromaquia. Cuando empezó a oler la brasa del pitillo contra sus labios, hizo un ademán mecánico, buscándose la petaca. Al instante descubrió que tenía otra pava, todavía sin encender, en las manos. La prendió en el rescoldo de la colilla y reanudó sus paseos con música de recitado colegial.)

— ...siete por cinco: Juan Belmonte; siete por seis: Antonio Bienvenida; siete por siete: Luis Miguel Dominguín; siete por ocho: Litri... y Aparicio.

(Inesperadamente, el sargento se paró.)

— Vamos a ver, Antoñito. ¿Tú a quién prefieres? ¿A Manolete o a Arruza?

(Sin darle tiempo a responder, el comandante de puesto le acercó el pitillo encendido a un ojo. Para evi-

tar la quemazón, el Penqui fue girando la cabeza hasta empotrar los ojos en la pared que había tenido a su espalda.)

— ¿Arruza -o- Ma-no-le-te?

(Volvió a preguntarle el sargento, al tiempo que le señalaba dos viejas láminas de calendario, colgadas a ambos lados de la puerta. En el cartón amarilleaban los retratos triunfantes de ambos diestros, separados, como siempre, por un océano de doble hoja.)

— ¿Eliges a Manolete...

(El sargento levantó el calendario de la gloria de Córdoba para mostrarle al Penqui que detrás del papel había un vergajo.)

— ...o te quedas con Arruza?

(Bajo la stampa del diestro mexicano colgaba otra seca y retorcida verga de toro.)

— ¿A quién prefieres, coño?

(Había signos de urgencia en la voz del comandante de puesto.)

(Los cuerpos retorcidos de Manuel Rodríguez, Manolete, y de Carlos Arruza, se balanceaban tras los calendarios, más inquietos que dos galgas acollaradas a la vista de la liebre que acaba de saltar del encame.

(El Penqui eligió a Manolete por haberle parecido un vergajo de mejor torcía y nudos más finos. El sargento asintió complacido. Con un gesto de las cejas ordenó a uno de sus ángeles de la guardia que descolgase al de Córdoba.

A la segunda manoletina, Antoñito Morales, el Penqui, escupió sangre. A la tercera, vomitó el capuchón, azabache y oro, de una estilográfica.)

– Vamos a ver...

(Dijo el sargento dando un par de pasos hacia el sujeto interrogado. La puntera de su bota derecha señalaba el capuchón de la pluma, que había quedado en el suelo mezclado con los vómitos.)

Veamos...

(Afirmó llevándose una mano al mentón y elevando la mirada a la bóveda.)

...aquí se te ha caído el capucho de una pluma, marca Mont Blanc, modelo Meisterstück-Classic.

(El sargento dio otro paso hacia el interrogado, se llevó la mano a un bolsillo de la guerrera y sacó un envoltorio, en papel de estraza. Tenía el tamaño y el color de un cigarro habano.)

– Un capucho de estilográfica que, mire usted por donde...

(Añadió el comandante de puesto.)

...parece que encaja perfectamente en esta pluma de escribir, marca Mont Blanc, modelo Meisterstück-Classic, de 19.790 pesetas, comprada el jueves por don Liborio Píriz Píriz, presidente del Club Taurino de Olivenza y de la Real Peña Taurófila "Al Borde de la Raya", en la librería y papelería Goya, de Badajoz, calle Godofredo Ortega y Muñoz, número 2.

(El jefe de puesto apuró el cigarrillo.)

– U-na- -plu-ma...

(Recalcó el sargento mostrándole al Penqui la estilográfica recién extraída del envoltorio.)

...que, según consta en las diligencias obrantes en este puesto, se encontró clavada en el quinto espacio intercostal de la víctima, don Andrés Tránsito Corrales, críti-

co y de los de Madrid. Una estilográfica Mont Blanc, modelo Meisterstück-Classic, de 19.790 pesetas que el infradicho acababa de recibir como regalo en el casino, por dar una conferencia a la que yo mismo asistí, de paisano, en cumplimiento de mi deber. Esta es la pluma, Antoñito, y ese...

(Señaló el sargento con la puntera)

...es el capucho de la pluma. ¿Qué te parece mamón?

(El comandante de puesto, que cuidadosamente había recompuesto el envoltorio, devolviéndolo enseguida al bolsillo, dio unos pasos por la estancia en silencio, mordisqueando el pitillo y tanteándose con los dedos la tela de la guerrera, levemente abultada por la estilográfica.)

- Y, además, doctor Penqui, nos queda averiguar dónde está el dinero, del que tú tampoco sabrás nada. ¿No es así Antoñito? Me lo temía. Bueno, vamos a ver cómo se arrima Manolete, vamos a ver...

(Murmuró al fin el sargento.)

(Tras la quinta manoletina, el doctor Antoñito Morales, el Penqui, fue absorbido por un remolino de ladridos que corría en círculos concéntricos bajo el suelo de la alcoba, desencajando las baldosas del pavimento. Estaba desnudo, de rodillas sobre el filo del pupitre, y una jauría de periódicos rabiosos despedazaba su cuerpo. Las hojas de papel, erizadas de letras famélicas, se lo comían sin piedad a dos carrillos. En cada dentellada le arrancaban un pedazo de carne, engulléndola sin masticar mientras escondían la cabeza contra algún rincón del despacho para defender su glotonería ante cualquier ataque de rapiña. La maceración de los ren-

glones en los tibios fluidos de la carnicería teñía con gritos los vapores del festín. Goterones de baba se escurrían por la comisura de las hojas, en el alero de las columnas manuscritas, arrastrando consonantes carniceras, colmillos vocálicos, lascas de acentos, gajos de puntos y aparte y restos irreconocibles de otros signos ortográficos. Nada parecía que pudiera detener a los comensales. El doctor Morales comprendió, al fin, que las palabras se lo comerían vivo y se cagó. No pudo evitarlo. Había sido invadido por un miedo tan atroz que los billetes le salían por la bocacha apagallamas de dos en dos, de tres en tres y de cinco en cinco. Todos con la manos en alto y mirando de reojo al guardia del vergajo.)

- Ocho por dos...
- Marcial Lalanda.
- Ocho por tres...
- Rafael el Gallo.

(Canturreaban a dúo el guardia ejecutor, que escribía las operaciones en el desnudo encerado del doctor Antoñito Morales, el Penqui, y su media pareja, que, por ser un número más despierto, se encargaba de resolverlas.)

- Ocho por cuatro...
- Pepe Luis Vázquez.
- Ocho por cinco...
- Los cuarenta.

(Gritó el guardia algebraico Anastasio Primero.)

- Los cuarenta mi sargento.

(Brincaba eufórico el agente.)

- Está todo. Todo. Los cuarenta mil duros de la conferencia.

(Anastasio festejaba la confirmación del hallazgo

mojándose un dedo en la boca y resobando el fajo de billetes.)

– Bueno está.

(Asintió el comandante de puesto tras retirar delicadamente, con dos dedos, una esquirra de tabaco que se le había quedado en la punta de su lengua.)

Bueno está, Antoñito. Los cuarenta mil dures. Menos es na. ¿No? Veamos Rufino...

– A la orden mi sargento.

(El guardia ejecutor, que parecía la Estatua de la Libertad con tricornio –tieso ante los desollones ensangrentados de la pizarra, inasequible al desaliento y con la flaca antorcha de Manolete alumbrando en lo más alto– se cuadró al oír su nombre.)

– ...cambio de tercio, Rufino, cambio de tercio. Cuelgue en su alcayata a Manolete y enséñele al maestro Antoñito Morales cómo torea Arruza. Para que sepa el Penqui lo que se ha perdido por despreciar al mejicano. Aunque éste ya..., ni se va a enterar...

(El director de lidia levantaba la cara del Penqui con la pala de su bota y cierta expresión de asco.)

– Yesmérese, Rufino, esmérese, que todos los pases se le van a la misma nalga, coño.

(El comandante de puesto cogió con dos dedos la brasa del cigarro que sostenía entre los dientes y la arrancó. Con lentitud sacó la petaca, la abrió apretándole la boca con la mano izquierda, guardó el cuerpo del pitillo recién decapitado, y volvió a su silla para seguir la faena de Arruza desde la barrera.)

– Arrímese Rufino; arrímese, leche, que parece usted nuevo.

(La cabeza ancha, el cuello potente, el pecho macizo, los brazos gruesos, peludos, y los puños apoyados sobre el tablero de la mesa le daban al sargento cierto aire de bulldog inglés ladrándole al welsh corgi del vecino.)

— Crúcese, carajo, crúcese... No olvide usted que va en la cuadrilla de Arruza, Rufino, de Arruza. No le digo más. Otra vez... Eso es... Así, hombre, así. Por el izquierdo, por el izquierdo. Ahora... Ya va mejor. Ya va. ¿No se nota usted mismo más suelto?

(Alguna vez fue un vergajo, pero Arruza era ya una trenza púrpura en mitad de la alcoba.)

Así, así... ¡Cumbre! Y ahora el de pecho, Rufino, cargando la suerte. Vamos allá...

— Lo que usted ordene mi sargento.

(El guardia ejecutor, acuciado por la misma urgencia que le embargaba cada mañana al orinar, cerró los ojos para poder vaciarse sin reservas en el lance.)

— ¡Oooléé!...

(Exclamó con entusiasmo el guardia algebraico Anastasio Primero, que seguía la faena desde el callejón.)

— Bueno, bueno, no se hagan ilusiones.

(El sargento miró de soslayo al agente jaleador, que inmediatamente se hundió contra la pared de la barra, más rígido y pálido que una cariátide con plaza fija en el museo. En sus ojos no quedaba ya ni una brizna de entusiasmo. Nada temía más en la vida el número Primero que una reprimenda de su sargento comandante de puesto.)

— Siempre a sus órdenes, mi sargento.

— Este no es un oficio que se aprenda en tres días

Rufino. Ya se lo he dicho. Fíjese que se está dejando esa tetilla sin castigar y el bicho se le ha vuelto a caer por falta de atención. Que este ganao no es como aquellos belloteros del cuarenta que mataban el hambre con lo ajeno, Rufino. De aquellos que se echaban el costal de bellotas o la carga de taramas a las costillas, se ponían a correr por los barbechos y había que reventar a los caballos para cogerlos ya no quedan. El de ahora es un torete menos curtido, más flojo de remos. No está tan campeao. Este se ha criado en el comedero, Rufino, y hay que llevarlo muy bien medío, con mucho tiento. De lo contrario, ya está viendo usted que se nos queda pajarito a la segunda verónica.

– Anastasio...

– A sus órdenes, mi sargento.

– Traiga otro cazo de agua, a ver si levantamos a este desecho de tienta...

– A sus órdenes.

– Deje, deje Rufino... Antonio, Antoñito...

(El sargento se había inclinado sobre la testuz del doctor Morales e intentaba reanimar al cornúpeta con cariñosos cachetitos de intensidad creciente.)

–Ese agua, Anastasio, tráigala de una jodida vez...

Última parada en el quicio de la tarde

– El hedor es insoportable. Tenemos que descargar donde sea.

– Lo sé. Hay que buscar un buen sitio para ocultar el cadáver.

– Ahí atrás, antes de coger el camino, pasamos por un cementerio.

– Sí hombre, sí, un cementerio con su cura y su sermón. Hay que darles digna sepultura a los malnacidos ¿Quieres que avisemos también a la funeraria?

– ¡Cállate! Déjale que hable. Un cementerio... No es mala idea Aricio. Matamos al portugués y lo escondemos en un cementerio. En un nicho con su lápida y con sus flores... No está mal. Buena idea, muy buena. Me gusta.

– ¿Lo ves listo?

– Pero, jefe, a los cementerios va mucha gente.

– Desde luego, pero no van buscando muertos. Los entierran y se olvidan de ellos. ¿Quién buscaría el cadáver de un desaparecido en una tumba con nombres y apellidos? Nadie, Trenon, nadie.

– No sé, jefe, el plan no me gusta; no lo veo claro.

– Pues es bien sencillo. Ponemos el congelador a lo máximo, nos damos una vuelta por ahí y cuando oscurezca embalamos el fiambre. Hay que buscar una tumba que no sea ni muy vieja ni muy fresca. Una que pase desapercibida. Y necesitaremos algunas herramientas, un poco de cemento, ladrillos...

– Ojo, el portugués está llamando.

– Baja y mira a ver qué es lo que quiere.

Mientras el escéptico Trenon baja y abre la puerta del frigorífico, Silicio, el jefe del grupo, se atusa la nariz afilando el plan que usará para deshacerse del prisionero.

– Quiere ir a la letrina, jefe. Huele peor que un hubillo.

– Y si ya se ha cagao, ¿para qué pide permiso?

– No. Bueno, no sé. Creo que es la carne. Huele fatal.

– De acuerdo. Bájallo y que se ponga detrás de esos árboles. Pero cuidado. No quiero problemas. No sueltes la pistola en ningún momento.

– Descuide, jefe.

– Esa carne va a ser difícil colocarla.

– Ya le dije que no aguantaría tantos cambios de temperatura.

– Ya, de nada sirve colgarse medallas. Tenemos muchas cosas que hacer Aricio. Ahora necesitamos cemento, ladrillos, un badilejo... ¿Tú sabes algo de albañilería?

– Saber, sé algo. De mirar. Pero una obra tan fina como se necesita para enterrar a un muerto, de eso no sé ni gota.

– Pero si es muy fácil, sencillísimo. Nadie nace albañil, pero es un oficio que se aprende rápido en la escuela de la necesidad. ¡A cuántos les habrá dado de comer el

rodo!. Muchos, hasta se hicieron ricos. Para albañil, camarero y policía vale cualquiera. Sólo se necesita tener hambre. Ya te explicaré yo por el camino. Verás como no hay problemas... Y estos, ¿qué pasa con ellos? Parece que tardan demasiado. Anda, baja y diles que regresen al camión.

– Tendrá diarrea el portugués.

– Aricio, haz lo que te mando y ve de una vez, carajo.

Empujado por la impaciencia del jefe, Aricio baja del camión y abandona el camino para buscar a su compañero y a Ezaquiel Culimbra, quien alivia sus pesares de vientre entre los árboles que serpean por el cauce de un arroyo cercano.

– Trenon, ¿dónde estás? Vamos, dale una patada en el culo al portugués y vuelve, que el jefe se impacienta. Trenon..., Trenon, contesta.

Según se adentra entre los álamos de la ribera, Aricio va recortando el paso y el volumen de su llamada. Al fin ve a su compañero, recostado contra un tronco. Está solo.

– Trenon, ¿por qué no me respondes? Y el portugués, ¿dónde se ha metido?

– Aquí mismo.

Aricio ve a Trenon que cae de bruces contra el suelo. Tras de él surge la figura de Ezaquiel Culimbra de Oliveira, que le apunta con la pistola de su carcelero mientras se limpia los labios con una mano y escupe parte de los pelos por los que ha sostenido la cabeza del hombre que le llevó a las letrinas. Aún tiene las piernas entumecidas por el frío y, por seguridad, busca el respaldo de un álamo.

– Como grites, cerrarás la boca para siempre Aricio y no eres tan mayor. Deja la pistola en el suelo.

– No, no dispaes.

– No te preocupes, no quiero hacer ruido. Despacio, muy despacio. Así. *Obrigadinho!* Ahora, tumbate ahí.

Ezaquiel Culimbra mantiene a Aricio tendido a tres patas en el suelo, con las piernas abiertas, sostenido con dificultad en las punteras de los zapatos y en la mano izquierda, mientras él le retuerce el brazo derecho contra la espalda y le cachea para cerciorarse de que no lleva más armas. Una vez comprobado, le ciñe un alambre al cuello y sentado sobre sus riñones aprieta el lazo hasta que el hombre deja de patalear.

En el camino suenan los ronquidos del camión. El jefe del grupo intenta escapar. Culimbra toma aliento y se desliza a la carrera entre los árboles, con la intención de salir al encuentro de Silicio. El vehículo empieza a moverse. Culimbra le revienta las ruedas delanteras con tres disparos. Sin soltar el volante, el conductor le dispara a través de la ventanilla. La respuesta del portugués convierte el parabrisas del vehículo en un panal de cristales opalinos. Las llantas del camión se clavan en la tierra, obstinándose en no obedecer al volante, y el conductor no puede evitar que salgan de la pista y se produzca el vuelco.

Cuando Silicio abre los ojos ve dos pistolas que le miran fijamente a la cara.

– ¿Cómo estás *espanhol?*

– Tengo dinero, no me mates, Culimbra, no me mates.

– No te preocupes valiente. Sólo dispararé contra ti si es imprescindible.

– Puedo darte mucho dinero, mucho.
– Te lo agradezco, porque pensaba retirarme gracias al jodido periodista y me ha fallado el golpe. Ponte en pie.

– ¿Qué vas a hacer conmigo?

– Nada especial. Quiero que me acompañes. Llevo demasiado tiempo sin salir del hotel y me apetece dar un buen paseo por el campo.

– Llévame a Madrid. Puedo hacerte rico.

– Desde luego. *Espanhóis!* Anda, entra ahí y saca dos canales de carne.

– ¿Para qué? Apestan.

– Fíjate, no lo había notado. Llevo tanto tiempo colgado del gancho que ya no distingo la carne podrida de la fresca. Entra de una vez y haz lo que te digo.

Silicio se arrastra dentro del camión volcado al borde del camino y sale cargado con las dos canales malolientes. A pesar de que es un hombre fuerte, se le doblan las rodillas bajo el peso de la carne terciada sobre sus hombros. Culimbra le pone el caño en la nuca, para darle ánimos, y ambos se alejan. Caminan durante un buen rato, dejando atrás el vehículo con su envío de carne pútrida y dos cadáveres nuevos todavía sin descarnar. Mientras ondea los dedos y se frota las muñecas, intentando normalizar la circulación de la sangre, Culimbra observa a la mula que lleva delante y comprende que ya no puede más. Silicio caerá en cualquier momento aplastado por el peso de la ternera.

– Párate. Ahí, junto a ese árbol.

Están en medio de una dehesa prácticamente abandonada. Matojos y chaparras se apiñan en torno a enci-

nas y alcornoques centenarios. Sobre las copas de los árboles revolotean las pegas y desde una rama desnuda sale un cárabo, espantado por la presencia de Culimbra que inspecciona con atención una vieja encina abierta en canal por el rayo y la podredumbre. Silicio respira y aprovecha la parada para restregar las manos por el suelo, intentando quitarse la peste de la carne, que resbala por sus dedos en grasientos chorros de putrefacción.

– Vamos, tenemos trabajo. Busca piedras y tráelas aquí.

– ¿Piedras? ¿Para qué necesitas piedras ahora? ¿Es que piensas matarme con trabajos forzados?

– Calla y obedece.

Media hora después, las piedras de los alrededores están amontonadas bajo la encina. Ezaquiel Culimbra ha supervisado la operación sin decir nada, utilizando el caño de la pistola como aguijada cuando Silicio mostraba signos de flaqueza.

– Desnúdate.

– ¿Que me desnude? No me digas que además eres...

– No es lo que supones.

– ...eres un *pandel*... o, ¿cómo se decía también?...; una *bicha*, eso es, *bicha*, *bicha*. ¿Se dice así maricón en tu tierra?

– Lo que ocurre es que hueles mal.

– ¡Joder, joder! Así que sólo eres un sarasa portugués, una *bicha*. ¡Culimbra!...

– ¡Cállate! Apestas a carne podrida.

Una vez desnudo y atado de pies y manos, Ezaquiel Culimbra carga con su prisionero y lo deposita en el

vientre vacío de la encina. Silicio muestra cara de asombro y pregunta insistentemente qué intenta hacer con él. No hay respuesta.

– Como esta noche hará frío, es mejor que te tapes con esto.

El detective Ezaquiel Culimbra arrastra las dos canales de añojo y cubre con ellas la desnudez de Silicio, que no puede evitar un golpe de vómitos al sentir en la piel el contacto con la carne putrefacta parcialmente rebozada en hojarascas y tierra.

– Por favor, sácame de aquí, sácame.

Sin atender a los quejidos de su antiguo secuestrador, el portugués comienza a ocultar con piedras las canales de vacuno y el cuerpo de Silicio. No escucha las súplicas ni el llanto ni las maldiciones ni las amenazas ni tampoco los ofrecimientos de dinero. Sólo traslada piedras desde el montón hasta el interior de la encina. Cuando ya sólo están a la vista los hombros y la cabeza del cautivo, Culimbra se para, limpia sus gafas y comienza a hablar.

– Yo no tengo camión frigorífico ni tampoco dispongo de hombres para que te atiendan, pero no quiero ser menos hospitalario que tú y, como puedes ver, te he buscado un refugio para que pases la noche.

– Suéltame, suéltame ahora mismo o no tendrás la oportunidad de arrepentirte.

– Gracias por tus buenos deseos. Como ves, todo lo que hago es por tu bien. Dormirás cómodamente. Estás desnudo, pero bien amarrado, para evitarte cualquier golpe contra las paredes de esta suite. Te encuentras rodeado de buena carne de ternera, así que podrás recu-

perar las fuerzas, y cubierto con piedras, para que no te despierten los lobos. ¿Está todo a tu gusto querido colega? ¡Ah!, eso sí, lamento comunicarte que no tengo control sobre la temperatura. Quizás baje esta noche, pero no se cuántos grados ni durante cuánto tiempo. Reza para que *o demônio* no se entretenga jugando con el termostato.

– Loco, te has vuelto loco.

– No lo creas. Sé muy bien lo que hago. Para que no se te vaya la fuerza por la boca, te la voy a cerrar con tus propios calzoncillos... Vamos, ábrela..., así. No te preocupes, sé muy bien lo que estás pensando, así que no intentes hablar. Ya ves que es imposible. Y para que no te narees, te taparé la cabeza con los pantalones. Con la amisa, también con la camisa. Sí señor. ¡Precioso! Ahora terminaré de arroparte con las piedras. Así que no muevas mucho la cabeza si no quieres recibir algún golpe involuntario. Pero deja de gemir *meu amigo açougueiro*; aún no ha llegado tu hora *cabrão*. Podrás seguir llenando los pulmones. Aunque estés completamente enterrado en peñascos, te llegará suficiente aire a las narices. ¡Ah!, pero si tratas de moverte, las piedras caerán sobre ti y su peso te dificultará la respiración. Sería una muerte..., digamos que poco original. Demasiado rápida para tus méritos. Bueno, esto ya está. Ha quedado muy bien. Ahora traeré unas ramas para adornar la casa.

Ezaquiel Culimbra regresa arrastrando unas taramas recién desgajadas del chaparral.

– ¿Creías que me había ido dejándote solo en mitad del campo? Pues no. Yo nunca haría eso, Silicio. Estoy

aquí, a tu lado. Adornándote la *quinta*. El chalet, como decís los *espanhóis*. No temas, no te quedarás solo. Hay muchos amigos tuyos que van a venir a verte. Estarán aquí muy pronto. Los he invitado a comer. Tienen mucha hambre y buena boca, pero no ven muy bien. Tendrás que perdonarles sus impertinencias en la mesa. La juventud actual no tiene modales, y estos jóvenes, menos que otros. Los gusanos son así, asquerosas larvas de mosca. Pero da gusto verlas comer. Les encanta la carne podrida. Empezarán con la ternera y terminarán contigo. O al revés. No lo sé. En la oscuridad, tal vez no distingan a la vaca del cerdo.

El detective escupe varias veces contra la trueca de la encina. Cuando ya no le quedan salvadas en la boca se limpia los labios con el dorso de la mano, luego se ajusta las pistolas bajo la ropa y le echa una mirada al cielo.

– Ahora, discúlpame, *meu amigo bife de porco*, pues tengo que irme. Pronto empezará a oscurecer y no quisiera pasar la noche solo en estos campos. *Minha terra é muito zelosa, está apaixonada*, y, además, mis ojos ya no navegan bien en la oscuridad. Dale recuerdos a los gusanos y *bom proveito amigo!*

(Tras alternar aquella tarde con Manuel Rodríguez Sánchez, Manolete, el Monstruo de Córdoba, y con Carlos Ruiz Camino Arruza, Carlos Arruza, nunca más se supo del doctor Antoñito Morales. Ni tampoco de El Penqui. Ambos, de Lebrija. Treinta y cinco años por barba. Cabreros desde los nueve. Psicólogos de cabeza. Bizcos del izquierdo. Doctores en Psiquiatría por la Sorbona. Seis cornadas. Cinco cicatrices. Copresidentes de la Comisión Interministerial para el Alto Patrocinio de los Ambulatorios. Ladrones de mantazos en las dehesas. Covicepresidentes del Instituto Occidental del Neopsicoanálisis. Pordioseros de oportunidades en todas las clínicas. Catedráticos de Cirugía Neurológica en Salamanca. Los últimos en bajar de la tapia en todas las tientas. Espinas deslumbrantes en cualquier congreso. Los últimos en todomenos en correr. Gusanos de seda. Heridas gloriosas.

(El doctor y Antoñito y Morales y el Penqui desaparecieron de los carteles como por ensalmo. No se recuerda que hiciesen el paseillo en la tarde cerrada de otra placita psiquiátrica. Nadie se los tropezó junto a los espontáneos que saltan al ruedo en los congresos. Jamás

fueron vistos entre los ponentes encaramados en las tapias de un tentadero. Ni los civiles ni los guardiñas detectaron que el doctor o Antoñito o Morales o el Penqui hubiesen cruzado la raya por el vierteaguas de las lenguas. Ningún mochilero ni arriero ni porquerizo ni preñada ni huido ni carbonero ni excursionista ni pastor ni loco encontró en las cañadas, en los cordeles, en los carriles o en las veredas ni siquiera una hebra de sus alpargatas. Nunca hubo quien pudiera dar razón cierta de sus pasos. El viento desenterró ausencias pero no se le parecían. Los perros rastrearon quejidos pero no eran de su boca. Ni siquiera el lobo pudo marcarle los huesos. Si acaso, los devoraría el olvido. Se los comió a migajas el diente de la indiferencia. El tiempo barrió la sombra de sus pisadas y no hubo más.)

¿Conocerán los siglos sepultura más honda que el silencio?

GLOSARIO

- abanto:** Toro receloso y cobarde al embestir.
- abrochado:** Toro cuyos cuernos se acercan mucho por las puntas de ambos pitones.
- acaramelado:** Astado que tiene la pala de los cuernos de color rosáceo, en lugar de que sean astiblancos, astinegros o, por ejemplo, astisucios.
- acometividad:** Virtud del toro verdaderamente bravo, que embiste con ahínco.
- açougueiro:** En portugués, carnicero.
- afarolao:** Afarolado. Pase creado por Rafael el Gallo en el que el capote o la muleta pasan por encima de la cabeza del torero.
- agostizo:** Animal de pocas fuerzas por haber nacido al final del verano, cuando ya no queda hierba ni tampoco abundan otros alimentos.
- agujas:** Costillas situadas en la parte anterior del costillar del toro. Es 'alto de agujas' el animal de estatura elevada, midiendo la distancia entre la base de las

- pezuñas delanteras y la parte superior de las paletillas, en la cruz que forman las extremidades anteriores con el espinazo.
- albarrana**: Res de la ganadería Albarrán.
 - albaserrada**: Res procedente del encaste Albaserrada o de la ganadería del mismo nombre.
 - albero**: V. arbero.
 - aldinegro**: Toro que tiene toda la mitad inferior del cuerpo de color negro, y rojiza, o de otro color más claro, la superior.
 - a portagayola**: Recibir al toro en la puerta de la gayola; es decir, de la jaula, de los toriles. Es un lance muy peligroso y un gesto de torero valiente.
 - arbero**: Tierra de color amarillento con la que se cubre el ruedo de la plaza de toros y, por extensión, el propio ruedo.
 - arboladura**: Cuerna de cada res brava.
 - arrancarse de largo**: El toro que embiste desde lejos es más bravo y llega con más fuerza al encuentro con el caballo, el torero o los subalternos.
 - arrastre**: Acción de sacar del ruedo a los toros muertos.
 - áspero**: Se dice del toro que resulta difícil para la lidia por embestir a golpes de hachazos y derrotes.
 - astado**: Toro y cualquier animal que tenga cuernos.
 - astifina**: Se dice de la res brava que tiene los cuernos muy agudos.
 - astillado**: Cuerno con la punta abierta en astillas debido a un golpe.
 - avisao**: Avisado. Toro que parece saber lo que está ocurriendo en la plaza y atiende más al movimiento de los toreros que al flamear de las capas y muletas.

- bajonazo:** Cuando la espada o el rejón se clavan en el toro en una zona muy baja y, por lo tanto, no ortodoxa.
- banderilla:** Instrumento fabricado con un palitroque forrado con papelillos –que en muchas ocasiones reproducen los colores de las banderas nacionales o autonómicas– y un arpón de hierro que se le clava al toro en la parte anterior de su dorso.
- barbijo:** Barboquejo.
- becerro:** Macho de ganado bravo que tiene más de un año de edad y menos de tres.
- bejino:** Bejín; muchacho que se irrita y llora mucho.
- berrear:** Dar berridos.
- bocinera:** Bocinegra, boquinegra. De hocico negro.
- botinero:** Vacuno de pelo claro que tiene de color negro el tercio inferior de las extremidades.
- boyante:** Toro que resulta bravo y embiste con nobleza, lo que facilita su lidia.
- bragao:** Bragado. Toro que tiene el vientre de color blanco.
- brocho:** V. abrochado.
- bubillo:** Bobillo, pollo de la abubilla.
- burel:** Palabra de origen caló que significa toro.
- burladero:** Valla de madera o mampostería que sirve de refugio a las personas que están en el ruedo. Aunque ahora todas las plazas tienen burladeros, hubo un tiempo en el que sólo se instalaban cuando algún diestro tenía problemas físicos.
- cabestro:** Toro que ha sido castrado para convertirlo en buey y utilizarlo en la conducción y el manejo de las reses bravas.

- cabezá:** Dar el pésame en un funeral haciendo una ligera inclinación con la cabeza.
- cachete:** Especie de puñal agudo y corto, también llamado puntilla, con el que el cachetero, o puntillero, remata a los toros una vez que están echados en el suelo de la plaza tras ser estoqueados por el espada.
- calasiris:** Túnica transparente que los egipcios vestían sobre el shenti.
- calcetero:** Toro que tiene el pelo oscuro y la parte inferior de sus extremidades es blanca.
- callejón:** Espacio existente entre la barrera que cierra el ruedo y el muro en el que empiezan los tendidos.
- cañajote:** Saltamontes.
- capea:** Lidia de becerros o novillos por diestros, aprendices de toreros o aficionados.
- capote:** De brega. Es la capa de percal, de color rosáceo por un lado y amarillo por el otro, que utilizan los toreros en la primera parte de la lidia.
- cárdena:** Res en cuya capa se mezclan los pelos blancos y negros formando un color gris o ceniciento.
- carioca:** Forma de picar al toro en la que el varilarguero hace girar al caballo en torno al astado, como si los animales bailasen la carioca, para taparle la salida a la res que, a causa del dolor, rechaza el castigo de la puya mostrando así su falta de bravura.
- carriquiri:** Res de la ganadería Carriquiri.
- casta:** Conjunto de características presentes en el genotipo y en la morfología del toro bravo.
- castaño:** Toro en cuya capa se entremezclan los pelos rojos y los negros.
- casteña:** De buena casta.

- castoreño**: Sombrero de picador. Recibe esta denominación por haberse utilizado piel de castor en su elaboración.
- catafalco**: Color negro del vestido de torear.
- cite**: Acción de incitar al toro a embestir.
- coletudo**: Coleta. Matador, novillero, becerrista y, en general, cualquier torero de a pie cuya cabeza lleve una coleta por encima de la nuca. Hasta la época de Juan Belmonte, la coleta era un mechón de pelo natural que se dejaba crecer el torero hasta que, al retirarse, 'se cortaba la coleta' por no necesitarla ya. Actualmente se usa un postizo de quita y pon.
- colorao**: Colorado. Toro cuya capa es de color rojo.
- condelacorte**: Res de la ganadería del Conde de la Corte.
- condesa**: V. condelacorte.
- cornalona**: Res que tiene cuernos muy largos.
- cornicorto**: Toro que tiene cuernos muy pequeños.
- cornigordo**: Toro que tiene las astas muy gruesas.
- cornillano**: Toro cuyo cuernos casi no tienen vuelta hacia arriba.
- cornipaso**: Toro cuyos cuernos se vuelven hacia arriba de forma prominente abriéndose para ambos lados.
- corniveleto**: Toro al que las astas le nacen rectas, altas e iguales desde el arranque.
- cornivuelto**: Toro que tiene vueltas hacia atrás las puntas de los cuernos.
- cornúpeta**: Res brava.
- corrales**: Recintos existentes en las plazas de toros y en los encerraderos.

- corraleta:** Corral de tamaño pequeño que suele haber en los encerraderos de los cortijos y junto a las plazas de tienta.
- corrida:** Conjunto de toros destinados a un festejo, así como la lidia de los mismos.
- cuajá:** Cuajada. Res que ha llegado al punto culminante de su desarrollo físico.
- cuajo:** Tiene cuajo el toro bravo que ya alcanzó un desarrollo físico pleno.
- cuatreño:** Vacuno que ha cumplido los cuatro años de edad y ya puede ser considerado un auténtico toro.
- cubeto:** Toro que tiene los cuernos caídos y con las puntas muy juntas.
- cuchara:** Figuradamente, cuerno.
- cuerna:** Cornamenta, cuernos.
- cuto:** Perrillo rabón.
- chaqueteado:** Animal que ha sido toreado con chaquetas u otros engaños inadecuados para una lidia correcta.
- chiquero:** Cada uno de los espacios en los que están divididos los toriles.
- choto:** Añojo, toro de un año.
- chuchuruvía:** Pajarillo migrador también llamado aguzanieves y lavandera.
- dehesa:** Finca dedicada principalmente a la ganadería en la que abundan las encinas, los alcornoques y otras especies de quercus.
- delantal:** Pase de verónica que se ejecuta con los pies juntos y en el que el capote se aproxima al cuerpo del diestro, como si fuera un delantal, mientras pasa el toro.

- derrote:** Golpe que el toro da con los cuernos levantando su cabeza de forma violenta.
- descabello:** Acción de matar al toro, mientras sigue en pie, hiriéndole en la cerviz con una espada llamada verduguillo.
- descornado:** Toro que ha perdido uno o los dos cuernos debido a algún accidente.
- desenjornar:** Desenhornar, sacar del horno una vez concluida la cocción; figuradamente, nacer.
- desolladero:** Dependencia de la plaza en la que se desuella y despieza a los toros.
- diestro:** Matador de toros bravos. Toro que lanza cornadas por el cuerno derecho con la intención manifiesta de herir al torero.
- embestida:** Acometida de la res brava.
- embraguetar:** Arrimarse al toro de modo que las astas pasen rozando la bragueta del torero; especialmente en la suerte de matar.
- embroque:** Acción en la que el torero se mete en la jurisdicción del toro, ganándole terreno, o al revés.
- encastao:** Toro que muestra las virtudes características de su casta.
- encaste:** Características genotípicas y morfológicas propias de un conjunto de toros que se prolongan en una línea hereditaria una camada tras otra.
- engaño:** Capa y muleta que utilizan los toreros para dominar al toro.
- ensabaná:** Blanca.
- entrarle al trapo:** Embestir a la capa o a la muleta.
- eral:** Vacuno de dos años de edad.
- escobillado:** Cuerno que está deteriorado como conse-

- cuencia de algún golpe y tiene el pitón abierto en forma de escobilla.
- explosivo:** Toro que embiste a los engaños con energía y velocidad.
 - faena:** Trabajo que se realiza con el toro en la plaza o en el campo. También, trabajo en general, tanto bueno como malo.
 - faña:** Acción de marcar las reses realizándole cortes en las orejas.
 - forcados:** Ejecutantes de la suerte portuguesa llamada pega que consiste en sujetar al toro por la cabeza y la cola sin más ayuda que las fuerzas propias.
 - gacho:** Toro cuyos cuernos se dirigen hacia abajo.
 - galafate:** Toro de enorme corpulencia, cuya estampa descomunal muestra la existencia de un enorme trapío.
 - ganadero:** Criador de reses bravas.
 - gañafón:** Golpe brusco y violento que da el toro con los cuernos.
 - garapullo:** V. banderilla.
 - garrocha:** Vara larga que los vaqueros y los picadores utilizan en el campo y en la plaza para manejar a las reses o mermar sus fuerzas. Son especialmente apreciadas las garrochas hechas con majagua, una planta caribeña de tronco recto y largo cuya madera es fuerte y correosa.
 - gayola:** Jaula; figuradamente, cárcel y chiquero.
 - gazapón:** Toro que acude andando a los engaños, a los toreros y a los caballos.
 - graciliana:** Res que por encaste procede de la línea Graciliano
 - Guateles, los:** Ganadería de toros bravos.

- hachazo:** Golpe seco que da el toro con los cuernos.
- herradero:** Acción de marcar a las reses con hierros al rojo vivo y lugar en el que se hierra.
- hierro:** Símbolo propio de cada ganadería e instrumento con el que se marca a los animales.
- hondura:** Característica del toreo auténtico, en el que no tiene cabida lo superficial.
- horcaja:** Horquilla.
- horra:** Hembra que no tiene cría ni tampoco está preñada.
- huido:** Toro manso o falto de fuerzas que intenta escapar de la lidia sin embestir ni a los engaños ni a los diestros.
- hulano:** V. picador.
- incierto:** Toro que no centra su atención y cambia continuamente de objetivo en su embestida.
- jabonero en sucio:** Toro de color café con leche oscuro.
- jaca:** Caballo empleado para tareas nobles.
- jaco:** Caballo poco valorado.
- jalda:** Halda. Saco grande que se llena con paja, panocha de maíz u otro subproducto agrario y se utiliza como jergón para dormir en el campo.
- jandilla:** Res de la ganadería Jandilla.
- jijón:** Toro de la casta jijona caracterizado, entre otras virtudes, por su pelaje de color rojo encendido.
- jinda:** V. jindama.
- jindama:** Miedo, cobardía.
- jindamoso:** Cobarde.
- jocinera:** V. bocinera.
- lance:** Acción ejecutada con el capote y, antiguamente, cualquier tipo de pase realizado durante la lidia.

- lancear:** Herir o matar al toro con lanza desde un caballo.
- larga cambiada:** Lance en el que el diestro cita al toro con una mano, se pasa el capote por encima de la cabeza y da salida a la res por el lado contrario al de la llegada al engaño.
- lidia:** Conjunto de acciones aplicadas al toro desde que sale del chiquero hasta su arrastre.
- listón:** Toro cuyo lomo presenta a lo largo de la espina dorsal una franja de color distinto al que predomina en su capa.
- machos:** Borlas en las que terminan los cordones que ciñen los perniles de la taleguilla a las corvas de los toreros. Atarse los machos quiere decir que se está dispuesto para hacer frente sin remilgos a cualquier dificultad o peligro, por grandes que sean.
- machorra:** Vaca que lleva más de un año sin parir ni quedar preñada.
- maleta:** Apócope de maletilla, aprendiz de torero que se forma por su cuenta toreando clandestinamente en el campo, generalmente por la noche, y acudiendo a las tientas y capeas.
- manga:** Callejón entre empalizadas que conduce a un encerradero.
- mansa:** Res de lidia que carece de bravura. Que berree, escarbe y, sobre todo, que rehuya la pelea con los toreros y picadores y que no acuda a los engaños son signos evidentes de su carácter.
- mantazo:** Pase de muleta que se da sin respetar las normas de torear.
- maricón:** Macho que se deja montar por otros toros.

- marrajo**: Toro que sólo arremete a golpe seguro.
- mayoral**: Vaquero responsable de la ganadería, con mando sobre todos los demás vaqueros.
- meconio**: Primer excremento que expulsa el vacuno recién nacido.
- media sangre**: Res mestiza procedente de un cruce entre ganado bravo, generalmente la madre, y otro criado para carne.
- medrana**: Miedo que siente el torero en la plaza y que, por resultar excesivo, entorpece su actuación y es percibido por el público.
- miura**: Res de la ganadería de Miura.
- mogón**: Res que tiene romo un cuerno o los dos.
- monosabio**: Persona que ayuda al picador en la plaza.
- morucha**: Res de poca casta.
- mueco**: Columna de madera a la que se enlaza la cabeza del toro para manipular sus astas.
- mugido**: Voz propia del toro y de la vaca.
- mugir**: Dar mugidos.
- mulato**: Toro de color negro mate y parduzco-rojizo, parecido a la capa de las mulas.
- muleta**: Engaño consistente en una pieza de franela, de color rojo, dispuesta en torno a un trozo de madera que con ayuda del estoque la mantiene desplegada y tersa. Actualmente es el principal artilugio usado en la lidia de los toros a pie.
- mulillas**: Enganche de varias mulas que se utiliza para arrastrar hasta el desolladero a cada toro que muere en la plaza.
- murube**: Res de la ganadería Murube.
- natural**: Pase que se da con la mano izquierda –por ser

- natural llevar la espada en la derecha, lista para su uso— y en el que se ofrece salida al astado también por el lado izquierdo del torero.
- nobleza**: Virtud que se adjudica al toro que embiste con claridad al engaño.
 - novillo**: Res con menos de cuatro años que aún no ha alcanzado su pleno desarrollo físico.
 - ojalada**: Res que tiene en torno a los ojos una franja de color, más claro que el resto de su capa, prolongada en forma de ribete por el lagrimal, lo que le da aspecto de ojal.
 - ojo de perdiz**: Res que tiene en torno a los ojos un cerco de color rojo encendido, como la perdiz.
 - orejisana**: Res que no ha sido marcada en las orejas.
 - pablorromero**: Toro de la ganadería de Pablo Romero.
 - pala**: Parte inferior del cuerno.
 - papillo**: Papada.
 - parar, templar y mandar**: Descripción clásica del toreo consistente en parar la embestida del toro, atemperar su furia y hacerle seguir los engaños.
 - pargaña**: Argaña, saeta.
 - pastueño**: Toro que embiste de forma suave y sin recelo.
 - pecho (pase de)**: Pase alto, cambiado y forzado con el que se acostumbra a cerrar cada serie en la faena de muleta.
 - pegajoso**: Toro que embiste de forma insistente y sin descanso durante cada cite.
 - percalina**: Percal. Tela del capote y, por extensión, este engaño.
 - perder los correos**: Llevar tarde los periódicos a la salida del medio de transporte utilizado para su distribu-

ción, por haber comenzado con retraso la impresión del diario o haberse producido alguna avería durante la tirada.

- piara:** Conjunto amplio de animales que pastan en grupo.
- picador:** Subalterno que castiga al cornúpeto con la puya para que pierda fuerza. Es una de las figuras más antiguas de la lidia y conserva derechos y tradiciones que se remontan al origen de las corridas de toros.
- piquero:** V. picador
- pitón:** Punta del cuerno y, por extensión, todo el asta.
- playero:** Toro que tiene los cuernos gachos y muy separados entre sí.
- posteta:** Papel utilizado en las imprentas.
- pregonao:** Pregonado. Toro al que no se puede engañar pues conoce la lidia por haber sido anunciado y corrido en otro festejo.
- probón:** Toro que tantea antes de embestir.
- pronto:** Toro que acude al cite inmediatamente.
- pulla:** Dicho agudo con el que se zahiere a alguien.
- puya:** Punta acerada situada en el extremo de la vara de detener con la que se pica a los toros.
- puyazo:** Herida causada con la puya o garrocha.
- rabisaco:** Marca consistente en cortar un cuarto de la oreja al toro.
- raspipardo:** Toro de color negro mulato, capa parecida a la de algunas mulas.
- receloso:** Toro que tarda en acudir a los cites y lo hace con desconfianza.
- recental:** Vacuno que aún no ha comido hierba.
- recibiendo:** Suerte, especialmente la de matar, en la que

- el torero espera la embestida del toro para aprovechar el impulso del animal.
- reencarnadura**: Reencarnación.
 - rehilete**: V. banderilla.
 - rejoneador**: Persona que lidia toros a caballo.
 - remo**: Extremidad.
 - rengo**: Cojo.
 - retinta**: De color rojo caoba con diferentes grados de intensidad.
 - revolera**: Hacer pasar el capote de una mano a otra trazando un círculo cuyo eje es el toro.
 - ruedo**: Terreno generalmente circular, limitado por las tablas del callejón, en el que se lidian los toros.
 - salvao**: Salvado. Harina procedente de la cascarilla de los cereales.
 - santacoloma**: Res del encaste Santa Coloma.
 - semental**: Toro que por sus grandes cualidades se emplea para fecundar las vacas.
 - ser gente**: Tener prestigio.
 - shentí**: Falda larga egipcia confeccionada con lino.
 - sortín**: Suerte. Parcela de tierra de labor, viña o arbolaro rodeada de lindes tras haber sido adjudicada por sorteo entre los herederos de la finca en la que se encuentra.
 - suerte**: Acción ejecutada ante el toro durante su lidia.
 - tablas**: Barrera de madera que circunda al ruedo.
 - taleguilla**: Calzón bordado que usan los toreros y subalternos durante la lidia. Es de seda y se ajusta con los machos en las pantorrillas.
 - tela**: Telas. El capote y, sobre todo, la muleta.
 - tercio**: Cada una de las tres etapas en las que se divide

la lidia del toro bravo, caracterizadas respectivamente por la intervención del picador (primer tercio), la colocación de banderillas (segundo tercio) y el toreo con muleta culminado con la muerte del astado.

- tienta:** Prueba que se hace en el campo para sopesar la bravura de las reses.
- torero:** Profesional de la lidia de toros bravos.
- toril:** Toriles. Conjunto de corrales en los que se encierra a las reses que van a ser lidiadas.
- toro:** Macho de ganado bravo que tiene más de cuatro años y ha alcanzado su pleno desarrollo físico.
- trapio:** Conjunto de caracteres morfológicos del toro que indica su desarrollo e idoneidad para la lidia.
- trapo:** Muleta o capote. 'Entrar al trapo' significa acudir al engaño.
- trueca:** Agujero existente en el tronco o rama de algunos árboles, como la encina, debido a la putrefacción de la madera.
- varilarguero:** V. picador.
- velamen:** Cuernos de gran tamaño.
- veleta:** V. corniveleto.
- verónica:** Pase que se ejecuta con el capote en la primera parte de la lidia. Durante ese tercio se suelen cerrar con medias verónicas algunas series de pases.
- vitorino:** Toro de la ganadería de Victorino Martín.
- yema:** El 'hoyo de las agujas', lugar situado entre los dos puntos más altos de las paletillas del toro.
- zaino:** Toro de capa negra sin ningún pelo blanco.
- zahonado:** Toro cuyas patas tienen un color por delante y otro diferente por detrás.

- zahones:** Especie de calzón, con los perniles abiertos por detrás, que se utiliza en las faenas de campo.
- zarcillo:** O arrancada. Señal en la oreja que deja colgando un pedazo.
- zugar:** Sorber.
- zurdo:** Toro que intenta herir con su asta izquierda, o que tiene un cuerno más desarrollado que el otro.

ÍNDICE

A VÉSPERA	19
SEGUNDA-FEIRA	35
TERÇA-FEIRA	53
QUARTA-FEIRA	83
QUINTA-FEIRA	99
SEXTA-FEIRA	113
SABADO	153
E DOMINGO	195
GLOSARIO	271



A ndrés Tránsito Corrales despertó con sobresalto en mitad de la noche. Estaba tirado en el suelo y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para ponerse en pie. La luna y las estrellas fueron testigos de sus pasos primerizos, preludio de lo que iba a ser un torbellino irrefrenable. Su mundo se desplomó devorado por la cáscara vacía de un caracol, sin que nadie pudiera sospechar que aquel cuerno de nácar, cada vez más angosto, más lóbrego y retorcido, le arrastraba directamente al corazón y a otros infiernos aun más profundos. Fuera del laberinto, alguien arañó su nombre; luego estalló un lágrima. A continuación, el frío. Después un silencio. Y no hubo más.

